



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Letras Hispánicas

«Y el payaso se yergue»:
don Quijote como héroe romántico en
El payaso de las bofetadas y el pescador de caña, de León Felipe

Tesis que para optar por el título de
licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas
presenta

Natalia Ramos Garay

Asesora: Dra. Lilián Camacho Morfín
Ciudad Universitaria, CDMX 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Andrés y Berenice, que abrigan con amor cada uno de mis pasos; que me acompañan todos los días, toda la vida.

A la Dra. Lilián Camacho Morfín, por su infinita paciencia, por la dedicación cariñosa y sincera, por confiar en mí.

A mi tío Alberto, por el soporte paternal.

A John, que comparte conmigo el corazón y el camino.

A Rafael y Fabiola, mis hermanos por azar y elección.

A los amigos que insistieron.

A mis compañeros del Seminario de Tesis, por la complicidad.

A los lectores de este trabajo, Adriana A. Rodríguez, Dalmacio Rodríguez, Adriana Contreras y Luis Alfonso Romero, cuyos certeros comentarios lo enriquecieron.

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Filosofía y Letras.

A León Felipe, cuya escritura me alumbra.

A mi padre:
Por las grandes utopías.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	5
II. LEÓN FELIPE	8
2.1 Camino vital	8
2.2 El hombre agoniza: la guerra civil española	15
2.3 Panorama literario en España	18
2.4 Horizonte crítico	22
2.4.1 <i>El payaso de las bofetadas y el pescador de caña</i>	29
2.4.2 Don Quijote	32
III. EL HÉROE ROMÁNTICO	49
3.1 Características del héroe romántico	49
3.1.1 El superhombre	53
3.1.2 El suicida	54
3.1.3 Prometeo	55
3.2 La interpretación romántica del <i>Quijote</i>	56
3.2.1 El héroe idealizado	62
IV. DON QUIJOTE: ¿UN HÉROE ROMÁNTICO?	66
4.1 Don Quijote como superhombre	66
4.2 Don Quijote como suicida	80
4.3 Don Quijote-Prometeo	83
V. PALABRAS FINALES	88
VI. APÉNDICE	96
VII. FUENTES DE CONSULTA	117

I. INTRODUCCIÓN

León Felipe, nuestro entrañable poeta español y universal, escribió varios libros de poesía, algunos intentos de teatro que no prosperaron en escena y fue, también, traductor de escritores como H. G. Wells, Waldo Frank, T. S. Eliot, Blake, Whitman y Shakespeare. Entre su obra poética se encuentra uno de los títulos menos estudiados por la crítica: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, libro que concierne a nuestra investigación; este texto –publicado por el Fondo de Cultura Económica, Finisterre, Visor de Poesía y el Colegio de México– se divide en trece capítulos, combina prosa y poesía y su tema central es la confrontación humana entre el héroe que lucha por su ideal –hacer que el hombre ascienda de una realidad adversa a un estado superior de existencia– y un mundo hostil que se burla de sus aspiraciones; esta lucha es representada en don Quijote, figura que León Felipe adecua a su obra.

En ocasiones los seres humanos son empujados por resortes invisibles que conducen su proceder; esos resortes son, generalmente, sistemas de valores que indican el camino que se debe seguir en determinada situación, muchas veces potenciados por factores externos que desencadenan decisiones, actuar. Desde este sistema de valores, emanado de su postura ideológica, León Felipe concibió *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, escrito en 1938 durante la guerra civil española, el triste acontecimiento que marcó decisivamente su vida y su trayectoria poética. Este libro fue concebido desde una necesidad vital de empujar al hombre de la penumbra hacia la luz, de denunciar lo adverso, y como consecuencia de esta perspectiva, el poeta zamorano eligió como personaje central de su historia a don Quijote, paradigma de la lucha humana por la justicia; pero ¿de dónde surge esta conceptualización del hidalgo manchego? Durante el siglo XIX, la lectura romántica del *Quijote* cobró auge entre la crítica. La novela pasó de ser una historia cómica a tratar el camino vital trágico de un héroe sublime y burlado. Afirmamos que, a partir de esta lectura, el zamorano recreó la

existencia de don Quijote en sus páginas. En el presente trabajo demostraremos, pues, que *don Quijote, en El payaso de las bofetadas y el pescador de caña, presenta características del héroe romántico.*

Aunque la presencia cervantina trasluce en gran parte de la obra de nuestro autor, elegimos ese libro porque en él don Quijote adquiere protagonismo. Si bien algunos estudiosos consideran *El payaso de las bofetadas* como poesía de propaganda, influida sobremanera por el contexto y la vida del autor y, por tanto, carente de valor literario, nos proponemos demostrar lo contrario al comprobar que el héroe manchego, en las páginas del poeta zamorano, es un personaje complejo anclado –por lo menos– en una tradición literaria y moldeado con maestría por León Felipe.

En el primer capítulo, hablaremos del contexto vivencial e histórico de nuestro autor con el fin de situarlo en un panorama que, afirmamos, propició la reelaboración del personaje cervantino (lo cual no afecta la calidad literaria del mismo); además, mencionaremos la crítica que se ha hecho de su obra: temas principalmente estudiados, temas de los que poco se ha hablado y, sobre todo, lo que se ha dicho en torno a la obra que nos concierne y a la figura de don Quijote en su trayectoria poética.

En el segundo apartado, expondremos las características del héroe romántico basados en la clasificación que propone Rafael Argullol en su estudio *El héroe y el único. El espíritu trágico del Romanticismo*, entre algunos otros críticos; asimismo, presentaremos las ideas generales de la lectura romántica del *Quijote* durante el siglo XIX y las del siglo XX que se asocian a ellas, para lo cual abarcaremos *La concepción romántica del Quijote*, de Anthony Close, quien las recopila y comenta, ello con el objetivo de contrastar las características generales del héroe romántico, la lectura romántica de la novela cervantina –específicamente del hidalgo manchego– y a don Quijote en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña.*

En el tercer capítulo desarrollaremos el análisis de la figura de don Quijote en el libro que nos concierne con el fin de determinar cuáles son las características románticas que presenta el personaje en las páginas de León Felipe, si entra en la clasificación que propone Rafael Argullol y saber, asimismo, si se vincula con la lectura romántica de la novela cervantina.

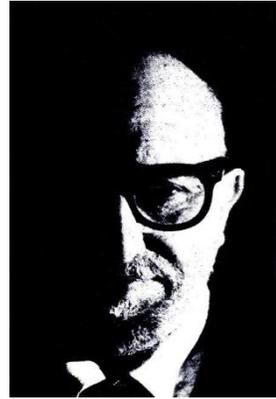
Finalmente se concluirá si la figura que trabajamos es un héroe romántico en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*; si la interpretación de don Quijote es la misma para León Felipe y para la crítica romántica de la novela cervantina; y, para terminar, daremos nuestra valoración literaria de la obra contrastada con las opiniones negativas de algunos estudiosos.

Presentaremos, también, un apéndice en el cual expondremos cronológicamente la crítica que se ha hecho a la obra de nuestro autor, misma que comentaremos someramente.

Entremos, pues, en la existencia de un don Quijote visto desde la mirada de un hombre desgarrado y ávido de luz.

II. LEÓN FELIPE

2.1 Camino vital



Un hombre tan arruinado que nada le queda salvo su honor; tan despojado que nada le resta salvo su conciencia; tan aislado que no tiene a su lado sino la equidad; tan arrojado a las tinieblas que nada le queda salvo el sol: ¡he aquí lo que es un proscrito!

Víctor Hugo

Para algunos es una de las voces más estruendosas de la poesía española; para otros, un poeta panfletario. León Felipe nació en Tábara, Zamora, el 11 de abril de 1884. Felipe Camino Galicia –su nombre de nacimiento– nunca tuvo una actividad notable en la escuela, incluso fue lo suficientemente malo como para apenas terminar sus estudios básicos y dedicarse, más por obligación que por vocación, a la Farmacia; esto, no sin problemas. Nuestro poeta quería ser actor, pero su padre, don Higinio Camino de la Rosa, no consideraba esa actividad como una profesión, y tampoco encontraba ninguna en la que pudiera desarrollarse la casi nula capacidad de su hijo. Un día iluminado, algún amigo le comentó: “No te preocupes. En Santiago de Compostela hay una universidad que tiene un letrado que dice: “Padres: mandadme hijos burros; los haré boticarios. [...] A él ni le consultó su padre, ¿Para qué, si no tenía ninguna vocación?” (Rius, 1968, p. 25). Finalmente, empujado por su padre, León Felipe estudió la carrera de Farmacia en Madrid (resultó que el letrado se refería a todas las universidades de Farmacia, no sólo a la de Santiago de Compostela) en 1900. Le tomó cariño a esta ciudad –quería salir de Santander, pueblo que

jamás sintió como suyo–, donde se hizo aficionado al teatro y donde conoció a Shakespeare que fue, según algunos autores (Ynduráin, 1987 y Sabas, 1948), una importante influencia. Terminó, entonces, la carrera –para no volver a Santander– y estudió el doctorado de los dieciocho a los veinticuatro años, pero un día su padre lo mandó llamar para anunciarle que debía hacerse cargo de su madre y hermanas, pues había contraído cáncer. León Felipe regresó a cumplir con lo que debía. Su padre pidió dinero prestado para abrir una farmacia y cuatro años ejerció el joven zamorano como boticario. “Todo lo más que llegó estando de regente en Almonacid de Zorita fue a promocionar los polvos “Hoka” (lo mejor para la boca), elaborados por él en la rebotica” (Paredes, 2014, p. 64). Allí no sólo cargó con la deuda de su padre, sino que él mismo se endeudó un tanto más. Nuestro poeta vivía en un mundo al que no pertenecía.

Así transcurría su vida, en la cotidianidad de su pueblo, hasta que, un buen día, desapareció. Se marchó de Santander sin despedirse, buscando, una vez más, su camino. León Felipe siempre fue, según sus propias palabras, empujado por el Viento, por la necesidad de encontrarse, de buscar un sitio suyo (búsqueda que nunca prosperó; ni su morada definitiva llegó a sentir como propia). Esta necesidad la llevó consigo durante toda su vida y se reflejó, indudablemente, en su obra poética.

Vivió dos años en Barcelona, trabajando constantemente en el mundo del teatro, pero sin prosperar y con el interés en la actuación ya perdido. Constantemente pensaba en su familia –dependían sólo de él y las había abandonado–, trataba de justificarse y consolarse; pensaba en que no habían quedado en el desamparo total, en que al vender la farmacia tendrían dinero suficiente para pagar las deudas y para sobrevivir un tiempo mientras él prosperaba. Esto nunca sucedió. Un día llegó la policía a Madrid; alguien lo había denunciado. Así volvió a Santander León Felipe, como un presidiario, hecho del cual se sintió avergonzado hasta muy avanzada edad, como se registra en *iOh, este viejo y roto violín!*:

Viví tres años en la cárcel...
no como prisionero político,
sino como delincuente vulgar. (Felipe, 1993b, p. 151)

León Felipe pasó tres años de su vida en la cárcel. Esta experiencia lo marcó de muy diversas maneras; sin embargo, el hecho que despertó en él por primera vez su verdadera vocación fue la lectura que hizo, mientras estaba encerrado, del *Quijote*, obra que caló profundamente en su vida. Como explica Luis Rius, “fue la posesión espiritual del *Quijote* lo que rompió la valla que hasta entonces había separado la voz física y cotidiana de León Felipe de esa otra voz que le hablaba desde antiguo y por dentro, y lo que logró que por primera vez se amasaran juntas para formar, con sus sonidos y sus silencios reunidos, un poema” (Rius, 1968, p. 45). La lectura de la obra inmortal de Cervantes tuvo una trascendencia significativa, tanto en su vida como en su obra poética: por una parte, comenzó su aventura creadora, pues fue en esta etapa cuando escribió sus primeros poemas; por otra, sabemos que uno de los recursos más utilizados en su poesía son los símbolos cervantinos –materia de estudio de este trabajo– para expresar la lucha del hombre por alcanzar una realidad superior, preocupación incesante de nuestro poeta.

En la cárcel León Felipe escribió por vez primera, pero al salir tuvo que reorganizar su vida, en un sentido negativo para él. Vivió en Valmaseda con su hermana Consuelo y Jesús, su cuñado. Poco tiempo después se fue y regresó a Madrid en 1918. Un año estuvo sumergido en miseria, espiritual y material (llegó a dormir en bancas en las calles y pasó días sin comer), época en que sintió una soledad persistente, mitigada por una prostituta, la única que lo acercó lo más posible a la caridad humana al compartir con él su morada; le dio de comer, a veces un poco de dinero y, sobre todo, tierna compañía. León Felipe la recordó con cariño hasta el final de sus días. En esta etapa, respaldado por algunos amigos que no se encontraban en ese momento con él, llevó sus poemas a Juan Ramón Jiménez para que los leyera y le diera su opinión. El poeta onubense guardó silencio. León Felipe comprendió. Al salir de su casa, nuestro poeta rompió el manuscrito y lo arrojó a una alcantarilla. Éste fue el

fin de aquellos primeros poemas, surgidos como efecto raudo de una vocación recién nacida.

Tras este desfavorable acontecimiento, solicitó una vacante de boticario que se abrió en Almonacid de Zorita y fue aceptado. Una vez más, marchó. Allí escribió, en un renovado impulso creador, sus *Versos y oraciones de caminante*. Este libro –el primero– fue publicado en 1920 en la revista *España* gracias a la intervención y buena crítica de Enrique Díez-Canedo, y León Felipe hizo una lectura de estos poemas en el Ateneo de Madrid. A partir de entonces le llegó una inesperada fama; sin embargo, León Felipe decidió irse a Guinea para ejercer el puesto de administrador de hospitales (Granados, 1988), favorecido con la recomendación de Juan José Ruano, subsecretario de Gobierno y viejo amigo de su padre.

Allí fue testigo de constantes actos injustos, como la violencia con que se trataba a los africanos, o la corrupción y nula ética del director del hospital al que llegó, quien robaba el dinero destinado a la atención médica de los enfermos; incluso éste intentó cohecharlo al decirle que le daría una parte del dinero. León Felipe reaccionó. Mandó su queja a España y recibió como respuesta que se harían cargo de la situación, lo que no sucedió. No le quedó más remedio que partir una vez más.

Regresó a España y al cabo de un corto lapso se dirigió a México a bordo del Colón para, después, según estaba en sus planes, conocer Estados Unidos, deseo añorado desde tiempo atrás (incluso en Guinea comenzó a aprender el idioma de aquel país). En México vivió con su hermana Salud, y se acercó a Pedro Henríquez Hureña con una carta de recomendación otorgada por Alfonso Reyes antes de salir de España. Éste le otorgó algunas cátedras en la Escuela de Verano, donde conoció a Berta Gamboa, quien sería su esposa. Ella era profesora de Español en Nueva York, lo que alentó más al poeta para conocer aquellos nuevos territorios. Entonces se fue. Allí cursó algunas materias que lo calificaran como profesor de literatura y consiguió la plaza de profesor en la Universidad de Cornell.

En esta etapa continuó su creación poética, que había detenido totalmente después de *Versos y oraciones de caminante*, y allí también conoció la obra de Walt Whitman –otra de sus grandes influencias– y a importantes poetas como Federico de Onís, Waldo Frank y García Lorca, con quienes tuvo una estrecha relación; no obstante, a pesar de lo favorable que tenía su vida en Estados Unidos, nuestro poeta quedó desencantado de ese mito que se había formado mediante las proyecciones filmicas que había visto: no era el lugar que esperaba.

Regresó a México en 1930, donde dio una cátedra sobre el *Quijote*, con esa voz característica, con esa febril emoción:

Los alumnos norteamericanos que lo siguieran debieron sentir una enorme fascinación oyendo hablar del tema a aquel profesor español de voz y ademanes tan briosos, de expresiones a veces tan desaforadas, de afirmaciones tan tajantes y, algunas, aparentemente fuera de toda buena lógica, pero emocionantes, perturbadoras, como nacidas de una razón más recóndita y tal vez más verdadera; oyendo hablar a aquel profesor que, no obstante su calva y sus gafas, ellos sentían que se parecía mucho a Don Quijote (Rius, 1968, p. 162).

Pero León Felipe volvió a España movido por sus profundos impulsos de caminante, atraído por un hecho histórico que le trajo una visión de esperanza: la instauración de la Segunda República. Este acontecimiento abrió una brecha de luz en la vida de nuestro poeta. Tras permanecer un año en Madrid, regresó a México durante dos años más, periodo en el que escribió *Drop a Star*, su segundo poemario. Luego volvió a España donde vivió otros dos años, tras los cuales se dirigió a Panamá a principios de 1936 para laborar, al principio, como profesor, y más tarde como agregado cultural en la embajada española.

Allí lo encontró la guerra civil española, que estalló algunos meses después y “que iba a dejar su marca de fuego y de sangre en su poesía” (Henestrosa, 2001, p. 84). León Felipe en seguida tomó partido, acción que se oponía a los intereses del gobierno panameño. Desde España mandaron órdenes de sustituir al embajador y nombrar a León Felipe como tal; sin embargo, la orden nunca llegó. León Felipe se fue de Panamá, no sin antes haber sufrido la censura del mensaje de despedida que iba a decir en la radio de ese

país, *Good bye, Panamá!*, un sentido discurso contra el levantamiento rebelde. En este momento se disparó algo que se había estado gestando en la conciencia de nuestro poeta y que no lo abandonaría nunca: la ira, el dolor, la desesperación surgidos a partir de lo injusto, problema, además de histórico, hondamente humano. Regresó, entonces, a España, pues quería ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo, quería ser testigo de la realidad sin que nadie le dijera lo que ocurría en su país.

Llegó a Madrid, a la casa de Pablo Neruda, para después pasar a la Alianza de Intelectuales, donde se alojó con Emilio Prados, Rafael Alberti y su esposa, María Teresa León. Desde la ventana de su cuarto veía pasar los aviones que iban a bombardear; no había mucho que comer; eran épocas de frío –él había salido con su traje y nada más–; algún soldado herido llegó a pedirles ayuda.

Verdadera uña y carne, llegó León a Madrid para poner también su vida de español al tablero, para empaparse y confundirse con el corazón derraniado de sus hermanos y sentir arrancársele por primera vez, desde las cuevas de sus entrañas, ese tremendo grito justiciero, ese clamor por la justicia que desde aquellos días lo empujó y lo acosó y lo desasosegó, llevándolo de un lado para otro como un león rugiente (Alberti, 1976).

León Felipe se trasladó a Valencia enfermo, donde fue atendido con cariño por Dámaso Alonso en el convento donde vivía. En esa ciudad nuestro poeta fue testigo de la poca unión que había dentro del bando republicano, preocupado cada quien por los intereses propios de su partido antes que por el principio de justicia, hecho que los estaba llevando a la derrota mientras que el bando franquista iba cobrando fuerza. Entonces escribió *La insignia*, un poema lleno de ira y desesperación que leyó en el Metropolitan el 28 de marzo de 1937, en plena guerra y en medio del furor y la desorganización de cuatro mil republicanos, anarquistas, comunistas y socialistas, con la intención de convencerlos de la verdadera causa por la que estaban luchando.

En los años de la guerra surgió en nuestro poeta un fuego de superación al presenciar un mundo en decadencia, lleno de injusticia y odio, donde la dignidad humana

no tenía lugar; el absurdo y la crueldad de que fue testigo calaron muy profundamente en su conciencia. Este momento histórico, a los ojos de nuestro autor, era decisivo para el destino del hombre: o se salvaba, o se hundía definitivamente; “se trataba de una lucha de alcance prácticamente teológico” (Rius en Ascunce, 2000, p. 123). Al ganar Franco en 1939, León Felipe vio destruidos todos sus ideales; le había apostado al hombre, y perdió; entonces se sumió en una amargura que nunca lo abandonó completamente y que, no obstante, no lo dejó del todo desesperanzado, ya que su obra entera oscila entre la fe en la salvación de la humanidad y su derrota definitiva. “Poeta con la conciencia grávida de destrucciones y de apocalipsis, voz de incendios, ha caminado sin embargo sobre el hilillo de luz de la estrella de los nacimientos y ha procurado convencerse de que hay amaneceres” (Batra, 1987). En los momentos de graves crisis es cuando nacen, como reacción al caos, las grandes utopías.

León Felipe volvió a México en 1938, país que sería su residencia definitiva. En el camino escribió *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, una de sus obras más doloridas y luminosas, materia de la presente investigación. Al establecerse aquí fundó, con algunos otros intelectuales, la revista *Cuadernos Americanos*, en la que publicaría más adelante *Ganarás la luz* y *El ciervo*, entre otros poemas sueltos (Ascunce, 2000, p. 126). En 1946 comenzó una gira por Latinoamérica, en la cual dio conferencias y lecturas de su poesía. Sólo a Panamá y a Honduras no se le permitió entrar. Regresó a México, donde realizó la mayoría de su producción literaria –*El español del éxodo y del llanto, Ganarás la luz, Llamadme publicano, El ciervo, ¡Oh, este viejo y roto violín!, Cuatro poemas con epígrafe y colofón, Rocinante*–. Aquí encontró el gusto por el cine y retomó el del teatro, que plasmó en algunas de sus obras –*La manzana. Poema cinematográfico, El juglarón*–. En 1957 murió Berta, su esposa, acontecimiento profundamente doloroso para nuestro poeta; tras ello siguió un largo periodo en el cual, sedado por el dolor y la soledad, calló su voz. No obstante, a los ochenta años de edad resurgió con *¡Oh, este viejo y roto violín!*, último libro que vio publicado y cuyo génesis fue el impacto que le causó la muerte de un niño jorobado, amigo suyo.

León Felipe fue un hombre lleno de pasión y tragedia, ternura y severidad, dolor y esperanza. Un hombre preocupado por quién era, atento al destino de la humanidad, incapaz de mostrarse indiferente ante una realidad hostil, injusta, indigna, por lo que se mantuvo siempre en busca de una salida a esa obscuridad, con miras siempre hacia la luz redentora que se encuentra en el mismo espíritu humano. León Felipe murió el 18 de septiembre de 1968 y vive, hoy, a través de su palabra.

2.2 El hombre agoniza: la guerra civil española

*Hagan lo que hagan los momentáneos todopoderosos,
el fondo eterno se les resiste. Ellos no tienen más que
la superficie de la certeza; el fondo pertenece a los
pensadores. Se exilia a un hombre. Sea. ¿Y después?
Se puede arrancar un árbol de raíz; no se arrancará
el día del cielo. Mañana, la aurora.*

Víctor Hugo

Uno de los momentos históricos y vivenciales más decisivos para nuestro poeta fue la guerra civil española. Este trágico acontecimiento fue el parteaguas fundamental que marcó un antes y un después en su vida y en su creación poética.

La guerra de España inició el 17 de julio de 1936, tras la sublevación derechista comandada por el general Francisco Franco contra la República, régimen legítimo establecido el 14 de abril de 1931 y encabezado al momento de la sublevación por el presidente Manuel Azaña, quien tomó el poder el 10 de mayo de 1936. Se había venido gestando la violencia en el país a partir de diversos acontecimientos, como los privilegios de las clases altas y el clero, y la desestabilidad política surgida desde el derrocamiento de Alfonso XIII, antes de la instauración de la Segunda República. Pronto el descontento acumulado, aunado al asesinato, primero, de José Castillo, militante de izquierda, y, después, de José Calvo Sotelo, líder del partido monárquico Renovación Española, estalló en el movimiento armado.

El bando rebelde –que conformaba toda la derecha española: monárquicos, carlistas, burguesía, clero– estuvo encabezado por Francisco Franco y tuvo el respaldo de las fuerzas fascistas; Hitler y Mussolini les enviaron apoyo militar de todo tipo: armamento, aviación, ejército, tanques, fuerzas navales y bombarderos (no sobra decir que el golpe de estado fue bendecido por los papas Pío XI y Pío XII (Zurdo y Gutiérrez, 2005, p. 46)). Además, algunas posturas afirman que este soporte se debió a un afán de experimentación en España con miras a lo que sería la Segunda Guerra Mundial, de ahí algunos tipos específicos de ataque militar, o los bombardeos en algunas ciudades, lo que provocó miles de muertes civiles.

Por su parte, el bando republicano –que incluía entre sus filas a comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, nacionalistas vascos– tuvo la ayuda otorgada por Rusia (Moradiellos, 1998-2000) y por las Brigadas Internacionales, grupos de voluntarios de diferentes países que se unieron a su causa¹. Aun así, la ayuda que le fue proporcionada a Franco fue excesivamente mayor, lo que contribuyó en gran medida a que obtuviera la victoria, unido esto a la subdivisión que existió dentro de la izquierda por los diferentes intereses que tenían los partidos². Los republicanos fueron férreos detractores de la Iglesia, por lo cual algunos grupos fusilaron sacerdotes y quemaron templos a lo largo del territorio. Broué y Temime afirman que estas acciones se inclinaban a un cambio esencial en la vida española y no como un hecho de violencia aislado, pues “no buscaban solamente destruir a sus enemigos y al símbolo de su poder, sino que querían extirpar definitivamente de España todo lo que a sus ojos encarnaba al oscurantismo y a la opresión” (Broué y Témime, 1979, p. 139).

¹ Se hizo una junta de naciones para discutir el asunto. De todos los países latinoamericanos, sólo dos aceptaron ayudarlos. Entre ellos estaba México, encabezado por el presidente Lázaro Cárdenas, a quien los exiliados recuerdan con cariño. Incluso Panamá, como ya hemos visto, censuró el discurso que León Felipe iba a dar por la radio a manera de despedida.

² A pesar de que en el bando sublevado también existió subdivisión –algunos proclamaban la monarquía, algunos más el totalitarismo, otros el carlismo–; supieron llevar una organización mediante la cual formaron la Falange, partido único derechista.

En cuanto a la opinión mundial, conviene decir que hubo un comité internacional de no intervención; la neutralidad de países como Francia e Inglaterra –recordemos aquella dolorosa frase que León Felipe aporta como epígrafe para uno de sus poemas: “A Lord Duff Cooper, Jefe del Almirantazgo de Inglaterra, que acaba de decir en el Parlamento Británico: «Todo lo que se ventila hoy en España no vale la vida de un marinero inglés.»” (Felipe, 1993a, p. 59)– fue otro factor determinante para el destino de la guerra.

Firmemente anclado en sus circunstancias históricas, aparece con fuerza el primer concepto que León Felipe tiene de *justicia*; los republicanos la representan, mientras que los franquistas cumplen el papel del enemigo del hombre. Esta postura es contundente y clara: la guerra se había convertido en una lucha entre el bien y el mal.

Con la caída de Madrid el 1 de abril de 1939, tras aproximadamente medio millón de muertes, entre ejecuciones, bombardeos y campañas, la República fue vencida para dar paso a la instauración del régimen fascista. Al término de la Guerra Civil, miles de españoles se vieron obligados a dejar su patria. Los intelectuales de izquierda tuvieron que salir del país para evitar ser encarcelados o fusilados. Se dio también un cierre de España, como ocurrió cuatrocientos años antes –si se nos permite la digresión– en los tiempos de Cervantes. “El propósito [del franquismo] era, pura y simplemente, restablecer las condiciones de la España de la Contrarreforma, cerrando para ello el país frente al resto del mundo” (Ayala, 1965, p. 35). Hubo un aislamiento político y cultural.

La Iglesia formó parte inseparable del gobierno de derecha, reaccionario y cerrado. Se habla de un Estado-Iglesia (Ayala, 1965) en el que se dieron juegos de poder. La Iglesia ayudó a Franco con tal de recuperar el poder con el que contaba antes de la proclamación de la Segunda República; a su vez, Franco necesitaba de la ayuda de la Iglesia, que dio legitimidad moral a su gobierno. El catolicismo imperaba en España y el clero aprovechó la situación.

Francisco Franco, cabeza del fascismo español, se mantuvo en el poder durante casi cuarenta años. Represión, violencia y censura caracterizaron su gobierno. Los medios de

comunicación estaban controlados y no se podía publicar nada en contra del régimen. En cuanto a los grupos sociales, sabemos que aumentaron tanto la burguesía como el proletariado. A los “rojos” que salían de la cárcel sólo se les permitía trabajar en ciertos lugares y con el sueldo mínimo. Durante su estancia en el poder, Franco intentó convencer al pueblo de España de que su gobierno funcionaría como transición a una monarquía democrática; ésta llegó hasta la muerte del dictador, en 1975, 36 años después del fin de la guerra.

Ante este panorama oscuro que vio y previó nuestro poeta, no pudo menos que preguntarse: “¿No hay una manera, una prueba, un sacrificio doloroso, angustioso, purificador, que organice luminosamente nuestra vida, que levante al hombre a un plano superior de justicia y dignidad?” (Felipe, 1983, p. 278).

2.3 Panorama literario en España

*Poetas naturales de la tierra,
escondidos en surcos,
cantando en las esquinas,
ciegos de callejón, oh trovadores
de las praderas y los almacenes,
si al agua
comprendiéramos
tal vez como vosotros hablaría,
si las piedras
dijeran su lamento
o su silencio,
con vuestra voz, hermanos,
hablarían.*

Pablo Neruda

Es bien conocido el carácter único de la poesía de León Felipe, muchos críticos literarios afirman que a pesar de haber desarrollado su poesía en contextos de efervescencia literaria, la obra de nuestro autor no le permite situarse en ninguna generación; su “absoluto individualismo” (Brown, 2002, p. 185) lo aísla de sus contemporáneos; sin embargo,

estudios más profundos revelan la influencia de su entorno, pues, como sostiene Juan Frau, “ninguna poética surge de la nada” (Frau, 2002, p. 17). Lo cierto es que no es sencillo ubicar a León Felipe en un contexto literario específico.

El panorama literario del que nuestro autor fue testigo abarca, en términos generales, el modernismo, la generación del 98 (Luis, 1984 y Andújar, 1986) y la del 27 (Andújar, 1986). Con el modernismo compartió algunos aspectos formales, como la idea de que tanto el ritmo como la rima están al servicio del creador, el simbolismo o las reminiscencias románticas del valor de la libertad y el poeta como un ente extraordinario, pero lo distinguieron de este movimiento rasgos como el desprecio por el preciosismo y el alejamiento del poeta y lo social.

A la generación del 98, por su parte, es cercano por la idea de regeneración de la patria (que en León Felipe se vuelve más universal) y el existencialismo; pero lo diferencia la intención, pues para este grupo literario la idea, expresada en la importancia de los paisajes, se volvió más contemplativa y con un matiz de amorosa nostalgia, mientras que para nuestro poeta giró en torno a los problemas sociales y éste fue el hilo conductor de su obra a lo largo de los años.

Dentro de esta generación, tres escritores suelen asociarse con León Felipe por algunas similitudes que presentan en su obra: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Miguel de Unamuno. Con el primero comparte –casi únicamente en su primer libro, *Versos y oraciones de caminante*– el uso de algunos símbolos, la melancolía, las estructuras breves con el mismo tipo de rima, la idea del poeta como un hombre superior y el desdén por la retórica, entre otros recursos; sin embargo, según Serafin Vegas (Vegas, 1986b), aunque algunos elementos coinciden entre los poetas, la intención es distinta: mientras que Juan Ramón procura ir a un refugio por medio de la fantasía, León Felipe se ancla en la realidad humana.

Machado y León Felipe encuentran coincidencias en el simbolismo, el humanismo y el desprecio por la poesía ornamental el peregrinaje, la situación humana universal a partir

de la situación íntima del poeta, la renuncia a la anécdota y la admiración por Castilla; no obstante, resulta en lo mismo que con Juan Ramón: la intención es diferente, sobre todo en el último elemento, pues Machado no utiliza lo castellano-mancheño como base de su creación, incluso el significado es diferente; León Felipe “haciendo del espíritu de Castilla-La Mancha la savia de su poesía, conducirá a ésta a unos planteamientos en los cuales el dolor y el grito desgarrado de don Quijote por la Justicia y el Hombre son las resonancias específicas del espíritu español” (Vegas, 1986b, p. 155). León Felipe reclama por la pérdida del mensaje quijotesco.

Pero se asocia más estrechamente con Unamuno debido, sobre todo, al rechazo hacia la poesía pura y el gongorismo, la búsqueda de inmortalidad, la convivencia de la melancolía y el entusiasmo, la importancia de la tradición, la idea de ritmo, lo bíblico, el tono de protesta, la preocupación por la situación humana y por España, las reminiscencias románticas, el rechazo de la razón y la exaltación de don Quijote –tema que nos concierne y en el que ahondaremos más adelante–, entre otras características; sin embargo, lo que los distingue es la actitud y el sentido que le dan a estos temas. Mientras que para Unamuno la preocupación humana se da con miras a la inmortalidad, para León Felipe lo importante es la tragedia del hombre en el mundo, representada en don Quijote, que no es un personaje secundario, sino la base de toda su poesía. En cuanto al dolor, el hombre y lo bíblico, mientras que para Unamuno son temas sustantivos, para León Felipe son derivaciones de lo quijotesco (Vegas, 1986b). Por lo anterior, se concluye que León Felipe tiene ideales diferentes a los de la generación del 98, pues lo quijotesco es la savia de su obra.

Finalmente, las vanguardias ocuparon un lugar esencial en la poesía española de inicios del siglo XX. Algunas de sus características principales son la deshumanización del arte, la inclinación por lo nuevo, el extrañamiento como recurso, el exhibicionismo, la exaltación de lo formal, la discriminación de la trama anecdótica y lo sentimental, la aparición de lo lúdico, el auge de lo visual. Las vanguardias conservaron y exaltaron algunas características del modernismo, pero se desprendieron del aura romántica de aquél, motivo

por el cual León Felipe se separa casi totalmente de ellas, así como por lo esencial de lo humano y la poesía como profecía, alejada de juegos meramente estéticos y centrada en un contenido profundamente vital, características propias de nuestro poeta. Vegas (1986b) menciona que el zamorano adopta algunos recursos del futurismo, como las referencias a lo tecnológico; el mismo título de una de sus obras, *Drop a star*, lo refiere, o *La manzana*, que habla sobre los cinematógrafos, así como la traducción que hizo de H. G. Wells –padre de la ciencia ficción– y de William Beebe –descubridor de la batisfera–, con su obra *A media milla de profundidad*. En algunos poemas (de *Versos y oraciones de caminante*) se encuentran referencias a la luz eléctrica y el avión. Sin embargo, ello no fue fundamental en su poesía.

No obstante, una segunda época de las vanguardias se presenta más reflexiva, y a esta segunda etapa se acerca, aunque con buena distancia, León Felipe. Se dice que *Drop a star*, sobre todo, y una sección de *Ganarás la luz* presentan visos surrealistas, como lo onírico y lo subconsciente, aunque esto se explica, más bien con la relación entre el surrealismo y el romanticismo, del cual sí tomó elementos León Felipe, como “la valoración de lo intuitivo, la visión del mundo como algo inhabitable, la rebelión ante las convenciones de la sociedad, la iracundia, la importancia de los sueños, la presencia de elementos como la noche, lo espectral, lo cruel y lo misterioso” (Frau, 2002, 28).

La generación del 27 incluye en su obra las vanguardias y se adhiere también al concepto de poesía pura, que excluía la emoción y empoderaba al lenguaje. Utilizan constantemente el recurso de la imagen, las estructuras clásicas y la rima –por tanto, se desdeña el verso libre, tan propio del zamorano–. Una de las características más conocidas de esta generación es que enarbolaron la bandera del gongorismo, que los llevó a buscar una poesía elaborada conceptualmente hablando; León Felipe, por el contrario, buscaba un mensaje sencillo, puesto que su receptor es la humanidad entera. Sobre el recurso de la metáfora, mientras para esa generación fue un recurso literario, León Felipe clamó por la

gran metáfora, una metáfora social y sideral, que transforme el mundo, que salte de la retórica, tan apreciada por los poetas, a la realidad.

La visión de la poesía para la generación del 27 fue cambiando, sobre todo después de la Guerra Civil, que caló hondo en el alma española, y, poco a poco, se fue recuperando el humanismo que se había perdido en la lírica precedente, así como una tendencia hacia lo político en algunos de sus miembros, pues la circunstancia lo exigía. “El "yo" pasará a ser el "Hombre"” (Marco, 1986, p. 7); a partir de entonces, como mencionamos en el apartado anterior, León Felipe forjó su más honda poesía.

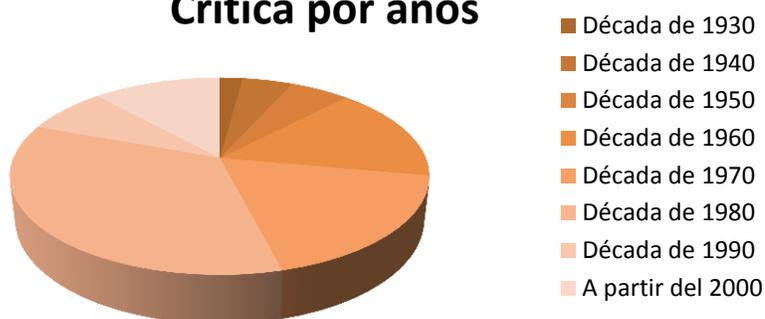
2.4 Horizonte crítico

La bibliografía en torno a León Felipe es abundante; muchos críticos han dedicado por lo menos un artículo a su obra y algunos otros han enfocado la mayor parte de su trabajo en él. En una lista de cerca de 260 artículos³, los años más ricos en el estudio de su obra son la década de 1980 –82 de ellos se escribieron en estos años. En 1984 se lleva a cabo el Simposio León Felipe y en este mismo año las revistas *Ínsula* y *Pliegos de Rebotica* dedican sus publicaciones número 452-453 y la correspondiente a junio, respectivamente, a nuestro autor, además del homenaje que realiza la Comunidad Autónoma de Castilla en 1987 (*Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe*)–, seguida de la de 1970 –41 artículos fueron publicados durante esta década, incluyendo el homenaje que dedica la revista *Litoral* a nuestro poeta, concediéndole un ejemplar completo– y la de 1960 –durante esta década encontramos 33 artículos, de los cuales 13 fueron publicados el año de su muerte (en un lapso de tres meses, pues murió en septiembre)–. Los años restantes se escribe de manera constante y en aumento –5 en la década de 1930, 10 en la de 1940, 10 en la de 1950, 16 en la de 1990 y 28 partir del año 2000–⁴.

³ Véase el Apéndice del presente trabajo (pág. 94) para revisar la crítica detalladamente, misma que expusimos de manera cronológica.

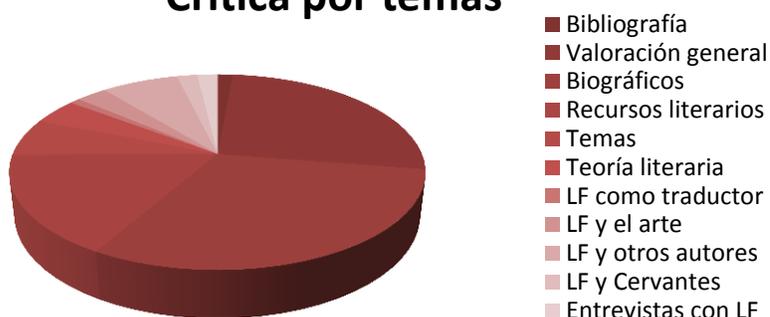
⁴ Hay veinte artículos de los cuales desconozco el año de publicación; éstos no han sido considerados en la clasificación.

Crítica por años



En cuanto a los temas que se han tratado en los artículos⁵, los más constantes son el poeta y el hombre: humanismo, los símbolos de la luz y de las lágrimas, León Felipe como profeta, así como reflexiones generales sobre el autor y artículos biográficos. Varios de ellos se vinculan; el humanismo en la obra de León Felipe es asociado constantemente con los símbolos de la luz y el llanto. El mensaje que León Felipe quiere dar –con la voz de un profeta– es la lucha que debe hacer el hombre por su ascensión. Los artículos giran en torno a estas ideas una y otra vez, lo cual se entiende ya que son los temas y los símbolos más recurrentes en la obra del poeta. Es en lo que hace énfasis cada vez que escribe, ya sea desde una visión de desaliento o de esperanza.

Crítica por temas



⁵ Hay varios cuyo título se presta a confusión y algunos más a los cuales no tuve acceso, por lo tanto, no pudieron ser clasificados en los temas.

Hay algunos otros aspectos que han sido tratados de manera más ligera, a pesar de su importancia en la obra del autor, como la figura del héroe, el tono en su poesía, la justicia, la ascensión humana y la influencia cervantina, materia de esta investigación; éstos han sido constantemente mencionados y, sin embargo, no han sido agotados aún.

Por otra parte, su obra de posguerra ha sido más estudiada que la de guerra, debido, tal vez, a que es mayor en número, o a que la obra de posguerra ya no está perseguida por el aura propagandística que se le ha dado a la de guerra, aunque es en esta última donde encuentra, según nuestra opinión, el inicio de su camino poético.

En cuanto a compendios generales de la literatura, en *La poesía del siglo XX en América y España* (Antología, 1952) apenas se mencionan algunas características de la poesía de León Felipe, así como en la *Literatura española contemporánea* (Lázaro Carreter, 1969), donde se exponen brevemente la biografía y la obra del poeta zamorano, seguidas de una descripción de su poesía, de la misma extensión. En el *Panorama de la literatura española contemporánea* (Torrente, 1961), hay una breve mención de León Felipe; en tres líneas se da su biografía y en otras tres se describe su constante actitud anárquica, su soledad y afán de libertad e independencia. Quizá lo más rescatable del texto es la ubicación de nuestro poeta en el panorama literario de la época.

Por otra parte, *La poesía española entre pureza y revolución* (Cano, 1972) es uno de los textos, dentro de las historias generales de la literatura, que se enfocan más en lo literario de la poesía de León Felipe, al igual que el capítulo “La poesía española fuera de España” (Aub, 1954), donde se habla sobre León Felipe desde una perspectiva humana, emocional, destacando estos mismos aspectos en su poesía; hay un énfasis en la fuerza expresiva de su poesía; incluso desdeña un tanto las formas.

El apartado que dedica Guillermo de Torre a León Felipe en *La aventura y el orden* (Torre, 1948) contiene, también, análisis poético a partir de un concepto que propone el

crítico, el nunismo⁶, y otro de los textos que contienen una crítica más completa sobre la poesía de nuestro autor es *Los estilos poéticos en España desde 1900* (Siebenmann, 1973), donde se nos muestra un texto que el crítico analiza formalmente. El estudioso escogió un poema, desde su punto de vista, característico del poeta zamorano. El ejemplo que da es un poema-oración, explicado mediante un análisis estilístico en el que se mencionan varios recursos retóricos recurrentes en su obra: el verso libre, el lenguaje directo, la reiteración, las partes encadenadas, el proceso intensificador y los imperativos, que, juntos, logran “un innegable efecto de persuasión y de emoción” (Siebenmann, 1973, p. 438).

Cernuda (1957), por su parte, oscila entre la aceptación de su poesía y su rechazo. El texto dialoga constantemente con las ideas del zamorano; algunas veces las apoya y, las más, las rebate; sobre todo con dos temas: el poeta como gran responsable y el llanto. Otra de las críticas adversas que hace Cernuda a León Felipe es en cuanto a la forma de su poesía. Afirma que lo que menos le interesó fue la lengua, al igual que la técnica; el verso de León Felipe es, según el crítico:

... un verso gris, desarticulado más que flexible, sin musicalidad alguna; un verso que es combinación de metros cortos y largos (éstos en ocasiones llegan a ser versículos), insistiendo en los primeros más que en los segundos, cortados a veces arbitrariamente, sin atención al ritmo del verso ni al de la frase. Verdad que a estas observaciones pudiera responder León Felipe que ese verso era precisamente el que necesitaba para lo que tenía que decir. A lo cual no hay objeción posible. (Cernuda, 1957, h p. 149)

Es muy seguro que esta crítica, más que enfadar, hubiera halagado a nuestro poeta; basta con recordar sus ideas acerca de la poesía, sobre el papel que debe cumplir: mejorar al ser humano.

En la *Historia y crítica de la literatura española* (Rico, 1984) son varios los autores que hablan sobre nuestro poeta. Su primera mención se hace en el prólogo (Rico, 1984, p. 5),

⁶ El término nunismo se refiere a la literatura que se adscribe totalmente a una época determinada y sólo puede surgir a partir de ella. La poesía nunista es, entonces, “una poesía sin intenciones fuera de sí misma, libre de acento tendencioso pero claramente centrada en los motivos más urgentes del tiempo [...] enderezada a reflejar las conmociones inmediatas y profundas del tiempo” (Torre, 1948, p. 107).

cuyo autor lo menciona como uno de los escritores surgidos antes de la guerra que se comprometen tras ésta, al igual que J. Lechner en su respectivo capítulo (Lechner, 1984); le sigue la mención de Antonio Blanch (Blanch, 1984), quien lo incluye al hablar de la generación del 27, vinculado con ella debido a su “desinterés en el trabajo literario” (Blanch, 1984, p. 278).

No obstante, los dos textos que centran su atención en el poeta zamorano son “El yo poético de León Felipe” (Ayuso, 1984) y la introducción al apartado “La literatura en la Guerra Civil” (“La literatura...”, 1984). En el primer texto se expone la trayectoria poética de León Felipe que, según el autor, ha atravesado diversas etapas. Éste es uno de los artículos más completos dentro de las historias literarias; a pesar de que no ejemplifica, el recorrido que realiza por la obra completa de nuestro autor y la identificación tan específica de cada etapa poética son remarcables. Dentro de ello menciona e interpreta temas principales, recursos poéticos, la idea de poeta y poesía, y la opinión de otros autores –misma que rebate cuando es necesario–. Dentro de este conjunto de ideas, destacamos la evolución que describe del símbolo de don Quijote, que, consideramos, es un notable y esclarecedor acierto que aporta información relevante para la crítica sobre nuestro poeta y para el tema que trataremos en la presente investigación.

El segundo texto de la *Historia y crítica de la literatura española* que dedica un mayor espacio a nuestro poeta menciona, entre otros aspectos, la importancia de la guerra de España –enfocada en el exilio– para la producción poética de León Felipe y conjuga en uno solo a don Quijote y a Cristo, que representan a España, así como la distinción entre la identificación de los héroes, ya con España, ya con el propio poeta, con quien se identifican los héroes de traza bíblica y griega clásica.

En general, las historias de la literatura contienen una crítica apenas esbozada, dada su naturaleza; son pocos los textos que argumentan –predomina la exposición de ideas– y tocan temas vitales de manera muy superficial –como la influencia de la Guerra Civil en nuestro autor, o el desarrollo de símbolos vitales en su poesía–; no obstante, sí se puede

observar un progreso en la crítica con el pasar de los años: observemos el estudio de Siebenmann, cuyo contenido estilístico es un aspecto mínimamente visto en los textos críticos; con la edición de Rico, a su vez, se aportó un importante estudio sobre la trayectoria poética de León Felipe, que contribuye con datos novedosos. Conocemos las restricciones de una historia general, cuya implicación viene en su mismo nombre. No esperamos encontrar un estudio amplio; sin embargo, ello no quiere decir que se deba omitir la profundidad de los comentarios.

En cuanto a los libros que existen sobre la obra de León Felipe, encontramos los siguientes: *León Felipe, Sentido y peculiaridad de su quehacer poético* (1962), *El sentido religioso en la obra poética de León Felipe* (1966), *León Felipe, antología y homenaje* (1967), *Poesía y vida en León Felipe* (1967), *León Felipe, el sentido religioso de su poesía* (1968), *León Felipe, poeta de barro* (1968), *Pasión y creación de León Felipe* (1968), *Los años santanderinos de León Felipe* (1974), *La huella mexicana en la obra de León Felipe* (1975), *León Felipe. Mi último encuentro con el poeta* (1975), *La trayectoria poética de León Felipe* (1976), *León Felipe, romero de las piedras a las estrellas* (1978), *La personalidad poética de León Felipe* (1979), *La obra literaria de León Felipe: constitución simbólica de un universo poético* (1980), *León Felipe: el hombre y el poeta* (1980), *León Felipe y los niños* (1982), *Aproximaciones a la vida y la obra de León Felipe (cuatro conferencias)* (1984), *El viejo pobre poeta prodigio León Felipe* (1984), *León Felipe, itinerario poético* (1986), *La poesía profética de León Felipe* (1987), *León Felipe: Poeta de pólvora y barreno* (1988), *León Felipe visto por cien autores* (1991), *Infancia y juventud de León Felipe* (1993), *León Felipe, 1884-1968* (1998), *León Felipe, trayectoria poética* (2000), *León Felipe, de la Universidad de Valladolid al exilio* (2002), *La teoría literaria de León Felipe* (2002), *León Felipe* (2002), *Por la manchega llanura. La influencia de El Quijote en la poesía de León Felipe* (2007) y *León Felipe en la casa de España y en el Colegio de México* (2008).

A diferencia de los artículos, que muestran una clara diferencia en la frecuencia de publicación, en los libros ha sido constante –cabe destacar que sigue teniendo el primer

lugar la década de los 80-; oscilan entre 5 y 7 por década. La mayor parte de estos libros tratan de la obra de nuestro poeta en general. Desafortunadamente, pudimos consultar únicamente seis entre los cuales destacan *Trayectoria poética de León Felipe* y *La poesía profética de León Felipe*, de José Ángel Ascunce, ya que tratan sobre el análisis general de la obra de nuestro poeta de manera profunda; *León Felipe, poeta de barro*, excelente biografía escrita por Luis Rius, que intercala un análisis plenamente humanista de su obra, *La teoría literaria de León Felipe*, libro único en su naturaleza que hace un amplio análisis de las teorías poéticas de nuestro autor, comenzando por su postura frente a las escuelas y movimientos literarios de su época y abarcando hasta el proceso creativo y la construcción del texto, los géneros literarios que maneja y, finalmente, el inmenso campo retórico que utiliza; y, por último, *León Felipe, el sentido religioso de su poesía*, de Margarita Murillo, por ser el único que trata un aspecto en específico de manera tan detallada. Estos textos son esenciales para comprender la poesía de nuestro autor, cada uno desde su perspectiva. Todos contienen análisis más que datos, argumentos, ejemplos; todos los autores muestran buen grado de comprensión de la obra que estudian.

Sobre la obra de León Felipe, hasta la fecha ha sido editada por Alejandro Finisterre, en la Colección Málaga, el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y por Visor de Poesía, casa editorial que también se encargó de la edición de sus *Obras completas*, que también publicó Losada (1963) con la edición de Guillermo de Torre; sin embargo, las únicas ediciones críticas que existen son *Versos y oraciones de caminante I y II* (1979) y *Drop a Star y Ganarás la luz* (1982), de Paulino Ayuso.

Además de éstos, encontramos algunas antologías, como la editada por Gerardo Diego en Espasa-Calpe (1975), la de Alejandro Finisterre para Alianza (1981) y la prologada por Electa Arenal, *Bardo Peregrino*, en Nueva Imagen, colección Cuadernos Americanos (1983). Además de las ya conocidas *Antología rota* y *Nueva antología rota*, que han tenido varias ediciones desde 1947.

En general, la obra de León Felipe ha sido profusamente estudiada desde diversas perspectivas. Como ya vimos, son numerosos los temas que aparecen en la crítica, desde lo temático hasta lo formal; a pesar de ello, muchos de los estudios son meramente expositivos, por lo que carecen de argumentación, otros ni siquiera ejemplifican sus opiniones con la poesía de nuestro autor; además, hay algunos temas que son vitales en su obra y no han sido lo suficientemente estudiados, ni en cantidad, ni en calidad, ni en diversidad de perspectivas, como es el caso de las figuras cervantinas. Muchos críticos las mencionan; sin embargo, aún no se ha agotado lo que hay que decir al respecto, aún es posible adentrarnos en el tema de manera sistemática, metódica y formal.

2.4.1 *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*

*El hombre, mis hijos –nos decía–, es como un río.
Tiene barranca y orilla. Nace y desemboca en
otros ríos. Alguna utilidad debe prestar. Mal río
es el que muere en un estero.*

A. Roa Bastos

Como mencionamos anteriormente, *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* fue escrito en 1938 por León Felipe mientras estaba a bordo del Breña, barco que lo transportó desde España hasta México. Ha sido publicado por el Fondo de Cultura Económica, Visor de Poesía, Finisferre y, más recientemente, por El Colegio de México en una edición ilustrada por Emiliano Gironella Parra que se llevó a cabo para conmemorar el 75° aniversario de la fundación de la Casa de España.

A pesar de su hondura, son pocos los estudiosos que le han dedicado menciones a este libro, y las que se han hecho son superficiales. Francisco Rico hace un recorrido por la obra de León Felipe y solamente menciona *El payaso de las bofetadas*, primero de los libros que son interpretaciones del exilio, en el cual aparecen dos figuras importantes: don Quijote, el “poeta-payaso, héroe y bufón” (Rico, 1984, p. 828) que representa a España, y Edipo, que representa la tragedia histórica. Paulino Ayuso (Ayuso, 1984) hace también un recorrido de

la obra del poeta zamorano y considera que *El payaso de las bofetadas* (y *El hacha*) comienzan una nueva etapa poética, aunque no habla de una anterior. Felipe Pedraza y Milagros Rodríguez (Pedraza y Rodríguez, 2004) describen el libro, pero no analizan ningún aspecto del mismo.

Guillermo de Torre (Torre, 1948), por su parte, habla someramente sobre el tono elevado que presenta y lo describe como el “más inflamado y panfletario” (Torre, 1984, p. 112), aunque el juicio es ligero debido a que no argumenta su postura en ningún momento; en esta misma línea, Víctor García de la Concha (García, 1986), en el tercer capítulo de *León Felipe. Itinerario poético –“Guerra civil y exilio”* (García, 1986, pp.59-77)– habla de su creación poética durante esta etapa, en la que se desborda la emoción, misma que, según el autor, rebasa a los propios textos –se refiere, sobre todo, a *El payaso de las bofetadas*–.

Serafín Vegas (Vegas, 1986c) menciona que dos temas son sobresalientes en el libro: la justicia y la tragedia de España, ambas asociadas íntimamente con los símbolos cervantinos y encaminadas a una lucha de superación. Lo ético, además, resuena en sus páginas.

Alberto Sánchez, por su parte, enlista las características principales de esta obra, que son “la imprecación, el libelo político, la prosa poemática y el versículo deprecatorio” (Sánchez, 1984a, p. 190).

José Ángel Ascunce (Ascunce, 2000) dedicó algunas páginas a *El payaso de las bofetadas* y *el pescador de caña* en su obra sobre la trayectoria poética de León Felipe. Para estudiar la poesía de León Felipe, el crítico la clasifica de acuerdo con las etapas creativas de nuestro poeta; la obra que analizamos pertenece a la “poesía mítica”, junto con *Español del éxodo* y *del llanto* y *Ganarás la luz*. Ascunce la ubica como una obra de transición entre esta etapa y la anterior, la “poesía de combate y propaganda”. *El payaso de las bofetadas* y *el pescador de caña* se divide en dos partes claramente diferenciables: “El payaso de las bofetadas” que se repite en

Ganarás la luz, y “El pescador de caña”, que aparece por primera vez en *La insignia*. Esto hace patente de manera muy claro el carácter de transición de esta obra.

Ascunce menciona como primera característica de este libro la responsabilidad del poeta con la realidad humana. Mediante las palabras, el poeta debe mover voluntades con la finalidad de provocar las grandes revoluciones humanas, para ello, irá en busca de la esencia humana en cada persona. Para el crítico, la justicia es el camino para alcanzar la finalidad última: ascender a Dios mediante el espíritu transformado tras la lucha; sin embargo, no pensamos que el objetivo de la lucha humana sea alcanzar a Dios, sino ascender a un plano superior de existencia en este mundo, como veremos más adelante.

Después habla de las dos posturas ante esta lucha: la del poeta prometeico y la del pescador de caña; el héroe y el hombre indiferente. La postura del poeta prometeico es la que muestra conductas ejemplares de personajes míticos que muestran el camino que debe seguir el ser humano. Éstos son Edipo, Prometeo, Cristo y don Quijote. El hilo conductor entre ellos es la entrega heroica. Todos ellos personifican valores absolutos y, también, muestran comportamientos prácticos para el hombre. Don Quijote representa la justicia y lucha por obtenerla, a pesar de fracasar varias veces.

La lucha de los héroes ejemplares –tal es su función– se divide en tres etapas: la metáfora poética (marcada por la imaginación y la voluntad), la metáfora social (surgida de la entrega y la acción) y, finalmente, la metáfora sideral (la afrenta contra los dioses para alcanzar su reino); se va del “presente histórico” al “futuro suprahistórico”, en palabras del crítico. Las dos primeras metáforas son representadas por don Quijote, mientras que Edipo se muestra en la tercera.

Los otros dos héroes son Prometeo y Cristo. El primero “es el prototipo de héroe redentor que a costa de su sufrimiento y de su sangre consigue la luz para los hombres” (Ascunce, 2000, p. 149); el segundo sacrificó su vida para salvar a la humanidad. Al final, ya alcanzado este estado, el hombre “será dios entre los dioses y hombre entre los hombres. Se habrán terminado para siempre las dictaduras de los dioses y las dictaduras de los hombres,

para iniciar una nueva existencia en la luz, el amor, la justicia, etc.” (Ascunce, 2000, p. 151). Es curioso que el crítico no asocie a don Quijote con ambos, pues en su poesía es clara esta relación, como menciona Raquel Huerta-Nava (Huerta-Nava, 2007).

Ante la postura del heroísmo, viene la de la cobardía: el pescador de caña. El que ve únicamente por sus intereses, el que representa la comodidad y la pasividad. Se hace necesaria la postura del poeta prometeico porque en la actualidad abunda la de los cobardes. Aunque la figura del héroe es constantemente humillada y abofeteada por los antihéroes, el hombre no debe dejar su esencia heroica para poder alcanzar el objetivo anhelado.

En general, *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* no ha sido materia de estudio relevante para los investigadores. Su figura central y tema de nuestra investigación, don Quijote, ha tenido más menciones, aunque no son abundantes.

2.4.2 Don Quijote

*De un sueño lejano y bello,
soy peregrino.*

A. Yupanqui

Entraremos ahora en el estudio de la crítica del tema que nos concierne: don Quijote como héroe romántico en la poesía de León Felipe. Nos centraremos en los textos que hablan sobre la figura del héroe, los símbolos cervantinos, la justicia y lo romántico para conocer sus perspectivas de estudio.

Varios críticos han mencionado, sin ser el tema central de sus trabajos, la figura de don Quijote en la obra de nuestro poeta (Sobejano, 1967; Alvar, 1971; Selva, 1975; Ayuso 1984c; Berroa, 1986; Vegas 1986d, e, f y g; Pueyo, 1987; Nuño, 1987; Ascunce, 1987; Barrado, 1987; Fernández, 1991; Chen, 1998; Deters, 1999; Pedraza y Rodríguez, 2004; Servera, 2007; Medrano, 2015; Díez de Revenga, s/f; Martínez, s/f); sin embargo, en cuanto a los artículos que enfocan su atención en la influencia cervantina en León Felipe, es sorprendente la poca

cantidad que existe. Encontramos “Cervantismo y quijotismo de León Felipe” (Sánchez, 1984a), “Los ensayos cervantinos de León Felipe” (Sánchez, 1984b), “Azorín y León Felipe ante don Quijote”⁷, “Don Quijote” (Serafin, 1986a), “Castilla-La Mancha y don Quijote como filtros de la originalidad de la poesía de León Felipe” (Serafin, 1986b), “El quijotesco peregrinar de León Felipe” (Gutiérrez, 1987), “El mundo cervantino descubierto por León Felipe”⁸, “La Intrépida Metáfora Demiúrgica o la presencia del Quijote en la obra poética de León Felipe” (Puche, 2007) y “El retrato de don Quijote vencido en la poesía de Juan Ramón Jiménez, León Felipe y Carlos Drummond de Andrade” (Miranda, 2015). Casi todos fueron publicados en la segunda mitad de la década de 1980. A continuación exponemos los textos a los cuales tuvimos acceso con el fin de conocer de qué manera ha sido abordado este personaje en la obra del poeta zamorano.

“Cervantismo y quijotismo de León Felipe” (Sánchez, 1984a) comienza con el apartado *Don Quijote, paladín de la justicia*, en el cual Alberto Sánchez expone la influencia de Cervantes –característica que, para el autor, lo une a la generación del 98–, no sólo como algo de gran importancia, sino como la característica mayor de nuestro poeta, encaminada al activismo. Además, resalta al autor detrás del símbolo; es Cervantes quien trasluce en la pluma del poeta zamorano. Don Quijote significa para León Felipe, según el crítico, la justicia –es necesario destacar que esta palabra tiene tipografía mayúscula, elegida deliberadamente por el autor–, enfrentada, muchas ocasiones, con la justicia institucional; Sancho, por su parte, representa la justicia ejercida de manera natural, inherente al ser humano, ambos temas esencialmente cervantinos.

La primera aparición de estos personajes son los poemas “Vencidos” y “Romero solo”, respectivamente, en *Versos y oraciones de caminante*. Pero siguiendo con el caballero

⁷ Fernández Gutiérrez, José María (1985). Azorín y León Felipe ante Don Quijote. *Actes du premier colloque international “José Martínez Ruiz (Azorín)”*, 267-278. No tuvimos acceso al artículo

⁸ Smerdou Altolaguirre, Margarita, Cano Campos, Concepción, Ballesteros Dorado, Ana Isabel y Paulino Ayuso, José (1990). El mundo cervantino descubierto por León Felipe. *El descubrimiento de nuevos mundos: XXIV Congreso Internacional Univ’91*, 125-135. No tuvimos acceso al artículo.

manchego, el autor propone las identificaciones del símbolo con algunas ideas. La primera es la de empatía del poeta con los que luchan por las causas perdidas –como se aprecia en el poema ya mencionado–; otro, es la característica de caminante de don Quijote; el tercero se enfoca en la idea, a nuestro parecer, más importante y recurrente en León Felipe: la lucha por la ascensión. El autor explica:

Con la obsesiva preocupación –tan quijotesca– de *deshacer el entuerto* y en busca de una acuciante justicia social, el poeta compone un *Pie para el niño de Vallecas*, de Velázquez, bajo un lema quijotesco al que permanecerá siempre fiel hasta el fin de sus días:

*Bacia, yelmo, halo.
Éste es el orden, Sancho.*

Los motivos centrales del *Quijote* perfilan un contenido simbólico que apunta hacia la compasión y la sensibilidad, la actitud militante y decidida frente a las miserias humanas. (Sánchez, 1984a, p. 183)

Éste es el motivo que mueve a la lucha. “Pie para el niño de Vallecas, de Velázquez”, de *Versos y oraciones de caminante II*, es el primer poema en que aparece la lucha por la ascensión y, en adelante, nuestro poeta no se detendrá en plasmar esta idea. “La identificación iniciada en el poema *Vencidos va camino de la plenitud* y ha de culminar en un quijotismo iluminado y trascendente” (Sánchez, 1984a, p. 184).

En el segundo apartado, *Ensayos cervantinos*, se habla de los textos de León Felipe dedicados a este autor que no son muy conocidos. El primero es *Poesía integral. Don Quijote toma las armas*, cuya interpretación es “moral” y “energética”; el segundo, *Universalidad y exaltación*. En el segundo, explica el autor, se toma a Castilla como la tierra en que se llevará a cabo la gran transformación humana, ambiente cargado de fuerza espiritual. No podemos olvidar que es este mismo escenario, Castilla, el que aparece en “La Gran Aventura”, poema de *¡Oh, este viejo y roto violín!*, como escenario final en el camino de don Quijote. La idea, pues, es reforzada en el último libro de nuestro poeta.

La voluntad de don Quijote, tercer apartado, expone una de las traducciones que León Felipe elaboró: *Virgin Spain*, de Waldo Frank. Sánchez menciona este texto debido a que

detrás de la traducción se pueden entrever las propias ideas de nuestro poeta sobre don Quijote. Entre ellas se encuentra la exaltación del personaje cervantino mediante contrarios y su comparación con Cristo. Se hace hincapié, como el nombre de esta sección revela, en la voluntad del héroe por la necesidad de lograr un mundo unificado mediante la justicia.

A esta sección le sigue *El payaso de las bofetadas* (1938), que el crítico entiende como un libro surgido como consecuencia inmediata de la guerra civil española. Se expone a don Quijote como un loco y vencido inventor de la justicia. En este apartado el crítico da una descripción del libro; no hay argumentación.

Don Quijote, poeta prometeico es la sección que continúa el análisis. Es ésta otra característica que se le atribuye al hidalgo manchego. El autor, tomando un vocabulario común de nuestro poeta, dice que surge “la imagen luminosa y aleccionadora de Don Quijote como poeta prometeico que escapa de su crónica particular y entra en la Historia grande, hecho símbolo y brazo, erguido frente a todos los mercaderes y raposos del mundo” (Sánchez, 1984a, p. 190). El problema, entonces, toma el cariz de trascendencia, de universalidad, tocante a todos los hombres. Lo que simboliza don Quijote toma, como menciona el autor, los tintes románticos de la interpretación romántica cervantina: la del hombre que lucha por un ideal, aseveración en la que se alza, una vez más, la constante lucha por la ascensión. A pesar de que menciona lo romántico del don Quijote prometeico, no justifica su aseveración mediante argumentos.

Quien realiza esa acción, pues, es el poeta prometeico, un héroe que funciona como la personificación de la conciencia de un grupo de hombres. Éste es el papel que juega el inmortal personaje de Cervantes; “Don Quijote, en definitiva, viene a ser el mito del hombre” (Sánchez, 1984a, p. 192), tratado por nuestro poeta bajo una perspectiva de esperanza.

La querencia de Rocinante es el último apartado del texto. Cabe mencionar que es el primer estudio, de los que hemos repasado hasta ahora, que pasa de la simple mención del

rocín a un análisis de su figura en el libro que lleva el mismo título, con el cual se puede comprobar la constancia de estos símbolos para nuestro poeta, pues fue el último que se publicó. Sánchez menciona como una novedad de este libro la presencia constante de Cervantes, como autor de la intención de transformación, denominada Intrépida Metáfora Demiúrgica en el sentido libro de León Felipe, mismo en el cual se cierra el ciclo iniciado con el poema “Pie para el niño de Vallecas, de Velázquez”, anteriormente mencionado; sin embargo, “la experiencia intentada ahora por el poeta es llevar a Don Quijote desde las carreteras chatas y angostas de La Mancha hasta el paisaje de Santa Teresa, de San Juan y de los místicos, bajo la luz de la forja y el cielo en ignición, «bajo la luz vibrante y milagrosa de la abierta meseta castellana»” (Sánchez, 1984a, p. 194). La aseveración de Sánchez muestra que hay una evolución desde la primera aparición del símbolo cervantino hasta la última; ha ido subiendo peldaños, ha sufrido, llorado; ha ascendido. Junto con él, su fiel Rocinante, que pasa de ser un caballo, al “loco centauro del delirio”, fundido en uno con el héroe y, finalmente, se convierte en Pegaso, siguiendo la misma preceptiva que el dístico: “Bacia, yelmo, halo...”. Es innegable la idea de ascensión relacionada con los símbolos cervantinos que encontramos en la poesía de León Felipe.

Las últimas consideraciones de Alberto Sánchez son la relación del qui jotismo de León Felipe con el de Unamuno –el primero defiende a Cervantes, el segundo sobrepone su obra–; la identificación entre el poeta zamorano y el hidalgo manchego y la insistencia en la influencia cervantina en su obra: “[...] reiteramos que si la *Biblia* y Walt Whitman son las dos fuentes reconocidas y patentes de León Felipe, hay que poner a su lado, y con clara evidencia, a Don Quijote como defensor eterno de la Justicia” (Sánchez, 1984a, p. 198), afirmación con la cual estamos en absoluto acuerdo.

Este artículo habla de la necesidad humana de transformar su realidad, adversa ahora, a otra más elevada por medio de la lucha, misma que está centrada en don Quijote, a quien presenta como un héroe divinizado mediante la conjunción con Cristo; menciona a la

justicia como el medio con el cual se da esta lucha y, finalmente, tiene una visión esperanzadora en el destino de la humanidad.

Hablaremos ahora sobre “Los ensayos cervantinos de León Felipe”. Alberto Sánchez menciona que desde *Versos y oraciones de caminante* aparece la influencia cervantina, y hasta *Rocinante*, último de sus libros, en el cual “la exaltación simbólica del hidalgo manchego va indeleblemente unida al encarecimiento de las calidades poéticas de Cervantes” (Sánchez, 1984b, p. 4). Sostiene que lo cervantino se extiende no sólo en los versos, sino en la prosa poemática, en especial en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*. El poeta zamorano toma la misma imagen de don Quijote que Turguenev, Dostoyevski y Rubén Darío. Posteriormente hace un breve comentario sobre “Don Quijote toma las armas” y “Universalidad y exaltación”, ensayos de León Felipe sobre Cervantes. El contexto en que se sitúa su visión cervantina es la necesidad humana de alcanzar una realidad superior por medio de la justicia.

Toca el turno a “Don Quijote” (Vegas, 1986a). Este artículo hace una mención de los personajes cervantinos a lo largo de la obra de León Felipe. En *Versos y oraciones de caminante*, en el poema “Vencidos”, se observa una afinidad sentimental del poeta con don Quijote; afinidad de destinos que quedó marcada en toda su poesía. Además, habla de un momento actualizador de don Quijote con las generaciones de Unamuno y Ortega. En el poema “Romero solo” aparece la figura de Sancho relacionado con la justicia emanada del pueblo. Esta justicia será defendida por el héroe. En el poema “Ahora a mí me sucede...” no hay comentarios del crítico.

En *Versos y oraciones de caminante II*, en el poema “He aquí una blasfemia”, menciona la comparación de don Quijote (inclinado a lo humano) con Zaratustra (inclinado a lo divino), así como la doctrina unamuniana sobre la comunicación idealista de Sancho. En “Pie para el niño de Vallecas”, habla de la formación ideal de Sancho al lado de don Quijote y del destino del hombre: retorno que no es eterno; la materia se va purificando en cada

ciclo hasta convertirse en luz. No hay escapatoria; “... hay que trabajar sobre la materia, con la talla infinita del hombre, hasta que la imagen alcance la perfección del original, pueda el hombre reflejarse en la justicia” (Vegas, 1986a, p. 107) Hace también una anotación sobre la justicia para León Felipe, que es eje de toda su obra. Menciona que este poema contiene:

... procesión del espíritu como desenvolvimiento histórico hacia un término de colmada realización; la justicia es la escritura épica de los tiempos –o del Viento, en símbolos de León Felipe– que median la realización del espíritu en los actos sumados de los hombres; todos participan, quien padece y quien no conoce, orientados por el verbo creador del poeta, el caballero andante. (Vegas, 1986a, p. 109)

Posteriormente habla de la poesía épica, que nace de un desequilibrio y busca recuperar el orden de lo justo. Este desequilibrio, en la poesía de León Felipe, es la derrota del idealismo. Se menciona que la concepción sobre don Quijote cambia con la guerra civil española.

En cuanto a los libros después de la guerra, el crítico asegura que don Quijote se ancla en la circunstancia histórica para pasar, después, a una exégesis bíblica. Habla de las diferencias con la concepción unamuniana del personaje cervantino y de la importancia creadora de la palabra. Don Quijote no se queda en el texto, sino que salta a la realidad. En este sentido, habla de un camino de superación en la lucha del héroe, que va en un camino de ascensión cuya meta es la patria y la historia misma.

La acción del héroe se desenvuelve, según el crítico, en La Mancha, que es mencionada como escenario de don Quijote en “Vencidos”, “¿Y qué es la justicia?”, “La gran aventura” y *Rocinante*, en estos últimos dos con mayor frecuencia, para marcar a los demás el camino hacia la justicia.

Por otra parte, Don Quijote no sólo es un tema literario, sino el creador de la poesía en la voz de León Felipe. Asimismo, dice que en los últimos libros de León Felipe destacan otros personajes cervantinos, extensión de don Quijote: Sancho Panza y Rocinante. Sancho Panza se quijotiza. Se le parece físicamente y tiene ya el mismo poder de transbordo. Por su parte, “Rocinante, la magra cabalgadura de los sueños, supone el último vericuetos

descubierto donde declinó y se transformó la relación del poeta con el mito” (Vegas, 1986a, p. 117). En los versos de *Rocinante* se puede observar la transmisión de la realidad al mito. Rocinante es el soporte del héroe. Habla, además de la identificación biográfica entre el poeta y el rucio, de un camino de ascensión; asegura que:

Don Quijote había alcanzado la transfiguración del mito en el poema anterior de «La gran aventura», se había encaramado en una región donde ya no podía seguirle el poeta. Quedaba la humilde cabalgadura aquí, en la tierra que suspira por la luz; quedaba el pueblo español, y quedaba el poeta que debía sostener al héroe en su altura; la identificación de León Felipe se vuelve hacia Rocinante. (Vegas, 1986a, p. 119)

Es decir, para el autor don Quijote ha escalado a lo más alto; se ha divinizado.

Este artículo dilucida sobre la presencia de don Quijote a lo largo de la obra de nuestro autor. El crítico no habla de una caracterización romántica del personaje.

Por su parte, el artículo “Castilla-La Mancha y don Quijote como filtros de la originalidad de la poesía de León Felipe” (Vegas, 1986b) comienza con las influencias que tiene León Felipe a pesar de su individualidad y de ser considerado un poeta único. Estas influencias de las que se vale, sin embargo, se vuelven suyas y finalmente son parte de esa originalidad que lo distingue. Uno de esos elementos es don Quijote. Nuestro poeta lo toma y lo moldea; así, se convierte en “la *interpretación prometeica* de la poesía que nuestro autor lleva a cabo por medio de lo que León Felipe dice ser el espíritu quijotesco...” (Vegas, 1986b, p. 153). Y es este espíritu la fuerza motora de toda la obra del zamorano⁹. A partir de él se desarrollan todas las demás influencias, así como la poesía misma.

El artículo habla de lo cervantino como base de la creación poética de León Felipe, mas no analiza los elementos literariamente. Menciona el llanto relacionado con don Quijote, pero no desarrolla la idea, no explica ni argumenta las ligas que los unen. Tampoco habla de una caracterización romántica del personaje.

⁹ El crítico asegura que el silencio es “el estado ideal para poder escuchar el latido de la poesía-castellano-quiijotesca” (Vegas, 1986b, p. 157). En mi opinión, esta aseveración es errónea, pues la poesía de León Felipe está colmada de elementos como el grito, el llanto y la blasfemia, relacionados con la transformación del mundo, con la lucha quiijotesca.

Pasemos ahora a “El quijotesco peregrinar de León Felipe” (Sesma, 1987). El autor comienza por decir que no hará crítica sobre el tema que tratará, pues es médico. Menciona que en los primeros versos que escribió León Felipe, que hablan sobre don Quijote:

... le convierte en símbolo de su quehacer poético y humano; y mientras el mundo se mofa de él y de quienes intentan imitarle, León Felipe le respeta y le venera, y llega a ver en ese personaje de ficción la esencia de España, porque sabe muy bien –él es más quijotista que cervantista– que don Quijote se le fue a Cervantes de las manos «y se metió de rondón en la Historia, hecho símbolo y carne», como el gran defensor, como el eterno defensor de la justicia. (Sesma, 1987, p. 100)

Reitera la idea de la lucha de don Quijote en la realidad, fuera del texto cervantino, y asegura que el motivo es la justicia. Como extensión de don Quijote menciona a Rocinante y su relincho de justicia que es una acusación, y en cuanto al poema “La gran aventura”, afirma que es la cumbre de lo quijotesco en la poesía del zamorano.

Este artículo habla, sobre todo, de episodios de su vida como aventuras quijotescas. No es serio académicamente hablando; sin embargo, mantiene las ideas generales de la crítica.

Teresa Puche (Puche, 2007), por su parte, afirma que León Felipe utiliza el símbolo de don Quijote para representar la España derrotada tras la guerra; es decir, se desarrolla bajo una visión pesimista, heredada de la generación del 98. Pero también habla del poder transformador de la realidad mediante una fórmula leonfelipesca: la intrépida metáfora demiúrgica, que es la metáfora social desprendida de la poesía, pues la función primaria de ésta debe ser pisar el terreno humano para mejorarlo.

Cristina Miranda (Miranda, 2015) realiza un análisis del poema “Vencidos” desde la perspectiva del héroe vencido, que relaciona con las derrotas en la vida del poeta y que fueron las que, según la autora, influyeron en la creación de este poema. Asegura que a lo largo de la obra del zamorano, el hidalgo manchego se presenta como un vencido; sin embargo, más adelante demostraremos lo contrario.

A pesar de la constancia e importancia de los símbolos cervantinos a lo largo de la obra de León Felipe, sólo hay un libro que habla en torno a ellos: *Por la manchega llanura. La*

influencia de El Quijote en la poesía de León Felipe (Huerta-Nava, 2007). A continuación hablaremos de este texto fundamental para nuestra investigación.

El libro se divide en los siguientes capítulos:

1. *Introducción*

La historiadora comienza por poner énfasis en lo terreno en la poesía de León Felipe y no en lo divino, pues es un poeta que no va en busca de Dios, sino que, como Prometeo, clama por la luz para el hombre. Asegura, también, que la culminación de la lucha quijotesca es la justicia y que este camino puede guiarlo a la salvación interior. No estamos seguros, sin embargo, si la salvación es únicamente interior, pues tomando en consideración la lucha colectiva que sugiere nuestro poeta –como veremos más adelante–, se puede deducir que la salvación debe darse también en la realidad histórica inmediata del hombre.

2. *Antecedentes vitales*

Este capítulo es una semblanza biográfica del poeta zamorano, pero también menciona características de su poesía en su contexto literario y su estética humanista. Habla específicamente de la universalización de su poesía, pues no canta únicamente al éxodo republicano, sino al éxodo humano desde el inicio de su historia. Menciona la idea de la perfectibilidad del hombre.

3. *El Quijote en la obra de León Felipe*

La autora menciona la importancia de don Quijote para nuestro autor: “León Felipe hizo del quijotismo su religión, el fundamento de su cosmogonía” (Huerta-Nava, 2007, p. 26). Don Quijote es ya un arquetipo en la cultura, la figura del héroe idealista que lucha por sus convicciones, arquetipo que surge a partir de la visión romántica del *Quijote*. Sancho, por su parte, representa a quienes quieren “dinero fácil y retribución inmediata a sus esfuerzos” (Huerta-Nava, 2007, p. 27), según la autora. Consideramos que para León Felipe no es así, pues en sus páginas Sancho ya se ha quijotizado con el paso de los años y las aventuras.

Ambos, por cierto, muestran locura, que, según la autora, es una forma de pureza que busca la redención y es, también, otra forma de razón.

Menciona también el significado de la derrota, que “es el precio a pagar por la vida misma, por la vida eterna del alma” (Huerta-Nava, 2007, p. 33). Sin embargo, ¿es la vida eterna del alma el fin último que busca León Felipe al hablar de transformación humana? Pensamos que no, pues la finalidad es, ante todo, terrena; cambiar la realidad histórica que vive el hombre. Afirmamos que la transformación del espíritu llevará a cambios históricos, que no a la vida eterna del alma (más adelante ahondaremos en esta idea).

En esta misma línea, alude a la figura del vencido. La historiadora analiza este aspecto bajo la *Biografía del fracaso*, de Luis Antonio de Villena. Asegura que un vencido es noble si la causa por la que luchó lo amerita por ser trascendental; para la autora, don Quijote pertenece a esta categoría, sin embargo aseguramos que don Quijote no es un vencido en las páginas de León Felipe, como demostraremos más adelante.

4. *Don Quijote como profeta (Prometeo, Cristo, Quijote)*

Este capítulo habla sobre la poética de la llama de León Felipe y sobre los profetas. León Felipe escribe desde lo mítico, un universo simbólico: poesía prometeica. De ahí surgirán las respuestas a su inquietud existencial. Sabemos que una vertiente importante de la poesía de León Felipe está en busca de descubrir quién es; no obstante, a otra faceta de León Felipe no le importa tanto decir quién es, sino a dónde va, sobre todo al hablar de los símbolos cervantinos: trascender.

La poesía convertida en luminaria terrestre se puede un día hermanar con la estrella y seguirla, pues desde luego, las estrellas ocupan un plano superior donde “la retórica del poeta está escrita”, una vez lograda esta correspondencia entre los distintos planos se consigue el fin último, en este caso, la armonía de lo terrestre con lo celestial. (Huerta-Nava, 2007, p. 42)

Para la autora, el fin último es la unión de lo terreno con lo divino. Cambió su dirección, ya que anteriormente había dicho que era la Justicia o la redención. El objetivo de lograr esta unión es lograr la armonía universal; por otra parte, se refiere a Prometeo, quien,

según la autora, se encuentra en un nivel superior a don Quijote por estar entre la divinidad y lo terreno. Es el héroe que se sacrificó por la humanidad y lo equipara con Cristo, aunque éste, a su vez, es superior a él. Don Quijote, por su parte, está al nivel del hombre. León Felipe, sin embargo, jamás ha hecho esta distinción; don Quijote constantemente es nombrado el “poeta prometeico” y “Quijote-Cristo”, nombres que lo equiparan a los personajes, no lo ponen en un orden inferior.

Posteriormente, menciona al resto de la humanidad comparada con el héroe. “Por debajo de estos poderosos símbolos se encuentra el ser humano al que no le queda más que intentar seguir estos ejemplos” (Huerta-Nava, 2007, p. 45). Podemos asegurar que no es que “no le quede más”, lo que daría la idea de que el ser humano quiere ser como ellos pero no le es posible; más bien, los seres humanos no se han dado cuenta todavía de que ésta debe ser su tarea fundamental: luchar juntos para transformar la realidad (más adelante hablaremos de ello), aunque deban sacrificar su sangre misma. Es la tarea que León Felipe proclama a oídos nuevos o, incluso, indiferentes, no a quienes ya la conocen pero no la pueden seguir.

Sobre la idea del sacrificio, la autora asegura que son dos los símbolos que lo refieren: la sangre y el llanto. Con ellos, el ser humano logrará la redención final, pues se encuentra aún en una etapa purgativa. Sacrificio y renovación son un ciclo eterno. El tiempo cíclico en León Felipe, entonces, puede verse también de manera positiva, no sólo bajo la imagen de la noria eterna, perenne voracidad (Véase Vegas, 1986a).

En cuanto al tiempo mítico y el histórico, Huerta-Nava dice que:

... a veces se sitúa en un plano mítico, donde el tiempo no existe y de pronto nos hace volver de golpe a la realidad histórica en donde está, para volver casi de inmediato a un universo simbólico sin mayores explicaciones. Tomando en cuenta esto, es más fácil comprender que los símbolos para León Felipe se sitúan en planos diferentes, el de la realidad histórica, el de la realidad simbólica y el de la realidad mítica” (Huerta-Nava, 2007, p. 48).

Nos atrevemos a afirmar que esos saltos de universo no se dan sin explicación, como menciona la autora, sino que corresponden a distintos objetivos: uno es el tiempo que vive

el ser humano y otro el tiempo que debe vivir; ambos convergen y se contraponen en las páginas del zamorano para mostrar el choque de ambas realidades. Más adelante hablaremos de ello.

5. *Don Quijote como poeta*

Habla sobre la Intrépida Metáfora Demiúrgica, recurso nombrado por León Felipe, y que se refiere a que el poeta no es verbal, sino que salta a la realidad para transformarla; es la gran metáfora. Don Quijote como poeta prometeico transforma la realidad que es por la que debe ser y representa al pueblo español en su lucha por la república. España murió, pero volverá a nacer redimida, así como renacerá el mito quijotesco español. Don Quijote es Hispanidad.

6. *Personificación*

Según la autora, los personajes cervantinos se relacionan con la concepción de la vida para León Felipe, que es un gran teatro donde se repiten eternamente los mismos errores para encontrar, al final, la purificación.

En cuanto al papel de la Guerra Civil, la autora dice que para León Felipe los actores republicanos de la guerra son “quijotes” convertidos en poetas al participar de su propia liberación.

Al hablar del tipo de héroe, se menciona que don Quijote “es un héroe, pero de carácter liberador y trágico [...] destinado al sufrimiento y cuya victoria no es de este mundo, es una victoria trascendental, metahistórica” (Huerta-Nava, 2007, p. 69). En nuestra opinión, que la victoria sea trascendental no está peleado con que sea de este mundo; todo depende de la concepción de realidad y dónde se realiza la transformación humana de la que tanto se ha hablado. Es ésta una perspectiva romántica, que no menciona la autora.

7. *León Felipe como profeta*

Con la guerra de España, León Felipe saca todo su furor enfocado en combatir la injusticia de la que está siendo testigo. Hay que salvar al hombre; su voz es profecía. El bando

republicano es símbolo de la justicia, que incluye una idea de amor. La poesía, según la autora, debe transmitir este mensaje aunque sea social o panfletaria, que equivale en valor al resto de la poesía, pues a pesar de ello la poesía de León Felipe es universal.

8. *León Felipe y el Viento*

Este apartado comienza por decir que el símbolo en León Felipe es interpretado de maneras diferentes según el contexto en el que se encuentre. Tras ello, habla sobre el viento y la transformación del hombre (en este caso, del mismo poeta), pues aquél lo llevará a convertirse en alguien más elevado.

Además, una vez más se nota, sin ser mencionada, una percepción romántica de la lucha del héroe, pues la autora la ejemplifica con la aventura de los molinos, que “es la lucha de quien se sabe derrotado de antemano, por eso es risible y heroica, porque es la lucha del soñador contra la realidad tangible e inmensa. Es la locura personificada y a la vez, un ideal que se desprende de todo lo tangible, de todas las estructuras del sistema, para emprender una lucha posible” (Huerta-Nava, 2007, p. 86). Sin embargo, don Quijote, en *El payaso de las bofetadas*, no se sabe derrotado antes de su lucha, tema que abordaremos en nuestro análisis.

9. *Teoría y práctica de El Quijote*

En este apartado se menciona al salvador del hombre, que suele parecer un loco a los ojos generales, pues es movido por los resortes invisibles de la esperanza por un mundo nuevo. La autora asegura, finalmente, que León Felipe se compara con Rocinante, no con don Quijote, porque es quien carga al héroe.

10. *A manera de conclusión*

La conclusión que presenta en cuanto a don Quijote en la poesía de León Felipe es que la presencia del héroe manchego, en toda su trayectoria poética, es constante e imperante.

Por la manchega llanura. La influencia de El Quijote en la poesía de León Felipe tiene una bibliografía muy breve y ninguna referencia dentro del texto; no hay notas al pie; asimismo,

se hacen necesarias muchas citas de poemas de León Felipe, presenta poco cuidado en la puntuación y nulo cuidado en la distinción entre don Quijote y el *Quijote*.

Hablemos ahora de los dos temas más vinculados con el símbolo de don Quijote que conciernen a nuestra investigación: la justicia¹⁰ y el romanticismo¹¹. Con respecto a éstos, encontramos los textos: “León Felipe, profeta de la justicia” (González, 1967), “La justicia” (Murillo, 1968), “León Felipe y su poética de superación” (Villar, 1984), “El tema del hombre y la justicia en la poesía y en el pensamiento de León Felipe” (Vegas, 1986c) y “Locura y justicia en la lírica de León Felipe”¹², al cual no tuvimos acceso.

En el primer artículo (González, 1967) se dan ideas generales sobre la justicia en León Felipe, que es exaltada con la Guerra Civil, pero ya nacía desde antes (en el segundo libro de nuestro autor, *Drop a star*). El autor asegura que el ideal cambia según las circunstancias. Este artículo es muy breve y es meramente descriptivo-expositivo.

En el capítulo de Margarita Murillo, “La justicia”, menciona que León Felipe adquiere el sentido de justicia por su intuición natural y, además, por el caballero de La Mancha; es una herencia humana. Este sentido de justicia se exaltó al presenciar nuestro poeta los horrores de la guerra; sin embargo, ya asomaba en su poesía anterior (cita un poema de *Drop a star*). Clama entonces por don Quijote, que debe funcionar como guía a los demás españoles. Luego, todo hombre debe seguir el evangelio de la justicia y él clamará por ella aunque esté bajo la tierra. León Felipe exige justicia para todos los seres humanos.

Como ya se mencionó, León Felipe, antes de exaltarse en la guerra, presenta una justicia natural que, según la autora, va anclada a una justicia de nivel superior, de

¹⁰ Es curioso que al hablar del hombre y la justicia, Juan Cano Ballesta (Cano, 1972) cite únicamente *Versos y oraciones de caminante*, texto en el cual apenas se esboza la idea, mientras que hay libros como el que trabajamos cuyo eje principal son, justamente, estos temas.

¹¹ Sobre romanticismo en León Felipe no encontramos ningún artículo; Luis Felipe Vivanco (Vivanco, 1957) apenas menciona que es un poeta romántico, mientras que Germán Guillón (Guillón, 1986) complementa con la mención de rasgos románticos y Manuel Durán (Durán, 1986) habla sobre los poetas románticos en general.

¹² Frau, J. (2005). Locura y justicia en la lírica de León Felipe. En Torre, E. (Coord.), *Medicina y literatura V*. Actas del V Simposio Interdisciplinar de Medicina y Literatura (pp. 213-222). Sevilla: Padilla Libros Editores y Libreros.

procedencia divina, que finalmente juzgará a los hombres según sus actos; ello definirá quién es cada quien.

El capítulo de Murillo es meramente expositivo; no presenta análisis ni argumentación.

“León Felipe y su poética de superación” (Villar, 1984) es un análisis formal sobre la poética de León Felipe; sin embargo, presenta varios aspectos que conciernen a nuestra investigación. Asegura que la poética de León Felipe es una poética comprometida que clama por una superación personal y colectiva.

En cuanto al contenido simbólico, dice que su función es que el lector se identifique con la poesía como medio para transformar al mundo (no olvidemos que don Quijote es el mejor poeta en palabras de León Felipe, un poeta que va transformando la realidad a punta de lanza). Este cambio en el mundo, que culminará en la salvación del hombre, debe hacerse por medio de una lucha colectiva por medio de la poesía y la guía en este camino será, claramente, el poeta. El ser humano debe ascender por medio del sacrificio y la purificación.

Este artículo menciona, apenas de pasada, que León Felipe “tampoco se libra de resabios románticos” (Villar, 1984, p. 171), pero no pasa de la mención. Ni elabora un análisis general, ni lo asocia con un elemento en particular.

Por su parte, “El tema del hombre y de la justicia en la poesía y en el pensamiento de León Felipe” (Vegas, 1986c) pone de manifiesto la importancia de lo castellano-mancheño para León Felipe, ya no comparado con sus contemporáneos (como hizo en Vegas, 1986b), sino analizado en su misma poesía.

Comienza hablando de la concepción de la situación humana para nuestro poeta que, según el crítico y contra la opinión generalizada, no surge a partir de *Versos II*, sino desde *Versos I*, donde aparece por primera vez don Quijote como personificación de la justicia en el campo manchego. Según el crítico, la justicia para León Felipe es ordenamiento humano. Por ello, León Felipe aspira a una poesía que se identifique con un

orden cósmico expresión de la justicia universal. Don Quijote representa la justicia; al morir su espíritu, muere también este valor universal, así como la poesía.

La poesía tiene como función restaurar el orden justo; el poeta debe denunciar lo que está mal acomodado para volverlo al lugar en que debe estar. Si se hace caso omiso de su mensaje, se llega a un estado deshumanizado en el cual el hombre queda en el olvido y en el cual la Justicia es sólo un repetir de noria sin sentido, en el orden cíclico del “trabajo”.

Vegas asegura que lo humano es la cuestión por excelencia en su poesía, desde la pregunta: “¿Quién soy yo?” que aparece en *Drop a star* y cobra magnitud en *Ganarás la luz*. León Felipe salta de la circunstancia para volverse universal; sin embargo, su origen lo tiene en lo castellano-manchego. Castilla es, para León Felipe, “la encarnación del ideal de lo humano y de la salvación del hombre, «luz universal» que sirve de guía para clarificar y reajustar el sentido perdido de lo humano” (Vegas, 1986c, p. 168). Es la primera vez que se le otorga importancia al paisaje que acompaña al héroe.

La importancia de este artículo radica en que exalta lo humano y lo relaciona con don Quijote, portavoz de la justicia o, más bien, la justicia encarnada. Menciona la importancia vital que tiene este valor universal para el hombre. Diferencia, asimismo, dos conceptos de Justicia, el que prevalece en el mundo y el de nuestro poeta; es decir, el que es y el que debe ser (la lucha misma de transbordo de don Quijote). No habla de una caracterización romántica del personaje.

León Felipe es un autor cuya poesía es capaz de hacer vibrar al lector, es, además, un poeta actual; los valores que se desprenden de su obra son universales, su ética se adecua a nuestros tiempos. La propuesta de la lucha por los ideales no es nueva; sin embargo, es interesante el tratamiento que le da a ésta, ligada a las figuras cervantinas y a los conceptos de justicia y sacrificio, aspectos fundamentales no sólo para su poesía, sino para la existencia misma del hombre.

III. EL HÉROE ROMÁNTICO

*Se ha retirado el campo
al ver abalanzarse
crispadamente al hombre.*

M. Hernández

Con *héroe romántico* nos referimos al protagonista –ya sea de narrativa, teatro o, en el caso de la poesía, al yo lírico– formado con las pautas de creación surgidas de esta corriente literaria decimonónica, establecida como consecuencia de un movimiento social que desencadenó el liberalismo y que se dio como respuesta al neoclasicismo. La Ilustración enarboló la razón, lo objetivo, el pensamiento científico, y supuso que sólo ello podía ser el cauce del conocimiento. El romanticismo arremetió contra dicha concepción, al considerar la emoción, la subjetividad y la individualidad otra manera de conocer el mundo, igualmente válida. Por ello, en este movimiento el arte no sirve como elemento integrador de la sociedad, sino como denuncia de ésta.

Los románticos no pueden adaptarse a su época, pues la rechazan; así, buscan un “retorno al Único, que es el utópico estado inicial del mundo antes de que el hombre se separara irremediabilmente de la naturaleza, y está relacionado al mito de la Edad de Oro donde reinaba la armonía y la belleza” (Clark, s/f, p. 4). Esta será la lucha constante y trágica del héroe romántico entre su ideal y la realidad.

3.1 Características del héroe romántico

A diferencia del clasicismo, que exaltaba la belleza, el romanticismo acoge lo feo, la desproporción, o el material que necesite para crear personajes que cumplan con una ruptura del ideal de belleza, que se dio como consecuencia lógica de la transformación del pensamiento.

La literatura se llenó de Quasimodos, Werther y Ashaverus. Enmaridó lo patético y lo cómico. Se familiarizó en tales términos con el sentimentalismo enfermizo, que amó todas las cosas que están en torno nuestro con amor pesimista y sombrío. Lo mismo se postraba ante la belleza ideal que ante una pavorosa calavera. (Romero, 2006, s/p)

Los personajes, por tanto, responden a esta actitud estética. Incluso el criminal es idealizado debido a que se le considera víctima de una sociedad mal diseñada y también a que, tras el crimen, posee un ideal y altas virtudes que, mal encaminadas, lo guiaron a ese camino; la sociedad del romántico es cómplice de su delito, pues está podrida en sus raíces.

Además, el héroe romántico añora un pasado utópico, la Edad de Oro, a la cual no puede retornar, lo que deviene en tragedia. “El imposible retorno al pasado es la causa fundamental del carácter trágico del héroe romántico, y su heroicidad consiste en elegir ese destino libremente por la búsqueda constante de una vida de emociones intensas, profundas y peligrosas” (Clark, s /f, p. 1). El héroe romántico es un arrojado, que antepone su voluntad a cualquier vicisitud y es totalmente opuesto al burgués moderno, inclinado hacia el progreso. Es consciente de que tiene un destino y se dedica a cumplirlo, a pesar de que sabe de antemano que la consecución de su ideal es imposible. Lo heroico y lo trágico están en constante lucha, pues “el escenario que surge del romanticismo nos presentará una lucha quijotesca entre los grandes ideales y los fracasos colectivos y personales” (Aguirre, s/f, p. 90). A lo largo de su lucha se dará un proceso de desengaño.

Esa añoranza del pasado resalta el hecho de que el héroe romántico mira el mundo como es, y tiene plena conciencia de que debería ser de otra manera según su perspectiva y valores. Añora lo inalcanzable.

Además de intentar cambiar el mundo, el héroe romántico está en busca de la propia identidad. “Su lucha es interior y exterior. Trata de definirse y de no ser definido. La identidad personal pasa a ser el objetivo de realización” (Aguirre, s/f, p. 94). Hay un marcado individualismo, que lo hace alejarse tanto de la sociedad como de los dioses de su tiempo para centrarse en su propia escala de valores.

El héroe trágico romántico no puede ser un escéptico extremo ni un nihilista, debe ser un hombre de fe, pero su fe no tiene que dirigirse a los dioses reconocidos ni a los valores de la mayoría. Para que acepte su condición trágica sus dioses deben ser ajenos a los dioses de su tiempo, debe pertenecer a una dinastía de hombre distinta e inclasificable, debe ser una excepción que se niega a conformarse con seguir pasivamente los caminos trazados por otros hombres (Clark, s/f, p. 2).

Los valores que adopta el héroe son su motivo de lucha, bajo los cuales se enfrenta al mundo. Este choque de valores forma su batalla fundamental. Los suyos son de renovación, conquista, valor. Los de la sociedad son conservadores; no buscan un cambio sino que las cosas se mantengan como se conocen [*vitales y utilitarios* para Scheler (Clark, s/f)]. La incompatibilidad entre su visión del mundo y el resto de los hombres lo conduce, inevitablemente, a la soledad porque no puede adaptarse; sus ideales no encajan en la sociedad; sin embargo, “ser rechazado acabará siendo síntoma de estar en posesión de una verdad profunda que, por su propia grandeza, se vuelve incomprensible a los demás, a todos aquellos que no están a su altura” (Aguirre, 1996, p. 8). El héroe romántico se alza moralmente sobre el resto; no cree en la igualdad entre los hombres, pues hay almas superiores –la suya– que están destinadas a ser grandes. El intento de igualar las almas empequeñece la de quien es diferente, en un sentido positivo. El romántico es un incomprendido y posee un gran sentido del honor, pues desdeña hipocresías y convencionalismos.

A pesar del individualismo que marca al héroe romántico, tiene la ambición de ser parte de un todo: el individualismo se da con respecto a la sociedad; la fusión con lo Absoluto, con el Único, lo obliga al abandono de su individualidad. Pero incluso puede darse la unión de un grupo contra la colectividad, un grupo unido por las mismas condiciones y que luchan por la misma finalidad; es una especie de individualismo colectivo.

Tras el conflicto con el mundo, al no poder adaptarse, el héroe romántico es castigado con la locura, que permanece como una marca del enfrentamiento sufrido.

Sobre el amor romántico, la amada representa el Absoluto, por eso unirse a ella es fundamental. La aventura amorosa es equiparable a una batalla, por tanto, el amante está dispuesto a perder la vida por su causa y no huye del dolor; es una aventura conflictiva. Si la amada lo rechaza, entonces podría buscar su destrucción; oscila entre el amor y el odio. Pero también podría buscar su propia destrucción, el último recurso para alcanzar el Absoluto.

Por su alma aristocrática, el romántico cree que no merece una muerte cualquiera. “Espanta sobre todo al romántico el que la muerte le sorprenda en situaciones cotidianas, anodinas, sin heroicidad alguna. La muerte absurda, sin pena ni gloria, está reservada para los hombres ordinarios cuyo destino ha sido desde el nacimiento *el pasar de largo*” (Clark, s/f, p. 17). Así, aunque sea consecuencia de la derrota, una muerte heroica le da dignidad y sentido a su lucha. Y aún más alto que una muerte externa se presenta el suicidio, que es constante entre los héroes románticos porque es la manera en que se convierten en dueños de la muerte; no están dispuestos a ceder al capricho de los dioses, ellos, por su voluntad, deciden morir para alcanzar, finalmente, el Único. La destrucción es necesaria para ascender a un plano divino.

En cuanto a su relación con otros personajes, sabemos que el romanticismo retomó de la antigüedad clásica los mitos que hablan de los héroes trágicos, aquellos que sufrían dolor y castigo, “los mitos de los osados, de los que desafían a los dioses y por ello son castigados, de los que traspasan los límites de lo permitido –ya sea por las leyes de los dioses o por las de los hombres–” (Aguire, 1996, p. 12). Prometeo, Ícaro, Sísifo... Son héroes que cayeron por la misma fuerza que los elevó. La misión del héroe romántico toma una magnitud prometeica (Tollinchi, 2006).

Según Rafael Argullol (2008), el héroe romántico se divide en varios tipos: el superhombre, el enamorado, el sonámbulo, el genio demoníaco, el nómada y el suicida, según el papel que cumple. A continuación expondremos las dos últimas categorías debido

a que nuestro personaje pertenece a ellas; además, hablaremos de Prometeo, dios romántico con quien nuestro personaje se asocia de manera muy estrecha.

3.1.1 El superhombre

El superhombre, siguiendo la idea de individualidad romántica, se alza sobre el resto de la humanidad, que no puede seguir el mismo camino de sus pasiones ni sentir las con la misma intensidad; por ello, es un alma superior, característica que sigue una línea desde la tradición clásica y renacentista. La diferencia entre ellos es que el héroe romántico no se siente parte de la sociedad en la que vive; por ello resulta más intensa tal característica. “La relación del romántico con el género humano es de amor y de odio. Su misantropía emana de amar excesivamente a los hombres; su desencanto y su desprecio es consecuencia de la conformista incapacidad del hombre por ser dios” (Argullol, 2008, p. 398).

Argullol afirma que no debe entenderse esta aristocracia de espíritu como el actuar de un ser dominante; es, más bien, una consecuencia de la soledad y del que se sabe vencido de antemano. Uno de los ejemplos que pone el crítico es Empedocles, el personaje de Hölderlin, quien es elevado a la posición de un guía para la humanidad; sin embargo, el autor hace la ilusión de un estado optimista y su ascensión únicamente para mostrar lo doloroso de la caída que vendrá.

El superhombre romántico, para crear su identidad, recurre al riesgo, característica romántica que deviene de las pasiones. “Ante la *aurea mediocritas*, ante el espíritu acomodaticio, ante el utilitarismo burgués, el «todo o nada» romántico más que una meta – la Nada es la única meta– es un fin en sí mismo” (Argullol, 2008, p. 401). Esta vida de riesgos del superhombre romántico, su superioridad, conllevan inevitablemente un castigo por el atrevimiento de no conformarse con una vida común. El superhombre constantemente sufre la comparación entre su propia grandeza, que conlleva tragedia, y la felicidad del hombre común, adaptado a la vida. Lo desprecia, se sabe superior y, al mismo tiempo, envidia su condición, porque él es “incapaz de someterse a una vida que no

contemple el riesgo de la aventura totalizadora” (Argullol, 2008, p. 403). A pesar de que la sociedad puede reconocerlo como un visionario, y esto le da satisfacción porque le da reconocimiento, ese estado superior es visto con indiferencia. Esta batalla interna y perpetua entre el superhombre y la sociedad muchas veces tiene como castigo la locura.

Otra característica del superhombre es su imposibilidad. Es una figura que no tiene miras hacia el futuro, sino que actúa en el presente. Bajo este signo, el ser humano no es perfectible. “En la encrucijada histórica decisiva en que del hundimiento del viejo mundo surgen nuevas certidumbres, Razón, Estado, Utopía social –u otras «altas esperanzas» de humanidad nueva– el romántico opta por el callejón sin salida del que sabiéndose irremediabilmente mendigo se niega a renunciar a ser dios” (Argullol, 2008, p. 408). La certidumbre de su inminente derrota engrandece su voluntad.

3.1.2 El suicida

El suicida romántico tendrá como paso final e inevitable la destrucción y, como anteriormente se mencionó para el superhombre, al suicida lo hace avanzar el mismo anhelo de fundirse con el Único, lucha irremediabilmente irrealizable; a cada paso que da reafirma su destrucción, y en este transcurrir de su lucha llega un momento en que su voluntad ya no puede más con los embates de realidad; lo heroico sucumbe ante lo trágico. Entonces muere. Argullol afirma que la muerte romántica no debe verse como una medida desesperada, porque es parte de la superioridad del héroe; al decidir morir, es total dueño de sí; con la muerte se crea y aspira a fundirse, finalmente, con el Único, así que es una situación que el héroe no mira con desdén, sino con aprecio. El suicida romántico ve “en la propia muerte la reafirmación suprema de la identidad” (Argullol, 2008, p. 449). Hay vida en la muerte, pues se asocian la idea del Yo y la de su aniquilamiento. Es decir que, al final, el suicida vence, desde algunas perspectivas; desde otras, la muerte no conlleva más que terminar con la Nada de la vida, aunque eso conlleve quedar definitivamente en la Nada.

La muerte tiene que ver también con la idea romántica de individualidad, pues qué acto podría representarla mejor que tener la propia vida en las manos de quien la posee. El héroe romántico, entonces, se alegra; “la alegría de lograr poseerse absolutamente en la absoluta destrucción” (Argullol, 2008, p. 452), y en la misma línea se desarrolla la idea de poesía romántica; gracias a ella, a la palabra, se sobrepasa la muerte. Argullol afirma que ésta es la única esperanza del poeta romántico.

3.1.3 Prometeo

Uno de los dioses románticos es Prometeo, quien representa el asalto al cielo para dar a los hombres la oportunidad de alcanzar el Único, hazaña, una vez más, irrealizable, a pesar de ser justa. Prometeo es castigado por atreverse a encarar la divinidad, por su misantropía. El hombre no puede ser dios; sin embargo, el Prometeo romántico exalta la libertad humana a pesar de su destino. “La libertad de los hombres no consigue vencer a la mortalidad de su condición, pero la puede despreciar a causa de su heroica dignidad” (Argullol, 2008, p. 306). Así, la vida del hombre alcanza un alto grado de nobleza, a pesar de que la derrota es inminente.

Ya en el Renacimiento, Prometeo es visto como un creador, pues le da más importancia al avance humano que a la supremacía divina. Mientras que Ficino interpreta el esfuerzo prometeico como la necesidad de alcanzar la “esfera trascendente de la contemplación de la verdad absoluta” (Argullol, 2008, p. 308), Pico della Mirandola mira su ejemplo como la búsqueda del conocimiento máximo en el ámbito terrenal.

Por otro lado, Argullol afirma que las concepciones de Pietro Pomponazzi y Giordano Bruno se asemejan más a la romántica. Para el primero, Prometeo representa al filósofo en busca de la verdad, quien deja atrás cualquier condicionamiento, humano o divino; en el segundo, se habla, no del conciliador entre lo humano y lo divino, sino del que incita a irrumpir el cielo.

El Prometeo romántico tiene como base el anteriormente comentado; se convierte, entonces, en el “todopoderoso héroe del conocimiento y de la creación absolutos” (Argullol, 2008, p. 310). Es el artista que se erige sobre el dios. Su altura es tal que le permite crear su propia identidad, y sabemos que la creación éste es un derecho divino. A pesar de que la marca general del romántico es su destrucción, el camino de los diversos Prometeos gira en la noria eterna de su triunfo y su encadenamiento.

El héroe romántico está en constante lucha con el mundo, pues sus valores no alcanzan a ser comprendidos, ni por el hombre, ni por los dioses. Don Quijote, en las páginas de León Felipe, ejemplifica esta actitud (por ello la lectura romántica de la novela cervantina). Él levanta al Caballero de la Triste Figura a un nivel sublime; es claramente el portador de una verdad dolorosa y necesaria que sabe como tal y que el mundo recibe devolviéndole una bofetada. Este enfrentamiento es la base de la lectura de nuestro poeta con respecto a la figura de don Quijote.

3.2 La interpretación romántica del *Quijote*

*¡Cuántas veces, don Quijote, por esa misma llanura,
en horas de desaliento así te miro pasar!
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado, hazme un sitio en tu montura
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar!*

León Felipe

Una de las múltiples lecturas que ha tenido el *Quijote* desde que vio el mundo en 1605 es la romántica. Para ahondar en ella, expondremos las ideas de Anthony Close en *La concepción romántica del Quijote* (Close, 2005). Close menciona varios críticos románticos, pero

agruparemos por temas ya que no nos interesa hacer un seguimiento estricto de la crítica sobre Cervantes, sino las ideas generales de la interpretación con miras a nuestro autor.

La revaloración del *Quijote* en España se dio debido al movimiento neoclásico inglés, donde resurgió con entusiasmo y tomó el estatus de “clásico”. Durante todo este tiempo se miró como parodia de la novela de caballerías y como novela cómica; sin embargo, durante el periodo romántico cobró una nueva interpretación que respondía a la ideología y sensibilidad contemporáneas¹³. Algunas críticas posteriores al romanticismo se adhieren a su perspectiva o son compatibles con ella –crítica simbólica y alegórica y generación del 98–, por lo cual hablaremos de ellas en conjunto¹⁴.

En cuanto a las generalidades románticas en el *Quijote*, tenemos la ironía, el nacionalismo, la novela como símbolo, la disminución del carácter cómico de la novela, la exaltación del héroe, la mirada trágica de su lucha y la contraposición entre realidad e idealidad.

El tema central de la novela –considerada como “novela idealista irónica” o “épica romántica”– es, dependiendo del crítico, la naturaleza del conocimiento humano, la lucha humana para librarse del velo de Maya, o el conflicto universal entre lo real y lo ideal. Algunos, como Vigny, aseguran que Cervantes narra la derrota del idealismo; otros afirman que se trata de una regeneración.

Algunos afirman que la novela es un fruto tardío de la Edad Media y cuyos objetivos encajan en “una nueva reafirmación de la tradición española: el catolicismo, el estoicismo, el individualismo en cuanto atañe a la justicia, el idealismo y el sentido de ser partícipes de una empresa colectiva y democrática” (Close, 2005, p. 117).

¹³ El crítico toma una postura en contra de la interpretación romántica de la novela cervantina por considerar que no es una perspectiva que se haya hecho de manera crítica y apegándose al texto como obra de arte, sino que “ha sido ahistórica e infiel a Cervantes” (Close, 2005, p. 303) y subjetiva (muchos de los críticos románticos desechan los pasajes que no les sirven para apoyar su postura). Además, asegura que la mayoría de los que han presentado una perspectiva romántica no son cervantistas, sino personas no especialistas.

¹⁴ Close asegura que la crítica romántica de la novela, que surgió como respuesta a la corriente neoclásica, influyó considerablemente porque quienes la emprendieron eran renombrados intelectuales y porque tal interpretación se apegaba a la doctrina de su movimiento.

La trama, en general, es la misma para la crítica. Madariaga afirma que “la novela es un romance tragicómico sobre la batalla espiritual de un hombre consigo mismo: la historia de un Hombre de Fe que, mediante un esfuerzo heroico de autoengaño deliberado, acaricia un noble ideal en el que cree ciegamente y lo protege de la corrosión de la duda (el enemigo interior) hasta que, al cabo de un largo proceso de desilusión, lo abandona en el lecho de la muerte” (Close, 2005, p. 98).

En cuanto a la sátira, las perspectivas cambian. El padre Rapin sostiene que el *Quijote* es una sátira personal y social, mientras que las críticas de Valera, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal afirman que no se trata de una sátira de la caballería aristocrática, así como Bouterwek, Sismondi y Lockhart, quienes mencionan que no se debe considerar principalmente como tal, pues, según su opinión, haría que aminorara su valor.

Los románticos vieron en la novela cervantina algo que iba más allá de la lectura cómica que se le había dado en épocas anteriores y exaltaron lo poético en ella; incluso se afirmó que los elementos cómicos se asimilaban a los poéticos, que dominaban. Este mundo de poesía creado por Cervantes se asentaba, además, en la realidad. Esta visión romántica “definió el tema del *Quijote* de suerte que coincidía con una de las inquietudes esenciales de su metafísica, su estética y su arte: la oposición entre sujeto y objeto, mente y naturaleza, espíritu y materia, y las esferas de la libertad y la necesidad” (Close, 2005, p. 60).

Varios críticos aseguran que la biografía y el contexto histórico bajo el cual se desarrolló Cervantes influyeron definitivamente en su novela¹⁵, pues se presupone que la época que le tocó vivir al alcaáino en España fue fatídica y el *Quijote* es una alegoría de la crisis que se vivía. Además, De Castro asegura que la actitud de Cervantes era la que hubiera tomado un intelectual de izquierdas, especialmente en cuanto a la autoridad religiosa, en el contexto de la Contrarreforma.

¹⁵ Los críticos franceses después de 1820 se enfocan en las influencias históricas en la literatura, como la ideología de una época o la biografía del autor.

A su modo de ver, los temas centrales del *Quijote* son el viaje espiritual de Cervantes desde el idealismo juvenil hasta la desilusión de la madurez; la persecución que sufrió por obra de sus enemigos eclesiásticos y sus rivales literarios; y su denuncia de la represión ejercida por las instituciones políticas españolas. Don Quijote es el propio Cervantes, y se caracteriza por una ideología librepensadora y democrático-republicana. En el discurso de la Edad de Oro, el hidalgo está proclamando la vigencia de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. (Close, 2005, p. 124)

Muchos otros no están de acuerdo, pues sostienen que la obra debe estudiarse en sí misma, sin influencias del exterior, ejemplo que tenemos en Casaldueiro, cuando habla sobre la segunda parte de la novela:

La trata como una novela independiente de la primera parte, y postula que se caracteriza en ella el mundo del siglo XVII como una sociedad de representación, cuyo director de orquesta no es Dios, sino la razón humana. El sentimiento prevaleciente es el del *desengaño* barroco. Se describe a un héroe que persigue la realización social de sus ideales hasta que descubre que, una vez integrados en el mundo real, se transforman y deforman paródicamente (Close, 2005, p. 165). La novela de 1605 trataría, en lo esencial, de la *quête* de un héroe cultural del Barroco en pos de los Absolutos de su tiempo: la realidad que hay tras las apariencias; la justicia; la belleza (Close, 2005, p. 167).

Otro aspecto importante de la visión romántica es la que concierne al creador, Cervantes, cuyo genio poético lo llevó a ser una especie de profeta. Benjumea habla acerca de una concepción de poeta-visionario que mira y entiende los problemas del mundo, divisa el futuro y pretende guiar a la humanidad hacia la idea preponderante en una nueva era. Esta capacidad, a su vez, distingue los principios dinámicos y universales de la naturaleza humana y los encarna.

Se pensaba, pues, que el *Quijote*, como todos los clásicos, funcionaba como un agente de cambio en la realidad española. Benjumea afirma que la novela profetiza los venideros ideales liberales y humanitarios de la Modernidad y que Cervantes era un guía para todos los hombres, quien los llevaría hacia la consecución de esos ideales en un progreso histórico. Según el crítico, la finalidad de la novela fue ridiculizar los medios violentos de la sociedad en pos de este objetivo, no satirizar los libros de caballería. Se pugnaba por una nueva caballería armada con la razón. Por ello, se trata de una interpretación alegórica, pues los personajes y acciones son encarnaciones de ideas.

Tenemos, también, la relevancia del individualismo propia de este periodo, pues la filosofía se enfoca en el individuo, más que en lo abstracto humano. Así pues, el ser humano es quien actúa y juzga en su relación con Dios y la naturaleza.

La crítica simbólica y alegórica surgida después del romanticismo afirma, además, que el significado esencial del *Quijote* puede entenderse con cierto grado de sensibilidad, pues no es literal, y este significado se relaciona con una visión del mundo y de comprensión de la historia; con una filosofía nacional.

En cuanto al tópico romántico de la exaltación de lo nacional, también se presenta claro en la crítica del *Quijote*, pues parte de la diversidad cultural que respaldó el romanticismo alemán era aquello que plasmara la identidad nacional. En España, una de las primeras concepciones románticas de la novela fue esta interpretación nacionalista, que se vinculaba con el romancero y el espíritu de la antigua Castilla, por lo cual los críticos dieron vuelta a la concepción de la sátira hostil de lo caballeresco; el casticismo hizo que se mirara a la caballería, ahora, como un patrimonio cultural nacional. Salvá y Pérez asegura que la esencia de lo caballeresco fue respetada por Cervantes, pues se relaciona con las virtudes antiguas de Castilla. Lockhart, por su parte, menciona que el hidalgo manchego don Quijote no es ya una parodia del caballero; es, más bien, un caballero español inmerso en una locura española.

Por otra parte, la generación del 98 (Azorín, Ortega, Unamuno, Ganivet) se adentra también en el mundo cervantino. Estos autores, mediante un análisis de corte filosófico, retomaron el tópico romántico del nacionalismo por sobre cualquier otro, con el fin de acercarse a la novela desde una perspectiva intrahistórica, concepto creado por Unamuno, que lo entiende como “la experiencia acumulada del pasado, que fluye aportando vida, como si de sangre se tratara, a todas las manifestaciones culturales del presente: el arte, la ciencia, la vida colectiva de la nación...” (Close, 2005, p. 176). Al respecto, Costa y Giner de los Ríos afirman que existen dos niveles en los momentos históricos, “uno es el fluido, transitorio, superficial, y el otro es la corriente subterránea, lenta y profunda del eterno

espíritu humano” (Close, 2005, p. 176). Claramente, la representación del alma española para la crítica de estos autores es, entonces, don Quijote, quien contrapuesto con Sancho – portavoz de lo pragmático y lo material–, representa el mundo conceptual e ideal. Unamuno expone choque simbólico propuesto por los románticos alemanes contextualizado en un sistema metafísico: el conflicto entre aspiraciones del alma y su encierro en la materia. Don Quijote persigue, entonces, los anhelos inmortales que se hallan en esa realidad intrahistórica “intemporal, viva y sustantiva” (Close, 2005, p. 184).

A través de un medio en apariencia tan inapropiado como una «obra de burlas» nos ha ofrecido la épica historia –trágica al tiempo que reconfortante– de la peregrinación vital del Hombre, y en especial del Español. [...] La vida del protagonista es como una lección ofrecida a nuestras meditaciones, puesto que, pese a no ser sistemática, comprende «todo un método, toda una epistemología, toda una estética, toda una lógica, toda una ética, toda una religión, toda una esperanza en lo absurdo racional.» Don Quijote es el héroe de España. (Close, 2005, p. 182)

Azorín se enfoca en extraer del texto, desde lo más profundo, el alma española. Como todo clásico, debe responder a las necesidades del tiempo en que se lee, sin agotar nunca sus posibilidades, que incluyen la percepción personal de cada lector. Si no se desvela desde esta perspectiva, si gana el academicismo, es un documento más, sofocado. El *Quijote* encaja fielmente, entonces, en la España noventayochista.

Por su parte, Ortega y Gasset retoma el tema de la España ideal en la novela cervantina, que debe ser buscada por todo individuo para encontrar un valor nuevo: el de la vida humana e individual. No hay otro medio para llegar más que la cultura.

Los tres críticos de la generación del 98 coinciden notablemente. “La actitud de Unamuno es similar a la de Ortega y «Azorín». Para él, la interpretación iconoclasta del *Quijote* es uno más de los medios de emprender la cruzada social. Para los tres, la lucha por una determinada exégesis del *Quijote* era una lucha por el alma de España” (Close, 2005, p. 203).

Américo Castro es otro de los críticos que expone Close. Él, que concuerda con Azorín sobre la vivacidad de los clásicos, retoma los tópicos románticos, pero anclados en la realidad española del siglo XX. “Ahí está la idealización del héroe, con la inflexión existencialista que le habían dado Unamuno y Ortega. Ahí el concepto de Cervantes como un ironista romántico, introducido de nuevo, puesto que no se conocía en la generación de Benjumea. Ahí el simbolismo de lo Ideal y lo Real, transformado ahora en la dicotomía de Poesía e Historia, Perspectiva y Realidad” (Close, 2005, p. 250).

También retoma la idea del alma nacional en la novela y la idealización de un mundo por venir, pero difiere con los noventayochistas en un aspecto, pues piensa que el problema de España radica en la mentalidad. Asimismo, aseguraba el nuevo cambio en un futuro utópico del cual, según los críticos, Cervantes había sido visionario. Este futuro idealizado debía ser alcanzado por el individuo y por la colectividad, que se sitúan en un sistema de valores. Esta conciencia de grupo y lo que está dispuesto a hacer es llamado por Castro “morada vital”.

3.2.1 El héroe idealizado

Ahora hablaremos del tema central para nuestro trabajo: el héroe. Para la crítica romántica, don Quijote sufre una transición a lo largo de la novela. El personaje, en un inicio –cuando es Alonso Quijano–, lleva una vida convencional. Tras ello, sufre una incitación proveniente del exterior –los libros de caballerías–, que lo hace transformar su existencia, que libera su individualidad y voluntad. A partir de su influjo, la visión del exterior cambia radicalmente y la realidad se ve ahora poéticamente. Su vida, entonces, adquiere libertad; es capaz de crearse a sí misma y, por tanto, es impredecible.

Bouterwek, Sismondi y Lockhart afirman que el protagonista es un arquetipo del idealista y altruista heroico, que lucha constantemente contra la realidad y Sismondi introduce la idea de que Cervantes concibió un personaje noble bajo una figura ridícula.

La crítica romántica transformó el carácter cómico de don Quijote cambiando el significado que se le había dado hasta entonces y acentuó su carácter serio y trágico, para ubicarlo en lo sublime. El héroe romántico poseía sensibilidad extrema y era un desarraigado; desde esa perspectiva “no había contradicción entre estar dotado de cualidades espirituales sublimes y resultar grotesco, risible o incluso perverso” (Close, 2005, p. 85). Don Quijote, entonces, representaba la lucha entre el idealismo y la realidad, un héroe que se enfrenta a un mundo hostil con los ideales a flor de piel, disminuidos al enfrentarse a un mundo que no le corresponde. En el *Quijote* tenemos “por un lado, el mundo social presentado en su aspecto habitual y prosaico, y por otro, la perspectiva subjetiva del protagonista, con cuyos psique, sentimientos, aspiraciones e ilusiones nos compenetrarnos tan íntimamente que al terminar la novela sentimos, como apuntó Ortega en sus *Ideas sobre la novela*, que lo conocemos personalmente” (Close, 2005, p. 64). Este apasionado y solemne personaje, que tiene siempre presente el alto destino que eligió, sufre constantes choques entre el mundo y él que lo ponen a prueba y corrigen sus errores en un lento proceso de desengaño¹⁶.

Schelling afirma que la novela debe tener un carácter universal y para ello el protagonista debe ser un símbolo y sus acciones, mitos, por ello, en el *Quijote* lo simbólico se da en el choque entre héroe y sociedad. Don Quijote representa al arquetipo abstracto –del alma, el idealismo, la fe y la justicia– que, tras la constante lucha con la realidad, termina ennoblecido. Por ello, “se le contempla a un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo” (Close, 2005, p. 109). Federico de Castro, por su parte, lo considera como un símbolo de la actitud mística; considera a sus equivalentes a san Juan de la Cruz, santa Teresa y fray Luis de León. Esto se asocia con la universalidad del personaje, que se ha convertido en mito y, por tanto, pervive y se amolda a las épocas posteriores, por lo cual puede ser reinterpretado, recreado.

¹⁶ La influencia del personaje cervantino se aprecia en la novela del siglo XIX, en la que el protagonista suele ser incapaz de llevar a cabo sus anhelos en la sociedad.

Volviendo a la idea de la contraposición entre el mundo y el héroe, se afirma que, en el romanticismo, los anhelos vitales son motivo de burla para el creador. Williamson asegura que los contextos ridículos y burlescos en que Cervantes lo sitúa frustran el desarrollo de don Quijote como protagonista de una novela moderna, así como su carácter trágico; para Ritcher, “Cervantes –cuyo genio era excesivamente grande para prolongar la chacota sobre una locura accidental y una imbecilidad vulgar– desarrolla, si bien menos deliberadamente que Shakespeare, un paralelo humorístico entre el realismo y el idealismo, entre el cuerpo y el alma... y su famosa pareja, personificaciones gemelas de la locura, abarca toda la especie humana” (Close, 2005, p. 68); asimismo, para Viardot hay un claro contraste entre ambos personajes, que representan el egocentrismo (la verdad particular) y el idealismo (los valores universales). Sin embargo, Madariaga postula la teoría de la llamada *quijotización* de Sancho y la *sanchificación* de don Quijote, una influencia recíproca entre ambos personajes que asimilan parte de la esencia del otro. Spitzer, a su vez, asegura que estos personajes no representan idealidad y realidad, sino que el alcaláino está partido en dos, una mitad que busca la ilusión y otra que la destruye. Y Castro, por su parte, piensa que con Cervantes los personajes pasaron de ser simples personificaciones de ideales, al “descubrimiento del yo humano elemental” (Close, 2005, p. 288).

En cuanto a la locura de don Quijote, la crítica romántica se inclinó a pensar que derivaba del profundo sentir de los ideales del personaje y era locura porque no era entendida por el individuo común; era, pues, reflejo de su salud psíquica. Don Quijote siente con intensidad lo que el resto no puede. Menéndez Pelayo asegura que la locura del personaje se expresa únicamente en las alucinaciones del exterior, pues “en el fondo de su immaculado raciocinio resplandecen las puras ideas platónicas” (Close, 2005, p. 93) y Sismondi complementa diciendo que este exceso de sensibilidad del personaje lo lleva a tener una perspectiva ineficaz de la realidad, por ello cae en los errores que hacen reír al lector. “Don Quijote deviene entonces un personaje ambivalente, un loco-cuerdo, cuya fragilidad física y cuyos torpes engaños quedan compensados por la extraordinaria

sabiduría y el singular idealismo que reluce a través de él” (Close, 2005, p. 115). Según Unamuno, la pérdida de la razón fue un sacrificio que debió hacer el hidalgo. Para el crítico, don Quijote decide seguir el camino de la caballería y, desde una perspectiva existencialista, concibe al héroe manchego como un individuo que va haciendo su camino conforme va viviendo la vida, sin predeterminaciones.

Finalmente, Close concluye que la interpretación romántica del *Quijote* ha evolucionado al pasar el tiempo y cada vez es más fiel a la obra. Además, que no estamos ante un libro sencillo, sino ante una obra profunda y cercana a la sensibilidad moderna.

IV. DON QUIJOTE: ¿UN HÉROE ROMÁNTICO?



Don Quijote sale por primera vez
Paul Gustave Doré, 1863

Como mencionamos anteriormente, Argullol clasifica al héroe romántico en seis categorías: el enamorado, el sonámbulo, el nómada, el genio demoníaco, el superhombre y el suicida. Afirmamos que don Quijote, en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, es un superhombre y un suicida, dependiendo de su personificación. Nos explicamos: en las páginas del poeta zamorano, don Quijote se presenta en dos facetas: como él mismo y como España. Cuando quien actúa es don Quijote mismo se muestra como un superhombre; en cambio, cuando representa a España es un suicida. Además, don Quijote toma, también, el papel de Prometeo, uno de los dioses relevantes para el romanticismo. Cada una de estas tres clasificaciones tendrá que ver con la función que desempeñará en la lucha de superación humana.

4.1 Don Quijote como superhombre

El superhombre romántico, como ya vimos, es un ser espiritualmente superior al resto. Se sabe portador de una gran verdad obtenida mediante un proceso doloroso de adquisición de conciencia (Argullol, 2008, p. 392), que lleva como bandera y que debe revelar a los demás, pero se enfrenta a un mundo que no le da a su mensaje la importancia que merece por su grandeza e, incluso, se mofa de él.

El héroe se encuentra dolorosamente solo con una verdad que le llena pero que es incapaz de hacer comprender a los otros. Se asemeja a la figura de los profetas, cuya voz retumba en los espacios pero no conmueve el corazón de los hombres. La función profética del héroe romántico es la de transmitir a los demás hombres la verdad que le ha sido revelada. Cuál sea esta verdad es algo que varía de unos románticos a otros, pero es común en la mayoría sentirse despreciados por una sociedad insensible que se ríe de su patetismo. (Aguirre, 1996, s/p)

Esta característica se muestra desde el nombre que León Felipe da a su personaje: *payaso de las bofetadas*, mismo que conjunta la burla del mundo y su hostilidad. Es un incomprendido. Pero, ¿cuál es el ideal, el potente motor que impulsa al payaso manchego para ir “desafiando con una lanza rota toda la maquinaria bélica del mundo” (Felipe, 1993a, p. 26)? Este héroe encara a la humanidad entera llevando en su voz la palabra justicia, motivo de su lucha, sublime final. Este valor absoluto es el ideal que mueve la voluntad de don Quijote, quien busca transformar la realidad adversa en que están sumidos todos los hombres, a una realidad sublime, utópica pero posible; su voluntad surge de la necesidad de lograr un mundo unificado por la justicia (Sánchez, 1984a). La superioridad de ser portador de esta verdad le otorga un rango de profeta y, desde esta perspectiva, a los ojos de León Felipe el héroe manchego también es un poeta, pues poetas son quienes encienden antorchas para alumbrar el camino humano, quienes buscan la gran metáfora poética, social y sideral –llamada en *Rocinante*, el libro póstumo de León Felipe, la Intrépida Metáfora Demiúrgica–, todo encaminado a la acción de hacer sublime la realidad del hombre.

Cuando León Felipe dice que la poesía va a transformar al mundo está hablando de una lucha en todos los frentes necesarios, el de la palabra, el de las ideas y el de las armas en última instancia. Pues el acto último de un poeta guerrero es el de estar dispuesto a sacrificar la propia vida en la búsqueda del ideal. (Huerta-Nava, 2007, p. 89)

Considerando las circunstancias en las que fue escrito *El payaso de las bofetadas*, podemos afirmar que León Felipe hace coincidir a don Quijote con el presente inmediato del hombre. A lo largo del libro equipara las aventuras sucedidas al hidalgo manchego –ya sean las de la novela cervantina o las creadas para este propósito– con los eventos sociales e

históricos de la España de la guerra y, más adelante, con la realidad humana general. Para León Felipe, “toda la historia del hombre es un caminar progresivo hacia la culminación plena” (Ascunce, 2000, p. 131).

Para exponer lo que significa la lucha de don Quijote, León Felipe ejemplifica con su primera aventura, que fue, según nuestro autor, su llegada a la venta; “allí comienza la hazaña primera y única que se ha de repetir a través de todo el peregrinaje del poeta. Porque no hay más que una hazaña en toda la crónica: el trastrueque, el transbordo de un mundo ruín a un mundo noble” (Felipe, 1993a, p. 20). Es esta la acción esencial del Caballero de la Triste Figura dentro de la novela cervantina y, también, en la realidad española actual. León Felipe dice, entonces:

Don Quijote se encuentra en la venta con un albergue sucio e incómodo, con un hombre grosero y ladrón, con unas prostitutas descaradas, con una comida escasa y rancia, y con el pito estridente de un castrador de puercos (Felipe, 1993a, p. 21).

Los elementos anteriores representan la realidad infausta en que se encuentra sumido el ser humano. Nombres y adjetivos tienen una connotación negativa que es exaltada por León Felipe para dar la idea de adversidad; algo que no está en su sitio. La imagen que se nos muestra tiende a la fealdad. A continuación se da el quiebre de realidades. El héroe manchego toma conciencia de la realidad que está observando:

Y dice en seguida:

Pero esto no puede ser el mundo; esto no es la *realidad*, esto es un sueño malo, una pesadilla terrible..., esto es un encantamiento. Mis enemigos, los malos encantadores que me persiguen, me lo han cambiado todo. Entonces su genio poético despierta, la *realidad* de su imaginación tiene más fuerza y puede más que la realidad transitoria de los malos encantadores, y sus ojos y su conciencia *ven y organizan* el mundo, no como es, sino como debe ser. Se produce la gran metáfora poética que anuncia la gran metáfora social (Felipe, 1993a, p. 21).

Continúa entonces en el personaje el proceso de adquisición de conciencia; tiene claro que las cosas del mundo no están en el lugar que deben, están en un nivel mucho más

inferior; carecen de dignidad. No están en el lugar justo. León Felipe menciona que esa realidad oscura es “transitoria”, es decir, es factible su transformación, primero en la palabra, luego en la realidad.

Porque cuando Don Quijote toma al ventero ladrón por un caballero cortés y hospitalario, a las prostitutas descaradas por doncellas hermosísimas, la venta por un albergue decoroso, el pan negro por pan candeal, y el silbo del capador por una música acogedora, *dice* que en el mundo no debe haber ni hombres ladrones, ni amor mercenario, ni comida escasa, ni albergue oscuro, ni música horrible (Felipe, 1993a, p. 21).

Se da, pues, la transformación de la realidad. Los elementos son los mismos; sin embargo, ahora están caracterizados por adjetivos amables, e incluso los sustantivos cambiaron si los anteriores no resultaban dignos. El mundo es ahora un lugar elevado.

Nuestro héroe mira, entonces, el mundo no como es, sino como debe ser. La meta de don Quijote, en las páginas de nuestro poeta, es dar dignidad a la realidad humana, llevarla hasta sus límites posibles mediante la justicia. León Felipe utiliza e interpreta un pasaje de la inmortal novela de Cervantes con el cual refiere la realidad humana general. Al presente, pasado y futuro de los hombres. Es necesario que la humanidad ascienda.

Ante este panorama de búsqueda de una nueva y mejorada realidad, el mundo reacciona con la burla; don Quijote se enfrenta solo a un mundo hostil que no puede comprenderlo.

El primero que se ríe de Don Quijote es Cervantes. ¡Cuántas veces, en los primeros capítulos, la carcajada incoercible le hace parar la escritura! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
Y el primero que se ríe de España es Dios. Nuestro Dios; ese Dios ibérico a quien yo veo aún creándonos y deteniendo sus dedos temblorosos de risa en la arcilla tierna que ya se modelaba como una pirueta divertida, al conjuro grotesco de la palabra *justicia*. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
(Felipe, 1993a, p. 33).

En el nivel más alto están el creador del héroe y el creador del ser humano; ambos se burlan de don Quijote –representante del hombre– y el ideal que va pregonando. El choque entre la risa y la palabra justicia es devastador. Ni los dioses comprenden su lucha. Desde

sus inicios, el hombre parece estar destinado a la adversidad, pues el acto divino de creación queda reducido a una “pirueta divertida”.

Después te reíste tú
y me reí yo;
se rieron los del norte
y se rieron los del sur;
se rieron los americanos
y los viejos mediterráneos.
Se rieron todos. ¡Todos!
Los pueblos y los siglos,
las piedras y los astros,
los piojos y los dioses. (Felipe, 1993a, p. 33).

Un ideal sublime como la justicia se ve minimizado y aplastado por una enormidad contundente que incluye, no sólo sujetos animados, sino abstracciones y elementos inanimados –incluso el tiempo, que ha repetido una y mil veces mecanismos ruines para la humanidad–, lo que nos da la percepción de una totalidad abrumadora que rechaza al héroe.

Yo oigo aún la risa de hace trescientos años, cuando las primeras piedras cayeron sobre las espaldas del payaso manchego, en la aventura de los galeotes; y las de hace tres semanas cuando en Barcelona las toneladas de trilita cayeron sobre los nietos indefensos de este pobre payaso, que es el mejor hombre que ha nacido en este planeta podrido y abominable (Felipe, 1993a, p. 34).

En el fragmento anterior se muestra muy claramente la analogía entre el mundo de don Quijote y la realidad histórica española de nuestro poeta; en ambas el hombre se muestra en peligro por la hostilidad humana. El héroe manchego es descrito como “el mejor hombre que ha nacido en este planeta podrido y abominable”; claramente es un ser espiritual y moralmente superior a los demás.

Esta dolorida contraposición pone de manifiesto la burla del mundo con respecto al ideal que va pregonando el héroe. Lo sublime de querer alcanzar la mejor realidad posible para el ser humano queda degradado a lo risible a los ojos del mundo; incluso se acentúa lo ridículo del personaje al llamarlo *payaso*.

La necesidad de justicia que llena a don Quijote y lo lleva a los límites de su realización surge, como mencionamos anteriormente, cuando se hace consciente del mundo como es y, lo más importante, como debe ser. El héroe romántico:

Se niega a aceptar un mundo inventado por otros. Está destinado a negar su destino. El héroe trágico puede entonces también ser un fanático, un loco, ambas cosas o ninguna. Pero debe creer. [...] Al héroe trágico romántico se le acusa a veces de ingenuo por ser demasiado crédulo. Sin embargo, aunque los valores no existen por sí mismos y el mundo es sólo un *caos de sensaciones*, para actuar en el mundo es necesario adoptar alguna escala de valores. (Clark, s/f, p. 8)

Don Quijote cree apasionada, profundamente en la justicia. Todo su sistema de valores converge alrededor de este absoluto, que es causa suprema y primera de la creación de todas las cosas. Para León Felipe “lo verdaderamente importante es la propia tragedia de la situación humana que, en los límites de este mundo, busca realizar el espíritu quijotesco de la justicia” (Vegas, 1986b, p. 154). Y queremos poner énfasis en esta aseveración, “en los límites de este mundo”; sostenemos que la poesía de León Felipe habla sobre un cambio en la realidad inmediata del hombre, en su realidad histórica, su vida cotidiana. La universalización que le dio a los problemas y valores del hombre que tuvieron su origen en la guerra (“Que no se trata de comunismo ni de fascismo. La cuestión es más vieja y viene de más alto” (Felipe, 1993a, p. 27)), descansa por fin, ya amalgamada con lo esencial inmutable, en una realidad terrena. En este mundo debe llevarse a cabo la transformación, primero espiritual, luego terrenal del hombre.

“Que la justicia existe” es uno de los capítulos de *El payaso de las bofetadas*. León Felipe dedica todo un apartado a exponer qué es la justicia para don Quijote y por qué es necesario luchar por ella. “León Felipe, todo lo contrario a lo que llevara su preocupación por la poesía, no dedicó apenas reflexión alguna en verso o prosa que definiera los contenidos de la palabra justicia. Es, sin embargo, justicia el grito que traspasa toda su obra dotándola de sentido preciso” (Vegas, 1986a, p. 107). Éste es el único texto de León Felipe donde se define este valor absoluto. La justicia es, como hemos mencionado, el motor que

mueve la voluntad del hidalgo manchego, quien la busca incluso antes que la paz: “La justicia vale más que la paz. La paz burguesa, no por paz ni por burguesa, sino por haberla puesto el hombre por encima de este principio de justicia, es la que ha originado y ha hecho posible la agresividad del gángster y del matón” (Felipe, 1993a, p. 50). La justicia es la causa vital de todas las cosas, sin la cual el mundo, en caos, se desploma.

La justicia vale más que el sol y que todos los mundos conocidos y por conocer. Y si se derrumbase el universo y se salvase la justicia, todo podría comenzar otra vez, porque el principio generador del mundo se habría salvado. Pero si la justicia se acabase, todo se desmoronaría, y ningún dios podría comenzar de nuevo. (Felipe, 1993a, p. 49)

Este principio generador, la justicia, existe; y porque existe se debe luchar por ella, para defenderla, para alcanzarla. No encontramos aquí la imposibilidad romántica de la realización del fin de la lucha del individuo; todo lo contrario, la esperanza de conseguirla es palpable:

El hombre camina más allá de sus gusanos y de la dialéctica materialista. Hay estrellas lejanas. Las veo yo. Estrellas que salen de ese engranaje angustioso y dialéctico de la vida, como las chispas de una máquina eléctrica movida por una correa sin fin. La mecánica del universo no sirve más que para crear el espíritu. Y el espíritu es justicia. Y la justicia es amor, generosidad, *caridad*. (Felipe, 1993a, p. 41)

Don Quijote persigue la justicia sin descanso y sabe que puede alcanzarla. Sabe que la realidad del hombre no tiene por qué ser la que siempre ha sido, que se puede moldear, transfigurar, elevar a un plano digno. Se dedicará entonces a seguir los pasos que lo lleven hasta ella, centrados todos en el sacrificio. El héroe manchego:

asume el martirio y la derrota en el mundo material como el justo precio a pagar por la defensa de la justicia [...] La justicia es la meta de la poesía; es decir, que la función de la poesía para León Felipe es la consecución de la justicia mediante la transformación del mundo en un lugar más justo. Y claro que León Felipe no se refería al papel impreso, sino al acto revolucionario como una forma de poesía, es decir, estamos hablando de tomar las armas para la defensa de los ideales quijotescos, es decir, de la justicia en el mundo. (Huerta-Nava, 2007, p. 89)

La autora reafirma la calidad humana y terrenal en los objetivos del héroe. La consecución de la justicia y de una nueva realidad debe lograrse en este plano, donde aún pueda servirle al hombre para mejorar su vida. Bien sabe León Felipe que aquí, en el mundo, es donde hace falta la armonía vital, tan necesaria para la convivencia humana.

Ahora bien, el mundo que se opone al héroe y a su ideal es representado por ladrones, raposos, mercaderes, empresarios, arzobispos criminales, fariseos, políticos eclesiásticos, claramente los fascistas y, finalmente, desde las alturas, los dioses. A pesar de que hay varias menciones de todos ellos a lo largo del libro, León Felipe ejemplifica concretamente en dos sujetos: el pescador de caña, que es el inglés –y, como metonimia de éste, Inglaterra–, y los dioses. Comencemos por el inglés.

La justicia trae siempre discordia, guerra y sangre entre los hombres, no porque ella sea de naturaleza belicosa, sino porque los hombres que no están en su sitio la odian, no quieren oírla y tratan de ahogar su voz en ríos turbulentos de sangre. Y cuando estos ríos turbulentos de sangre anegan casi el mundo, este pescador astuto toma su caña, prepara su week-end, y se encamina a las márgenes mansas de sus ríos a pescar flemáticamente sobre la verde yerba de su verde esmeralda. ¡Flemáticamente! Ahora que los dioses han perdido la serenidad, el pescador de caña quiere hacer de la flema una virtud. (Felipe, 1993a, p. 53)

El poeta zamorano personifica al mundo hostil en la figura de un pescador inglés que da la espalda a los problemas del mundo. La hostilidad se define, en este caso, como indiferencia hacia tales eventos, hacia el héroe y hacia la lucha que está forjando. Para los románticos, “lo más hondamente triste del «soñador que ha envenenado sus días» es que su titánico esfuerzo, en el que vacía energías sobrehumanas, es castigado con la indiferencia” (Argullol, 2008, p. 404). El mundo no reacciona al llamado profético del héroe.

Encontramos otra vez las referencias a los hechos históricos que acontecieron durante la escritura del libro, pues Inglaterra, como mencionamos en nuestro contexto histórico, fue uno de los países que abogaron por la no intervención en la contienda española. Por ello León Felipe opta por un inglés para ejemplificar la pasividad del personaje que se opone al ideal sublime que porta don Quijote y a la acción por conseguirlo;

es decir, el pescador inglés busca la paz, pero una paz disfrazada de virtud, pues su verdadera finalidad es mantener un estado de comodidad y conformismo para beneficio propio, cuando lo que se necesita es aspirar a la justicia en colectivo –más adelante ahondaremos en esto– para abandonar las tinieblas y alcanzar una realidad superior. Una vez más, el héroe está solo a causa de su ideal.

El hecho de que los valores nobles sólo pueden asumirse individualmente —porque la sociedad en conjunto practica los valores utilitarios— es otro motivo para la condición trágica y solitaria del héroe romántico. Los valores que lleva el héroe trágico no pertenecen a su tiempo y por ello, en ocasiones, pueden contradecir los valores del presente. [...] El héroe es siempre el descubridor de nuevos caminos y el creador de nuevos valores, por lo tanto este nuevo *pathos* es en muchos casos malentendido por sus contemporáneos. (Clark, s/f, p. 11)

Mientras se hace esencial el problema del hombre, y con éste la acción, el inglés opta por la pasividad. La paz –valor utilitario– se contrapone a la justicia –valor noble– en este caso concreto por el matiz que aquélla adquiere en el sujeto que la pregona. El pescador, el hombre indiferente, no busca transformar la realidad porque ésta le acomoda; don Quijote, el héroe romántico, abre una brecha de transformación porque sabe que el mundo no está en su sitio.

Como mencionamos anteriormente, otro de los adversarios de don Quijote –a la par del inglés– son los dioses, que se han volcado sobre la existencia humana y han dejado a los hombres desolados en su búsqueda de una realidad nueva y justa; lo absoluto. “Éste es el trazo más sobresaliente de la silueta del *superhombre*: apereibir el pozo sin temer sumirse en él para arrancar de su fondo las propias señas de identidad, para arrancar la energía que le conduce a enfrentarse a los dioses del Destino” (Argullol, 2008, p. 408). Como asegura Villar, al héroe romántico “no le importa en otros momentos hundirse en los abismos persiguiendo una transformación del ser” (Villar, 1984, p. 175).

Don Quijote representa al hombre que debe encararlos para sacar la luz de sus entrañas, negada a los hombres.

El hombre se escapa de la vida y va a encararse con los dioses. Porque hay un momento en que es preciso determinar bien nuestra posición en este mundo, como el marino en el mar, y conocer adónde vamos. Tal vez nos hemos perdido. Sabemos que los dioses se duermen. Que a veces es necesario despertarles... y blasfemar si no responden (Felipe, 1993a, p. 35).

El héroe manchego presenta la osadía romántica de enfrentar a los dioses para obtener una verdad de su silencio. Para continuar su camino de lucha, el hombre necesita confrontarlos, necesita conocer su destino para poder modificarlo.

Don Quijote se enfrenta, pues, a los hombres y a los dioses. En el siguiente párrafo se muestra claramente esta síntesis de lucha representada por un hombre superior:

Y el payaso se yergue. Es la hora de la acusación y la blasfemia. El payaso se yergue y se vuelve contra el empresario, contra los hombres y los dioses gritando: ¡Basta, basta ya, basta ya de risa! ¡Que no se ría nadie!, ¡que no se ría nadie! Mi sangre de clown vale tanto como la sangre de los cristos. ¡Yo no soy un payaso! ¡Yo soy un Prometeo! Vengo de la casta de los viejos redentores del mundo y he dado mi sangre, no para hacer reír a los dioses y a los hombres, sino para *fecundar el yermo*. (Felipe, 1993a, p. 36)

Se habla de nuevo sobre la misión de don Quijote, que es elevar el mundo a un plano superior, “fecundar el yermo”. Una vez más se presenta la contraposición entre el hombre superior, reforzada con la contundente imagen del payaso que se yergue, cuya vida se equipara a la de Cristo –lo que remarca el sacrificio necesario–, y la risa de los hombres y los dioses; asimismo, se menciona uno de los dioses románticos: Prometeo. Más adelante hablaremos a profundidad sobre la caracterización prometeica del hidalgo manchego.

Volviendo a la relación del ideal del héroe y la respuesta del resto, nuestro poeta expone dicha idea con una imagen de choque trágicamente bella: frente a una realidad indigna para el ser humano, don Quijote –abofeteado, burlado–, al levantar la voz contra el mundo hostil, aparece iluminado en el lugar del génesis de todas las cosas, de la esencia de la vida, como portador de una verdad fundamental para la existencia humana:

Yo no sé si es ya la hora de que hablen los dioses, pero el momento actual de la Historia es tan dramático, el sarcasmo tan grande, la broma tan sangrienta, y el hombre tan vil, que el

poeta prometeico se yergue, rompe sus andrajos grotescos de farándula, se sale de la pista y pide la palabra en esta cueva de ladrones, en esta asamblea de raposos y mercaderes.

«Señores raposos, señores mercaderes del mundo, escuchad:

Ahora no estamos en Ginebra,

No estamos en las nubes tampoco.

Estamos aquí.

En la gran mesa de los grandes negocios del hombre.

Aquí, en estas alturas solitarias,

aquí donde se oye sin descanso

la voz milenaria

del agua

del viento

y de la arcilla

que nos ha ido formando a todos los hombres;

aquí, donde las estrellas rompen a veces su silencio

también;

aquí, donde no llega el desgañitado vocerío de la propaganda mercenaria;

aquí, donde no tiene resuello ni vida el asma de los diplomáticos,

aquí, donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no tiene papel;

aquí, aquí ante la Historia

–la otra, la Historia doméstica,

la Historia nacional,

la que vuestro orgullo de gusano enseña a los niños de las escuelas,

no es más que un registro de mentiras y un índice de crímenes y de vanidades–.

Y aquí, aquí, frente a la Historia verdadera,

sobre la tierra prístina y eterna del mundo,

alumbrado por las estrellas

y en la presencia misma de Dios,

yo,

el payaso manchego,

con la cara curtida de bofetadas,

bajo la risa y la mofa de todos los hombres,

y de todos los hados adversos

digo:

Que la justicia existe.

Yo la creo ahora, en este mismo instante, por la virtud prometeica de mi sangre. Yo la creo con el poder de mi fe y de mi agonía redentora. (Felipe, 1993a, p. 36)

Don Quijote aparece a la vez abofeteado, burlado y sublime. “En el romántico se da la quintaesencia del *superhombre* si por éste se entiende la más honda combinación de fragilidad y fortaleza” (Argullol, 2008, p. 402). Los verbos *yergue* y *rompe* denotan alta dignidad y una voluntad inquebrantable. Entonces se engrandecen el héroe y su ideal, el motivo de su lucha y la finalidad también: crear una realidad nueva que puede ser conseguida mediante el sacrificio. Don Quijote se ubica en un lugar elevado, por encima del

mundo que no puede comprenderlo. “Impotente ante el curso de la Historia, cuyo rumbo reprueba, al romántico sólo le queda –y estas armas las emplea hasta el límite de sus posibilidades– el arrogante desdén y la autoconciencia” (Argullol, 2008, p. 401), lo que podemos notar en el lenguaje que utiliza León Felipe; desde su elevado lugar, don Quijote juzga al resto del mundo y todos los elementos relacionados con éste, calificados peyorativamente: “desgañitado vocerío”, “propaganda mercenaria”, “orgullo de gusano”, “asma de los diplomáticos”, “comediantes”, “registro de mentiras”, “índice de crímenes y vanidades”. Es superior a ellos. Asimismo, podemos ver la altura del héroe en su ubicación: “Ahora no estamos en Ginebra” (lo mundano, que no terreno); “No estamos en las nubes tampoco” (lo divino, alejado de la realidad humana); “Estamos aquí. / En la gran mesa de los grandes negocios del hombre...” (Lo esencial humano, que derivará en la nueva realidad). Está en el lugar exacto de una transformación humana profunda y vital.

La confrontación entre el héroe romántico y el mundo que se opone a él lo conduce inevitablemente a la soledad por la incompatibilidad entre los planos donde se ubican los valores. “Para el héroe, lo que da alas a la voluntad y le hace volar más allá del desfiladero de la desesperación es, precisamente, esta percepción absoluta de la propia condición. Este hecho le precipita a la soledad más extrema” (Argullol, 2008, p. 394). El héroe romántico es consciente de lo que predica y también de la recepción por parte de los demás; como mencionamos anteriormente, el proceso de adquisición de conciencia es doloroso y ésta, a su vez, lo aísla de mundo. Esta soledad se refleja en la locura de don Quijote: al no poder comprenderlo, el mundo lo etiqueta como un loco. Para los románticos, “la locura no es sino el reconocimiento de la lucha terrible, del enfrentamiento entre el hombre y lo que se le resiste: es, sin duda, el signo del combate, el castigo de los osados” (Aguirre, 1996, p. 11). Desde la perspectiva romántica, la locura es un castigo; no obstante:

Don Quijote está loco para nosotros porque los resortes que mueven esa capacidad de transbordo que hay en todo poeta prometeico para pasar de lo euclidiano a lo místico, de lo doméstico a lo esencial, se mueven con él con una rapidez y una pasión inusitada, al conjuro

sólo de la palabra justicia. No está loco. Está en un grado de humanidad al que no ha llegado casi ningún hombre todavía. (Felipe, 1993a, p. 26)

Se demuestra, una vez más, la contraposición entre su calidad moral y la del resto del mundo; se demuestra, pues, su superioridad. Para León Felipe la locura no es un castigo; don Quijote está loco desde la visión de quienes no pueden comprenderlo, cuando en realidad es el portador del valor fundamental para la existencia del hombre. Como afirma Huerta-Nava:

El comportamiento de un salvador parece a los ojos del hombre común y corriente un comportamiento insano, la actitud de quien ha perdido la razón, pues sólo a través de la fe, don escaso, se explica que alguien actúe movido únicamente por principios invisibles. [...] El anhelo de construir mundos nuevos llenos de amor y de alegría en un momento en el que la esperanza acaba de ser asesinada. (Huerta-Nava, 2007, p. 89)

Según la autora, don Quijote, en la poesía de León Felipe, presenta esta locura, que es otra forma de razón (“no es locura cuando es una lucha consciente, con metas claras y definidas, con motivos precisos ya sean materiales u ontológicos” (Huerta-Nava, 2007, p. 97)). Los mundos invisibles que se mencionan –la realidad que debe ser– los alcanza a ver don Quijote por medio de su locura; ésta es consecuencia de su visión y causa de su lucha por la transformación de la realidad.

Anteriormente mencionamos que esta lucha, para León Felipe, debía hacerse de manera colectiva; un grupo contra la totalidad, y es ésta una de las vertientes románticas en la relación del héroe con el resto del mundo. No queda restringido únicamente a un camino de soledad absoluta; “el romántico abre una brecha entre él –y los que puedan ser como él– y el resto [...] La identificación con el héroe ya sólo puede ser parcial y significa tomar parte en la lucha contra los otros, contra la mayoría; significa renunciar a la comunidad en favor del grupo” (Aguirre, 1996, s/p). Es lo que propone el poeta zamorano: una lucha colectiva que lleve a la humanidad entera a alcanzar un estado superior de existencia, y la única manera en que puede llegar a su culminación es si todos los individuos participan en ella. Como menciona Juan Felipe Villar, “el compromiso a su vez induce al poeta a un afán de

superación, primero personal y luego colectivo” (Villar, 1984, p. 168). El grupo debe convertirse en el todos.

Don Quijote es un ejemplo de voluntad y acción para el resto. Raquel Huerta-Nava afirma que “el camino de don Quijote es el camino de la Justicia como fin último, en ese sendero se encuentra también la salvación interior que para León Felipe será de gran importancia a lo largo de su vida y su escritura” (Huerta-Nava, 2007, p. 8). Sabemos, sin embargo, que la salvación interior debe llevar a una salvación colectiva, que debe darse también en la realidad histórica inmediata del hombre. Se debe transformar el espíritu para poder, después, transformar la realidad. El hombre debe despojarse de todo para que quede lo esencial que une a todos: la misma humanidad.

Para que grite conmigo busco yo al rico y le digo:
deja tus riquezas y ven aquí a gritar.
Para que grite conmigo busco yo al pobre y le digo:
salva tu pobreza y ven aquí a gritar.
Todas las lenguas en un grito único
y todas las manos en un ariete solo
para derribar la noche,
y echar de nosotros la sombra.
Esta es la exégesis prometeica. (Felipe, 1993a, p. 48)

Todos los hombres deben participar en la transformación de la realidad para beneficio de la humanidad entera. Lo esencial humano, que va relacionado con el genio poético-prometeico que veremos más adelante, es lo que el héroe busca despertar para realizar la gran metáfora social y sideral, en palabras del poeta zamorano.

Y ahora...
ahora no hay más que una lucha enconada entre dos clases de hombres:
la de los que quieren seguir la curva lírica de esta parábola en el cielo,
hasta sus últimas posibles realidades,
hasta verla caer en la tierra y moverse aún abriéndole caminos
nuevos al hombre por la Historia,
y la de los que dicen que interpretar así la parábola es una blasfemia y una herejía.
(Felipe, 1993a, p. 48)

Se contraponen, en los versos anteriores, el grupo contra el resto; mientras que el grupo avanza hacia la transformación del hombre liderado por don Quijote, el resto se pone en contra del ideal y de la lucha y, por tanto, de la transformación de la realidad y de un estado superior de existencia para el hombre.

4.2 Don Quijote como suicida

Como mencionamos anteriormente, en *El payaso de las bofetadas* la idea de España es representada en don Quijote; son uno solo: “don Quijote no es más que la España legítima, viva y actual [...] ¿Es que España y Don Quijote son dos cosas distintas hoy? Decídllo vosotros. Que lo diga el mundo. ¿No es don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas? ¿Qué otra cosa es ahora España?” (Felipe, 1993a, p. 25). Es decir que, en lo sucesivo, la voz de España será la del hidalgo manchego; ambos enmarcados y fundidos en la realidad española de tiempos de la guerra.

Para Raquel Huerta-Nava, don Quijote es la España derrotada, “la justicia burlada” (Huerta-Nava, 2007, p. 63); sin embargo, como afirmamos anteriormente, don Quijote no es un derrotado en la obra que analizamos. Por ello, cuando León Felipe describe a España, la pinta como un ente que busca ser destruido para poder renacer. Ante una realidad adversa y oscura para el hombre, en España “las esencias quieren organizarse de nuevo” (Felipe, 199a, p. 58) –y ponemos énfasis en el verbo *quieren*, pues denota la voluntad romántica– y el camino es el sacrificio de la muerte. León Felipe expone esta idea con una oferta que hace España-don Quijote:

Pero sé
–y esto es mi esencia y mi orgullo,
mi eterno cascabel y mi penacho–
sé
que el firmamento está lleno de luz,
de luz,
de luz,
que es un mercado de luz,

que es una feria de luz,
que la luz se cotiza con sangre...
y lanzo esta oferta a las estrellas:
«Por una gota de luz,
toda la sangre de España». (Felipe, 1993a, p. 56)

El héroe está dispuesto, por propia voluntad, a sacrificarse y dar su vida (sangre) por alcanzar el ideal que lo mueve (luz). Argullol asegura que:

la muerte es concebida, dionisiacamente, como un acto supremo de creación. Belleza, sensualidad, arte... florecen, entonces, a su sombra. Asumido el conocimiento de la nueva perspectiva, la visión de la muerte se invierte: concebida antes como el vacío que acecha la vida, ahora lo es como reafirmación de la esencia de la vida ante el vacío de la existencia. La angustia del ser-para-la-muerte se transforma en el ambiguo gozo del morir-para-ser. (Argullol, 2008, p. 445)

Al morir el héroe, al sacrificarse España, se forjará una nueva realidad, superior a la ya existente; una realidad que estará “en estas latitudes del aire y de la luz...” (Felipe, 1993a, p. 81). Esa realidad por la que el héroe concibió toda su lucha será una esencia, más que un lugar fijo; una esencia que funcionará como generadora de nuevas realidades. León Felipe describe esto como *Hispanidad*: la esencia de España.

Hispanidad... ¡tendrás tu reino!
Però tu reino no será de este mundo.
Será un reino sin espadas ni banderas...
¡Será un reino sin cetro!
No se erguirá en la tierra nunca.
Será un anhelo... un anhelo
que vivirá en la Historia sin historia...
¡Sólo como un ejemplo!
Cuando se muera España para siempre
quedará un ademán en la luz y en el aire...
Un gesto...
Hispanidad será *aquel gesto* vencido, apasionado y loco *del Hidalgo Manchego*...
Sobre él los hombres levantarán mañana...
el mito quijotesco...
Y hablará de Hispanidad la Historia...
cuando todos los españoles se hayan muerto.
Para crear la Hispanidad... hay que morir...
porque sobra el cuerpo.
Murió el héroe...
Morirá su pueblo.

Murió Cristo... y morirá la tribu toda, que el Cristo redentor será ahora un grupo entero de hombres crucificados que al tercer día ha de resucitar de entre los muertos... Hispanidad será este espíritu que saldrá de la sangre y de la tumba de España... para escribir... un Evangelio nuevo. (Felipe, 1993a, p. 82)

Es decir que una nueva realidad es posible, pero para que el ejemplo en que se convertirá exista, para que todo pueda comenzar de nuevo, se debe hacer el sacrificio mayor: la muerte. En *El payaso de las bofetadas* se afirma que “la sangre del hombre está no sólo hecha para mover su corazón, sino para llenar los ríos de la Tierra, / las venas de la Tierra, / y mover el corazón del mundo” (Felipe, 1993a, p. 57); don Quijote, España, se sacrifica porque sabe posibles sus anhelos: una nueva realidad para la humanidad. “El hombre está condenado a la destrucción, pero es en ella en la que se redime” (Aguirre, 1996, s/p).

Este suicidio, que deviene en la dignificación de la humanidad, muestra una vez más la superioridad del héroe romántico, pues es un desafío gigante a la fatalidad. Con la muerte vence a los hados adversos, pues se convierte en dueño absoluto de su propio ser. Argullol lo resume en “*la autocreación dolorosa y gozosa del propio Yo*” (Argullol, 2008, p. 456). Esta autocreación no dependerá de nadie más que del héroe mismo. Él es dueño de su destino, y así es como le gana a la adversidad. “Es la *vida-en-la-muerte*: mediante el suicidio el romántico busca perpetuarse, morir para burlar la muerte. El suicidio es arrojarse al volcán para, en la aniquilación, reposar en el inalcanzable *Único*” (Argullol, 2008, p. 447). Al equiparar a don Quijote y a España, habla del sacrificio y la muerte para alcanzar su nueva realidad.

Allí donde está la imaginación ha de estar la voluntad en seguida,
con la espada,
con la carne,
con la vida,
con el sacrificio,
con el ridículo,
con la pantomima,
con el heroísmo,
con la muerte... (Felipe, 1993a, p. 19)

El héroe dedicará la vida entera a este fin por los medios que sean necesarios y no descansará hasta obtener lo que anhela. El sacrificio que realiza es de vital importancia en la lucha para una existencia sublime para el hombre. La imaginación, emanada de la voluntad, será la pauta que marque el camino hacia la gran metáfora.

4.3. Don Quijote-Prometeo

Para los románticos, Prometeo “es el impulso que promueve en los hombres la voluntad de asaltar el cielo” (Argullol, 2008, p. 302) con la finalidad de alcanzar la divinidad. Es arrancar del cielo la verdad escondida para elevar al hombre a un plano superior. Ganar esta lucha es imposible, como se mencionó en el apartado del superhombre. “Su desafío a Zeus y su favorecimiento de los hombres –su “demasiado amar a los hombres” (v. 123) que le hará desgraciado, y espejo de la saga maldita del “superhombre”– constituyen empresas tan titánicas como condenadas al fracaso. Su rebelión es el prototipo de la desmesura y de la brutalidad que debe sufrir el hombre que intenta derribar los muros de la mortalidad” (Argullol, 2008, p. 304). El hombre es castigado por el desafío perpetrado, y es ésta la noria sin fin a la que está atada el hombre que se levanta; por tanto, la lucha romántica de superación debe verse como un espejismo. “El mito prometeico llama al hombre a la rebelión –incita al Héroe hacia el Único–, mas indica claramente que toda rebelión es un espejismo heroico y engañoso” (Argullol, 2008. p. 307).

No obstante, para León Felipe:

El genio poético-prometeico es aquella fuerza humana y esencial que en los momentos fervorosos de la Historia puede levantar al hombre rápidamente,
de lo doméstico a lo épico,
de lo contingente a lo esencial,
de lo euclidiano a lo místico,
de lo sórdido a lo limpiamente ético. (Felipe, 1993a, p. 18)

Tal genio poético prometeico –que “es una fuerza general, latente, pero aun dormida va ganando a los hombres y a los pueblos para las grandes metáforas, para los grandes

transbordos de la Historia” (Felipe, 1993a, p. 19)– eleva a quien lo porta y lo lleva al terreno de la acción para alcanzar una finalidad sublime: ennoblecer su realidad, pasando por todos los planos posibles, terrenos y místicos, y, como siempre, con la justicia en la mano; el “hombre prometeico” es el hombre de la justicia” (Villar, 1984, p. 174) “Y la justicia la defienden los poetas y el hombre prometeico porque con la justicia se camina hacia la luz y la renovación” (Felipe, 1993a, p. 67).

Esta concepción es representada en nuestro héroe. “Don Quijote es un poeta de esta clase. Es un poeta activo y de transbordo. Y se diferencia de todos los demás poetas ordinarios del mundo en que quiere escribir sus poemas no con la punta de la pluma, sino con la punta de la lanza” (Felipe, 1993a, p. 19). Don Quijote es, pues, un poeta prometeico: poeta en la específica definición que maneja León Felipe a lo largo de sus libros y que ya mencionamos anteriormente; es quien hace las grandes metáforas históricas y siderales; y Prometeo en la acepción romántica; lo trascendente en su lucha es la acción, surgida de su inquebrantable voluntad. En palabras de Alberto Sánchez, aparece en las páginas del poeta zamorano “la imagen luminosa y aleccionadora de Don Quijote como poeta prometeico que escapa de su crónica particular y entra en la Historia grande, hecho símbolo y brazo, erguido frente a todos los mercaderes y raposos del mundo” (Sánchez, 1884a, p. 190).

La diferencia principal entre la postura romántica y la del poeta zamorano es, como se ha mencionado anteriormente, la imposibilidad de ganar la lucha. Para los románticos, la visión de Prometeo es la de una lucha que no lleva a la victoria; para León Felipe, en cambio, la victoria es posible y el camino, necesario. El hombre, para nuestro poeta, también debe enfrentarse a los dioses:

El poeta prometeico es aquel que sabe que el gran carecerlo del hombre se encuentra en el corazón implacable de los dioses; que la fatalidad y los signos estelares son los que guardan la clave que abre la puerta de nuestra libertad. «No hay dictaduras humanas», dice.

«Estrellas,
Sólo estrellas,
Estrellas dictatoras nos gobiernan.
Pero contra la dictadura de las estrellas, la dictadura del heroísmo.»

(Felipe, 1993a, p. 21)

Hay que romper el silencio de los dioses –cuya idea redondea con los símbolos divinos que son las estrellas– mediante un camino de lucha, y la meta –sublimar la realidad humana– es posible:

Don Quijote está loco, y vencido, y vencido... desterrado además.

Y con unos sueños monstruosos.

—Pero... Don Quijote... ¿está loco y vencido?

¿No es un héroe?

¿No es un poeta prometeico?

¿No es un redentor?

—¡Silencio! ¿Quién ha dicho que sea un redentor? Está loco y vencido y por ahora no es más que un clown... Un payaso...

Claro que todos los redentores del mundo han sido locos y derrotados. Y payasos antes de convertirse en dioses. (Felipe, 1993a, p. 71)

El presente se muestra adverso, es verdad, pero debe hacerse el camino para alcanzar la anhelada realidad sublime del hombre. “Mañana las estrellas no se combinarán ya más para que caiga sobre un hombre justo una condena monstruosa e inexorable. Mañana se producirá la gran metáfora sideral” (Felipe, 1993a, p. 23). Este poeta prometeico, que lucha incansablemente por ascender, aunque imaginario, es real: “el poeta prometeico aparece siempre en la Historia como un personaje imaginario. Pero lo imaginario prometeico gana realidad y la realidad doméstica se pierde en las sombras de la historia. La Historia la compone el sueño de los hombres (Felipe, 1993a, p. 25). Se llevará a cabo la meta de ganar el cielo para sublimar lo terreno. Huerta-Nava asegura que “León Felipe no se desprende de la superficie de la tierra en su búsqueda de Dios, antes prende antorchas de poesía recordando el fuego que Prometeo alguna vez robó a los cielos, con el objeto de recordarle al alto cielo que no olvide a sus desesperadas criaturas, que no olvide la promesa y el pacto para ganar la luz” (Huerta-Nava, 2007, p. 8). Para la autora, el fin último es la unión de lo terreno con lo divino, y afirma que Prometeo se encuentra en un nivel superior a don Quijote por estar entre la divinidad y lo terreno; es el héroe que se sacrificó por la

humanidad, y lo equipara con Cristo, aunque éste, a su vez, es superior a él. Don Quijote está al nivel del hombre y es la “encarnación lírica de la utopía humanista” (Huerta-Nava, 2007, p. 45) León Felipe, sin embargo, jamás ha hecho esta distinción. Don Quijote constantemente es nombrado el “poeta prometeico” y es vinculado con Cristo; el zamorano equipara a los tres personajes y no ubica a don Quijote en un orden inferior, todo lo cual denota lo vital del sacrificio que debe realizar; es “el hombre prometeico y Cristo” (Felipe, 1993a, p. 49), quien clama: “mi sangre de clown vale tanto como la sangre de los cristos. ¡Yo soy un Prometeo! Vengo de la casta de los viejos redentores del mundo y he dado mi sangre, no para hacer reír a los dioses y a los hombres, sino para *fecundar el yermo*” (Felipe, 1993a, p. 36), es decir, levantar un mundo nuevo.

Huerta-Nava también menciona al resto de la humanidad comparada con el héroe prometeico. “Por debajo de estos poderosos símbolos se encuentra el ser humano al que no le queda más que intentar seguir estos ejemplos” (Huerta-Nava, 2007, p. 45). Podemos asegurar que su afirmación es errónea; no es que “no le quede más que intentar”, lo que daría la idea de que el ser humano quiere ser como ellos pero no le es posible; más bien, los seres humanos no se han dado cuenta todavía de que ésta debe ser su función: luchar juntos para transformar la realidad, y esta conciencia la adquiere el resto por el ejemplo; la lucha la hace “*el hombre*. El genio poético y prometeico que está en potencia, dormido en todos los seres humanos y que tiene que despertar el *gran líder*” (Felipe, 1993a, p. 17). Este líder es don Quijote. Tal es la tarea que León Felipe proclama a oídos nuevos o, incluso, indiferentes, no a quienes ya la conocen pero no la pueden seguir. Como menciona Villar Dégano, “esta capacidad prometeica es lo que le hace héroe, torre para alcanzar las estrellas subido a los “hombros de otros hombres”, pero siempre como héroe sacrificado que se arriesga, como un idealista” (Villar, 1984, p. 175).

En toda esta concepción prometeica de don Quijote podemos observar, una vez más, la superioridad del héroe romántico sobre los hombres “domésticos”, en palabras de León

Felipe. “El hombre es lo que vale. Pero el hombre medido por su capacidad de transbordo y por su capacidad prometeica. No hay otras medidas” (Felipe, 1993a, p. 30).

V. Palabras finales

A pesar de ser uno de los motivos centrales en la obra de nuestro autor, los símbolos cervantinos han sido poco estudiados, y quienes han dedicado trabajos a ellos no lo han hecho a profundidad, tal como reveló la presente investigación: los críticos que hablan sobre don Quijote en la obra de León Felipe lo hacen desde la misma perspectiva: como un personaje que ejemplifica la lucha del hombre por la justicia, pero no se han realizado análisis formales sobre éste; la mayoría se dedican, más bien, a describir la poesía de nuestro autor; además, los críticos no han hablado sobre la caracterización romántica del hidalgo manchego en las páginas de nuestro poeta –tema que trabajamos– a pesar de que esta caracterización es evidente.

En la presente investigación mostramos el contexto vivencial, histórico y literario de León Felipe, pues consideramos que fue fundamental para la creación del personaje-símbolo que trabajamos. León Felipe sufrió la guerra civil española muy profundamente, pues desde su visión la contienda representó la lucha del bien –bando republicano– contra el mal –bando rebelde, liderado por Franco–. A la mitad de esta guerra concibió y escribió *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, libro, a pesar de su tragedia, esperanzador para el hombre.

Tras ello, elaboramos un panorama general sobre las investigaciones que se han realizado sobre León Felipe en general, y del tema que nos concierne en particular. La crítica que ha estudiado la obra de nuestro autor es vasta; los temas que se han trabajado con mayor profundidad son, por ejemplo, los símbolos de la luz y el llanto, la poesía profética, León Felipe como traductor, así como reflexiones generales sobre el autor. Como mencionamos, muchos críticos han hablado sobre la influencia del *Quijote* en el poeta zamorano, sobre todo la presencia del hidalgo manchego en su poesía, y todos coinciden en considerarlo el paradigma de la lucha humana por alcanzar un estado superior de existencia; no obstante, ningún crítico, con excepción de José Ángel Ascunce, ha

categorizado al personaje bajo un concepto literario, y él lo hizo desde una perspectiva mítica, no como héroe romántico.

Más adelante, expusimos nuestro marco teórico: las características del héroe romántico con base en la clasificación de Rafael Argullol, además de otros críticos, y la lectura romántica que se ha hecho de la novela cervantina, para lo cual nos basamos en el texto *La concepción romántica del Quijote*, de Anthony Close, con el fin de establecer una comparación entre la lectura romántica del personaje en dicha novela y en las páginas del poeta zamorano.

Tras aplicar las características del héroe romántico en el don Quijote de León Felipe, descubrimos que si bien no son absolutas, sí se presentan en su mayoría. Según la clasificación de Argullol, en *El payaso de las bofetadas* don Quijote sigue específicamente tres caminos: el del superhombre, el del suicida y el de Prometeo; es un superhombre porque se presenta como un ser moralmente superior al resto que se sabe portador de una verdad esencial e incuestionable que debe revelar a los demás, quienes le regresan la burla y lo convierten, así, en un incomprendido; suicida porque busca el sacrificio mayor, la muerte, para pervivir al renacer y alcanzar el anhelo por el que luchó; y Prometeo por el desafío perpetrado a los dioses para arrancar de sus entrañas la luz necesaria para la existencia humana.

Las características románticas que presenta corresponden con la lectura romántica de la novela cervantina; desde esta perspectiva, el héroe está en constante lucha con la realidad, lo que deviene en tragedia, pues los valores absolutos que persigue, principalmente la justicia y, como parte de ella, la belleza, no encajan en el mundo real. Don Quijote encarna estos ideales, por ello es un símbolo y sus aventuras, mitos.

Para Castro, esa lucha debe fincar en una conciencia colectiva de alcance nacional. Como vimos, don Quijote, en las páginas del zamorano, clama por una lucha de todos para alcanzar la realidad ideal, siempre con miras al futuro, evadiendo los obstáculos que se

presentan, ejemplificados en *El payaso de las bofetadas* en el mundo hostil representado por la figura del pescador.

En cuanto a la locura, ambas lecturas coinciden en afirmar que no es tal; la sensibilidad de don Quijote es tan profunda que experimenta con fuerza desmedida –el entusiasmo, la poesía y el ideal en la lectura romántica de la novela; la justicia, esencialmente, en León Felipe– lo que los demás no pueden: la realidad que debe ser, no la que es.

Con la lectura romántica de la generación del 98 comparte, principalmente, la representación del alma española en el héroe manchego, quien persigue los anhelos inmortales de la realidad intrahistórica de España, como pudimos apreciar en el apartado “Don Quijote como suicida”. La historia de don Quijote es, para León Felipe y para la generación, la peregrinación de español y, como extensión, del hombre. Es entonces cuando el zamorano afirma que debe morir para renacer. Lo que León Felipe llama Hispanidad, Unamuno lo define como realidad intrahistórica.

Incluso León Felipe es considerado, como Cervantes, un poeta visionario que guía a la humanidad hacia el idealismo que mira al futuro. Además, la época en que vivió el alcalaíno es considerada por esta crítica como un momento fatídico en la historia de España y el *Quijote* es una alegoría de esa crisis, así como la España de la Guerra Civil y *El payaso de las bofetadas* con León Felipe, que también la representa.

A pesar de todas las características románticas que presenta don Quijote en las páginas del zamorano, carece de una que es fundamental en todo héroe romántico: la derrota. El héroe romántico sabe de antemano que su lucha está perdida y aun así lo mueve una voluntad de acción. En el caso concreto del *Quijote*, la lectura romántica sugiere que la vida del hidalgo manchego avanza inevitablemente en un lento proceso de desencanto, hasta que, al final, pierde sus ideales (a pesar de ello, se nos muestra a un don Quijote moralmente superior a sus adversarios, el *superhombre*). A pesar de que algunos críticos lo afirman (Vegas, 1986a, Huerta-Nava, 2007), en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* don

Quijote no ha fracasado porque mantiene una visión de esperanza con respecto a su lucha; cree que el objetivo se alcanzará en un futuro, quizá lejano, pero seguro. Don Quijote no es, pues, un derrotado¹⁷; sin embargo, en el libro la lucha tampoco ha finalizado, así que tampoco es un victorioso. El héroe actúa en tiempo presente con miras al futuro sin haber llegado a los límites de su lucha. No alcanza a llegar al desencanto porque de todo el proceso de vida del héroe según la visión romántica (vida convencional –Alonso Quijano–, incitación del exterior que transforma su existencia –libros de caballerías–, visión poética del mundo y desencanto), León Felipe nos muestra únicamente la tercera etapa, que es cuando lleva a cabo su lucha por la justicia.

Relacionado con la derrota está uno de los aspectos más característicos del héroe romántico: su carácter trágico, que, en general, se presenta en la derrota del héroe. Aunque lo trágico no se muestre en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* en la derrota, podemos asegurar que sí se presenta, y de manera muy clara, en la contraposición héroe-mundo; el payaso y el pescador; lo heroico vital y necesario, y la indiferencia aplastante: tema central del libro. Sabemos que para los románticos, “la tragedia nace del choque de valores incompatibles” (Tello, 2008, p. 27); por tanto, sí cumple con este aspecto.

Por otro lado, el romanticismo afirma que hay dos etapas en la lucha del héroe; en la primera se equilibran lo trágico y lo heroico; “a cada golpe adverso, a cada nueva certidumbre de mortalidad y escisión, [el héroe] reacciona con vigorosos ejercicios de voluntad” (Argullol, 2008, p. 445); sin embargo, cuando este equilibrio se va venciendo, “el romántico adquiere la certeza –que, en buena parte, le provoca la satisfacción del próximo reposo– de la inevitabilidad de su sacrificio” (Argullol, 2008, p. 445). Afirmamos que don Quijote como superhombre, de León Felipe, se queda en la primera etapa, la del embate constante contra la adversidad; don Quijote-España, por su parte, alcanza la segunda etapa y realiza el sacrificio mayor: la muerte.

¹⁷ En este libro específicamente, pues, por ejemplo, en el poema “Vencidos”, de *Versos y oraciones de caminante* (Felipe, 2010, p. 88), o en “Tampoco soy el gran loco”, de *Ganarás la luz* (Felipe, 2010, p. 517), se muestra un héroe que ha perdido la batalla.

Podría llegar a pensarse que si don Quijote no es un derrotado en *El payaso de las bofetadas*, es un optimista más cercano a lo opuesto neoclásico; sin embargo, afirmamos que nuestro héroe no es un optimista en cuanto a los preceptos del progreso neoclásico, sino en cuanto al progreso humano esencial, en la ascensión debida a la lucha por la justicia. El progreso tras el quiebre y la locura, no el progreso por la razón.

Otra característica romántica que no presenta estrictamente don Quijote en el libro que trabajamos es la lucha meramente individual. A pesar de que algunos críticos afirman que la lucha puede ser colectiva si se trata de un grupo –unido por el mismo motivo– contra la totalidad, el don Quijote de León Felipe clama por la unión del mundo entero, como ya mencionamos, pues sólo así podrá alcanzarse una nueva realidad para el hombre. En el momento presente el héroe manchego está solo, pero confía en que todos los hombres se unan a su causa. Pese a ello, sí presenta un tipo de individualidad y ésta se observa en la fuerte mirada interior del héroe, el desarrollo de la conciencia sobre la situación de miseria humana y los planteamientos éticos que surgen a partir de ésta. Todo este proceso es interior y se refleja en una lucha que, finalmente, servirá para llamar a la colectividad a unirse a ella. Tal característica coincide con la conciencia colectiva en la lectura romántica del *Quijote* que mencionamos anteriormente.

El hecho de que el don Quijote del libro que estudiamos no sea absolutamente romántico se debe a que es un personaje complejo y, por ello, no puede ser analizado únicamente desde una visión. León Felipe reelabora a don Quijote en su poesía a partir de distintos recursos y lecturas; por ello el personaje presenta características románticas, pero también otras que lo identifican con diversas perspectivas literarias y doctrinas, cada una encaminada a cumplir un objetivo en la creación. Pareciera que León Felipe rompe el esquema cuando ya lo agotó y lo que resta no le es de utilidad: don Quijote cumple con la mayoría de las características románticas, excepto la derrota; no puede ser un derrotado porque la finalidad forzosa es alcanzar una nueva realidad; “su palabra profética fue

siempre y es ahora una lección de vida y una promesa de futuro” (Ascunce, 2000, p. 127). Lo mismo para la naturaleza colectiva de la lucha que pregona, que no es una lucha individual –como indican las pautas románticas más estrictas–, pues ésta no llevaría a la consecución de su objetivo: la ascensión del hombre; además, incluso en los mismos románticos decimonónicos hubo contradicciones¹⁸. Como asegura Romeo Tello, “un mismo autor, en un mismo periodo, en una misma obra incluso, puede acusar cualidades y actitudes contrarias y contradictorias. El romanticismo nació llevando en sus entrañas el germen de la ambigüedad” (Tello, 2008, p. 21). Por otro lado, la misma lectura romántica del *Quijote* propone que “don Quijote, el héroe, es el protagonista de un mito; como tal, puede ser reinterpretado libremente (es decir, creado de nuevo) por la posteridad; y la verdad del mito, como la de cualquier acontecimiento o personaje histórico, es el vestigio ideal que deja en la mente de quienes lo reviven” (Close, 2005, p. 186). Así pues, no debe extrañarnos la apropiación que hace el zamorano del héroe manchego.

Un ejemplo más de la adecuación de los moldes en la poesía de León Felipe se presenta en otra de las lecturas que podría darse del don Quijote trabajado a lo largo de su obra; nos aventuramos a decir que este personaje, en el libro que trabajamos y en otros más, es también un héroe asceta, quien mediante el constante sacrificio –simbolizado en el llanto y la sangre, tópicos utilizados constantemente por nuestro autor– será capaz de alcanzar un estado pleno; no obstante, al igual que en el caso de don Quijote como héroe romántico, el don Quijote asceta presenta diferencias con un asceta como tal, pues afirmamos que es un asceta humanizado, con un camino y objetivos humanos también, no divinos. El fin último no es alcanzar a Dios, sino el mismo del don Quijote romántico: sublimar la realidad del hombre. Por eso mismo, y otra similitud con nuestro tema, el sacrificio del héroe asceta en la poesía de León Felipe no debe ser individual –como sería el de un asceta común–, sino colectivo; don Quijote marca el camino. Se presenta, así, un personaje que tiene como base una doctrina filosófica, pero ésta es reelaborada por León Felipe, lo que trae como

¹⁸ Véase el interesante cuadro comparativo entre tipos de romanticismo en Tello, 2008, p. 21.

consecuencia que el personaje presente algunas características de ella, pero no todas son estrictamente iguales a la doctrina original. No ahondaremos en la lectura de don Quijote como héroe asceta en la obra de León Felipe, pues esto es materia de otra investigación. El objetivo de esta mención es únicamente presentar un ejemplo más de las diversas lecturas reelaboradas que pueden darse del mismo personaje en la poesía del zamorano.

Además de lo mencionado, el hecho de que León Felipe no se adhiera a una perspectiva literaria estricta no debe extrañarnos, pues recordemos que una de las características principales de nuestro autor es su originalidad; sin caer en generalizaciones, sabemos que León Felipe no perteneció a ninguna generación o movimiento literario. Esto se extiende específicamente al tema que nos concierne, pues aunque muestra similitudes con la lectura romántica del *Quijote* y con algunos de los autores que retomaron la novela cervantina durante el siglo XX, el héroe manchego, en las páginas del poeta zamorano, es único y está pleno de lecturas posibles. Leer a León Felipe es una tarea compleja. Don Quijote es un personaje nuevo en las páginas del poeta zamorano, amoldado al contexto y las necesidades de su creador.

Como mencionamos anteriormente, *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* fue escrito en 1938, en plena guerra civil española, por ello algunos estudiosos lo ubican como poesía de propaganda, influido sobremanera por el contexto y la vida del autor y, por tanto, carente de valor literario. Guillermo de Torre, a pesar de elogiarlo a nivel humano, menciona que es el libro “más inflamado y panfletario” (Torre, 1964, p. 110), Juan Ramón Jiménez se refiere al zamorano como “el mejor de los de menos importancia” (Alcina, 2012, p. 121) y Luis Felipe Vivanco (Vivanco, 1957) dice que cuando el argumento ideológico hace al ritmo, como en el caso de este libro, la poesía pierde calidad. Víctor García de la Concha, por su parte, asegura que en el libro que trabajamos se desborda la emoción, misma que, según el autor, rebasa a los propios textos (García, 1986), mientras que Cernuda afirma que “acaso lo que de él recuerde más el lector sea precisamente el empuje, el arrojo de «la mano viril» que blandiera el verso, antes que «el docto oficio» del mismo” (Cernuda, 1957, p.150).

Contra ponemos nuestra investigación a estas opiniones; demostramos lo complejo del personaje y la elaboración con que León Felipe lo creó; por tanto, descartamos las críticas a nuestro autor en cuanto a la calidad literaria de esta obra.

Queda mucho por estudiar acerca del gran poeta León Felipe. Esperamos que la presente investigación contribuya con la crítica y sirva como base para investigaciones posteriores.

VI. Apéndice

Crítica a la obra de León Felipe por década. Artículos

Década de 1930

León Felipe publicó su primer poemario, *Versos y oraciones de caminante*, en 1920; sin embargo, el primer artículo dedicado a su obra se publicó en 1933: “Un poema de León Felipe Sobre: *Drop a Star*” (Cuesta, 1933). Cuatro más fueron publicados durante este año: “La ruta de León Felipe” (Obregón, 1935), “León Felipe” (Paz, 1938), “Sobre: el payaso de las bofetadas y el pescador de caña” (Anónimo, 1938) y “Sobre *El hacha*” (Zalcedo, 1939). La mayor parte de ellos tratan sobre un libro en general; no realizan todavía un análisis de los elementos poéticos de nuestro autor.

Década de 1940

En la década de 1940 se publicaron únicamente once artículos. En 1940 se menciona por primera vez el tema de León Felipe como profeta, que será uno de los más abordados por la crítica posterior (Negro, 1940 y Merino, 1947).

El resto de los artículos a los que no tuvimos acceso son “El español del éxodo y del llanto de León Felipe”¹⁹, “Notas: poesía del éxodo y del llanto”²⁰, “Sobre: León Felipe, los lagartos”²¹, “León Bloy y León Felipe”²², “Presencia de León Felipe”²³, “Definición de León Felipe”²⁴ y “Unas horas con León Felipe”²⁵; destaca entre ellos la mención del éxodo y el llanto.

¹⁹ Giner de los Ríos, Francisco (1940). El español del éxodo y del llanto de León Felipe. *España Peregrina*, 1 de febrero, 39-40.

²⁰ Torre, Guillermo de (1941). Notas: poesía del éxodo y del llanto. *Sur*, 76, 100-6.

²¹ Chumacero, Alí (1941). Sobre: León Felipe, los lagartos. *Letras de México*, 3(9), 4.

²² Pardinián Illanes, Felipe (1947). León Bloy y León Felipe. *Estilo*, San Luis Potosí, 6, abril-junio, 74-79.

²³ Martínez Chacón, Elena (1947). Presencia de León Felipe. *Atenea*, Concepción, 87(226), agosto, 165-172.

²⁴ Torre, Guillermo de (1947). Definición de León Felipe. *Escritura*, Montevideo, 1, 25-29.

²⁵ Ledesma, Eduardo (1948). Unas horas con León Felipe. *Letras de Ecuador*, 35-36, junio-julio, 16-23.

Década de 1950

De los artículos que se publicaron durante la década de 1950 pudimos acercarnos a “León Felipe y su ritmo combativo” (Vivanco, 1957), “Saludo a León Felipe” (Paz, 1957) y “Escritores españoles en el destierro: León Felipe” (Arana, 1953).

El primero (Vivanco, 1957) es un análisis formal que habla, en general, sobre el ritmo en nuestro autor; lo contextualiza y expone su importancia; asegura que el ritmo se adecua al contenido: la fórmula prometeica. Habla sobre la postura de León Felipe en la Guerra Civil y da una crítica negativa del poeta porque asegura que cuando el argumento ideológico hace al ritmo, la poesía pierde calidad. Habla, también, del problema del destino humano y la misión del poeta prometeico. Menciona que León Felipe es un poeta romántico.

Por su parte, Octavio Paz (Paz, 1957) hace hincapié en el mensaje de nuestro poeta, en su llamado a luchar por la justicia, y no hay un solo atisbo de crítica literaria. Paz escribe en un tono de identificación con él; exalta su palabra, reniega de quienes no lo escuchan y habla de la universalidad de lo que propone, particularmente de su relación con el mundo hispánico: México y América; además, se incluye en el grupo de los que han escuchado el llamado, de los que lo siguen. El valor del texto radica en el hecho de haber desarrollado el aspecto humano, vital, del mensaje de nuestro poeta.

El texto de José Ramón Arana (Arana, 1953) es únicamente un comentario. Menciona que la poesía de León Felipe es una poesía no pura; destaca, pues, el humanismo. En general, este artículo es más retórica que contenido.

Los artículos a los cuales no tuvimos acceso son “León Felipe en el Hombre”²⁶, “El poeta y el cine”²⁷, “Canto a mí mismo. Variaciones de León Felipe sobre un tema de Walt Whitman”²⁸, “León Felipe y el viento”²⁹, “La poesía y el hombre en un poeta español.

²⁶ Cardona Peña, Alfredo. (1950). León Felipe en el Hombre. *El Nacional*, México, 10 de diciembre.

²⁷ Monterde, Francisco (1952). El poeta y el cine. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 61(1), enero-febrero, 277-279.

²⁸ Alegría, Fernando (1952). Canto a mí mismo. Variaciones de León Felipe sobre un tema de Walt Whitman. *Atenea*, Concepción, 323, 240-258.

²⁹ Cardoña Peña, Alfredo (1955). León Felipe y el viento. En *Pablo Neruda y otros ensayos* (pp. 117-124). México: Andrea.

Entrevista con León Felipe”³⁰, “Exaltación de León Felipe”³¹, “*El ciervo*, testamento literario de León Felipe”³², “Dos textos de León Felipe”³³ y “León Felipe no ha muerto”³⁴. Podemos observar que la crítica empieza a variarse: se toca de nuevo a León Felipe como traductor, se habla de su relación con el cine, comienzan a abordarse temas específicos, hay una entrevista; sin embargo, para esta década ya se había publicado la mayor parte de su obra – que comprende alrededor de quince libros, entre poesía, teatro y traducciones– y apenas comenzaba a estudiarse.

Década de 1960

Para la década de 1960 –León Felipe murió en 1968–, la cantidad de publicaciones dedicadas a nuestro autor aumentó. A pesar de ser considerable el número de artículos durante estos años, sólo pudimos tener acceso a cuatro. El primero se titula “León Felipe y Cuadernos Americanos” (Hérzog, 1963); es únicamente un homenaje al autor, así como el artículo de Juan Rejano (Rejano, 1969), documento que presenta anotaciones a mano del crítico. En el segundo, “León Felipe”, se le compara con Nietzsche; el autor dice que su poesía es “un cruce fecundo del espíritu cristiano-democrático y del espíritu prometeico-zaratústreo” (Sobejano, 1967, p. 612). Además, asume que León Felipe presenta la “aproximación Don Quijote-Superhombre de principios de siglo” (*Ibid.*, p. 613) y asegura que don Quijote supera a Zaratustra. El último artículo es “Poeta del grito, de la luz y del viento” (Carrión, 1968), también un homenaje que presenta un comentario sin análisis. Destaca la idea de que el autor ve a España en León Felipe.

Los artículos a los cuales no tuvimos acceso son “La poesía de León Felipe”³⁵, “León Felipe”³⁶, “Bibliografía de León Felipe”³⁷, “León Felipe, según Azorín”³⁸, “Homenaje a León

³⁰ Selva, Mauricio de la (1955). La poesía y el hombre en un poeta español. Entrevista con León Felipe. *El Nacional*, México.

³¹ Velázquez, Alberto (1956). Exaltación de León Felipe. *Universidad de San Carlos*, Guatemala, 3, 289-293.

³² Castañón, José M. (1958). *El ciervo*, testamento literario de León Felipe. *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 13, noviembre-diciembre, 156-158.

³³ Blajot, Jorge (1959). Dos textos de León Felipe. *Razón y fe*, 159(737), junio, 635-645.

³⁴ Cela, Camilo José (1959). León Felipe no ha muerto. *Papeles de Son Armadans*, 42, septiembre, 227-230.

³⁵ Rius, Luis (1960). La poesía de León Felipe. *México en la Cultura*, 19 de junio.

³⁶ Diego, Gerardo (1962). León Felipe. *Cuadernos de ágora*, 67-70, 5-8.

³⁷ Arenal de Rodríguez, Electa (1963). Bibliografía de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 22(131), 274-291.

³⁸ Aub, Max (1963). León Felipe, según Azorín. *La Cultura en México* (suplemento de *Siempre*), 64, 8 de mayo, 13.

Felipe”³⁹, “Destino de León Felipe”⁴⁰, “León Felipe, el poeta trashumante”⁴¹, “La nueva poesía de León Felipe”⁴², “Interpretaciones de León Felipe”⁴³, “¡Oh, este viejo y roto violín!”⁴⁴, “La piedra, el viento y el ciervo. Tres símbolos parabólicos de León Felipe”⁴⁵, “León Felipe: Oh, este viejo y roto violín”⁴⁶, “¡Oh, este viejo y roto violín!”⁴⁷, “León Felipe”⁴⁸, “León Felipe, poeta no actual”⁴⁹, “El presidente y el poeta. Cuando Díaz Ordaz visitó a León Felipe”⁵⁰, “León Felipe”⁵¹, “León Felipe en Valencia, 1937”⁵², “Fechas de León Felipe”⁵³, “León Felipe: poeta predestinado”⁵⁴, “León Felipe y sus símbolos parabólicos”⁵⁵, “León Felipe, el cronista de Prometeo”⁵⁶, “Poeta del grito, de la luz y del viento”⁵⁷, “León Felipe, poeta de la estrella, del viento y del hombre”⁵⁸, “Entre el hacha y la luz”⁵⁹, “Entrevista con

³⁹ “Homenaje a León Felipe” (1963). *Cuadernos Americanos*, 22(6), noviembre-diciembre, 138-142. [Traducido al italiano por Repetto, Arrigo (1964). *L'Europa Letteraria*, 5(28), abril, 25].

⁴⁰ “Destino de León Felipe” (1964). *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 11(116), abril.

⁴¹ Díez Canedo, Enrique (1965). León Felipe, el poeta trashumante. En *Estudios de poesía española*. (pp. 153-157). México: Joaquín Mortiz y en *Gaceta Literaria*, 88.

⁴² Rius, Luis (1966). La nueva poesía de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 144, 199-211 y en Finisterre, A. (Ed.) (1977). *León Felipe, antología y homenaje*. México: Alejandro Finisterre.

⁴³ Torre, Guillermo de (1968). Interpretaciones de León Felipe. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 265, diciembre, 1 y 10.

⁴⁴ Selva, Mauricio de la (1966). ¡Oh, este viejo y roto violín!. *Cuadernos Americanos*, 25(3), mayo-junio, 268-272.

⁴⁵ Zardoya, Concha (1966). La piedra, el viento y el Ciervo. Tres símbolos parabólicos de León Felipe. *Asomante*, 22(1), 15 de junio, 21-40.

⁴⁶ Reyes Nevares, Salvador (1966). León Felipe: Oh, este viejo y roto violín. *La Cultura en México* (suplemento de *Siempre*), 213, 14.

⁴⁷ Abreu Gómez, Ermilo (1966). ¡Oh, este viejo y roto violín!. *El Heraldo de México*, 7 de marzo.

⁴⁸ Sobejano, Gonzalo (1967). León Felipe. En *Nietzsche en España* (pp. 611-617). Madrid: Gredos.

⁴⁹ Santoja, Manuel C. (1967). León Felipe, poeta no actual. *Índice*, Madrid, 219-220, 39-41.

⁵⁰ Rius, Luis (1967). El presidente y el poeta. Cuando Díaz Ordaz visitó a León Felipe. *Siempre*, 738, 16 de agosto.

⁵¹ Rius, Luis (1968). León Felipe. *La Impresora Azteca*.

⁵² Domingo, José (1968). León Felipe en Valencia, 1937. *Ínsula, revista de letras y ciencias humanas*, 265, diciembre, 7 y 12.

⁵³ Diego, Gerardo (1968). Fechas de León Felipe. *Ínsula. Revista de ciencias y letras humanas*, 265, diciembre, 1.

⁵⁴ Mejic, Senen (1968). León Felipe: poeta predestinado. *Índice*, 237, noviembre, 38-40.

⁵⁵ Zardoya, Concha (1968). León Felipe y sus símbolos parabólicos. En *Poesía del 98 y del 27 (Estudios temáticos y estilísticos)* (pp. 144-202). Madrid: Gredos.

⁵⁶ León Felipe, el cronista de Prometeo. *La Cultura en México* (suplemento de *Siempre*), 30 de octubre, 350, iv-vi.

⁵⁷ Carrión, Benjamín (1968). Poeta del grito, de la luz y del viento. *Cuadernos Americanos*, 6, 153-156 y en *El Gallo Ilustrado* (suplemento de *El Día*), 327, 29 de septiembre, 1-2.

⁵⁸ Morales, Rafael (1968). León Felipe, poeta de la estrella, del viento y del hombre. *La Estafeta Literaria*, 406, 15 de octubre, 9-11.

⁵⁹ Miró, Emilio (1968). Entre el hacha y la luz. *Ínsula*, 265, diciembre, 11 y 14.

León Felipe”⁶⁰, “Conversaciones con León Felipe, poeta de barro y Luz”⁶¹, “Notas del «viejo violín»”⁶², “León Felipe”⁶³, “León Felipe”⁶⁴ y “León Felipe, poeta de la sed”⁶⁵. Podemos ver que aparece por primera vez un repertorio bibliográfico sobre la obra de nuestro autor, así como análisis de aspectos específicos de su poesía.

Década de 1970

Tras la muerte del poeta, en la década de 1970 continuó la crítica. Como era de esperarse, hubo varios artículos en homenaje a León Felipe, con comentarios sobre su vida y obra en general, incluso anecdóticos (Cano, 1974; Finisterre, 1977; *Litoral*, 1977; Sorel, 1979). En todos ellos los autores resaltan la humanidad del poeta.

Asimismo, encontramos un análisis de *Ganarás la luz*, (Villavicencio, 1972) en el cual se menciona la concepción de poesía de nuestro autor, la estructura del libro, el ritmo, los recursos poéticos que utiliza y, en especial, la palabra bíblica. Menciona que en este libro se dice que el hombre debe llorar por la luz. Este libro es, según el crítico, síntesis de su obra⁶⁶.

También se habla sobre *iOh, este viejo y roto violín!*. Se brindan algunos datos (Selva, 1975) y un análisis, donde se expone como uno de sus ejes a don Quijote, que es divinizado (junto con Sancho y Rocinante). Se habla también del antibelicismo místico y de un misticismo sin Cristo.

Por otro lado, resaltan las menciones sobre *Rocinante*, último libro de León Felipe que se publicó (ya fallecido el poeta). Se elaboraron una reseña (Selva, 1970), comentarios (Selva, 1975 y Alvar, 1971) y un análisis básico, en el que se menciona, además de la descripción general del libro, la “quijotidad” de León Felipe, la oposición Góngora-Cervantes y lo humano en su poesía (Luis, 1971). Finalmente, se hace una reseña de su libro *Israel* (Luis, 1971), uno de los menos comentados por la crítica.

⁶⁰ Enbeita, María (1968). Entrevista con León Felipe. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 254, enero, 1, 12 y 13.

⁶¹ Cervera Sanchís, Juan (1968). Conversaciones con León Felipe, poeta de barro y Luz. *Índice*, 263, octubre, 33-36.

⁶² Luis, Leopoldo de (1968). Notas del «viejo violín». *Ínsula*, 265, diciembre, 7 y 10.

⁶³ León Felipe (1968). *Ínsula*, 265, diciembre, 8, 3 y 15. [Reprod. en el número aniversario de *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* (1988), 499-500, julio-agosto, 32].

⁶⁴ Aub, Max (1969). León Felipe. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 265, diciembre, 1 y 15.

⁶⁵ Arana, José Ramón (1969). León Felipe, poeta de la sed. *El Urogallo*, diciembre, 23-28.

⁶⁶ Cabe señalar que otros autores (Martínez, 1987 y Ascunce, 2000) mencionan a *iOh, este viejo y roto violín!* como síntesis de su obra.

A la par de estos comentarios y análisis de obras específicas de León Felipe, encontramos otros artículos que mencionan aspectos generales de su poesía: uno habla del papel del Viento, el poeta como profeta, la poesía de integración colectiva, la ascensión del hombre a una realidad superior, la universalización de su poesía, la figura del héroe y, con éste, don Quijote; el papel de la voluntad, la condición, humana, León Felipe como traductor⁶⁷, la influencia de la Biblia, y dedica un capítulo completo a exponer las similitudes con Unamuno (Alvar, 1971). Otro menciona el anarquismo de León Felipe (Selva, 1975) y uno más su poesía en el contexto del estudio del tiempo y de la historia: de la desventura humana. El último (Rivera, 1973) expone la universalidad de su poesía y la ascensión del hombre –como mencionamos anteriormente– y el cambio de tono. Además, se pregunta qué es la poesía para León Felipe y llega a sus conclusiones analizando la misma poesía de nuestro autor. Asegura que la meta de la poesía es que el hombre se ilumine, vea, para poder alcanzar la perfección. Realiza un recorrido por su poesía y divide en etapas poéticas su creación: la primera etapa poética corresponde a *Versos y oraciones de caminante*; la segunda a *Español del éxodo y del llanto*; y la tercera a *Ganarás la luz*.

Década de 1980

Sin duda, los años en que fue más profusa la producción crítica en torno a nuestro autor fue la década de 1980. Se publicaron dos repertorios de la crítica que hasta entonces se había hecho (Ayuso, 1983 y Ayuso, 1984) y comienzan a hacerse análisis de poemas específicos, que incluyen semántica, sintaxis, retórica, métrica, léxico y temática (Mayoral, 1987; Caja, 1987; Luis, 1986), y de símbolos concretos en su obra, como la noria, el sueño y la Nada (Vegas, 1986g); las interrogaciones (Luis, 1984), la adjetivación, la definición, la soledad, el tiempo, el personaje poético, el mito de Prometeo, y símbolos como el fuego, la luz y las lágrimas (y junto con éstas, la elegía). Germán Guillón (Guillón, 1986) comenta que tras el León Felipe retórico y altisonante está el íntimo, quien intenta trascender la realidad, encontrarle un sentido humano a su poesía.

Sobre la adjetivación, concretamente en *Ganarás la luz*, José Nicolás Romera Castillo (Romera, 1987) asegura que lo humano, lo físico, lo geológico, los personajes... todo lleva adjetivación negativa debida a la lucha constante entre la realidad y el deseo en la obra de

⁶⁷ Hace una crítica positiva de esta faceta de León Felipe.

nuestro autor; se contraponen la luz (futuro) con la sombra (presente). Apunta que lo importante en el análisis del recurso no es lo lingüístico, sino la trascendencia semántica. Finalmente afirma que a pesar del uso de los adjetivos, lo más utilizado son sustantivos y verbos, debido a la intención del discurso: un libro de “mensaje arrebatado”.

En cuanto a la definición, María del Pilar Pueyo Casaus (Pueyo, 1987) nos dice que León Felipe utiliza este recurso para definir “la substancia de algo”. Es un poeta de esencias, más que de formas. Presenta estas definiciones en núcleos temáticos: el dolor, identificación lluvia-llanto y su poder vivificador; la resurrección, toca la idea de ascensión, individual y social; la parábola; el poeta prometeico; y la angustia existencial.

Si hablamos de la soledad, Ignacio Armendáriz (Armendáriz, 1987) afirma que se rodea de términos como tedio, vacío y tristeza, y que está unida a la idea de camino. El poeta busca una salida. Habla sobre la metáfora de la piedra que utiliza León Felipe para hablar de ella. La soledad lo impulsa al diálogo.

El mismo autor (Armendáriz, 1987) habla sobre el tiempo en León Felipe. Lo define como pesado, eterno, inmutable, monótono. Repetición de lo mismo siempre. Como con la soledad, se exige una evasión, una salida. El tiempo es estático, lo cual hace contemporáneos a todos los seres de la historia. Habla sobre la relación entre dolor y tiempo; tiempo-vida-muerte; la angustia de la espera. Dios regaló el tiempo a los hombres.

Sobre el personaje poético (yo lírico), José Ángel Ascunce (Ascunce, 1984a) nos dice que León Felipe crea al “yo héroe lírico”, voz y personaje de su poesía social; el receptor, a su vez, es el “tú-personaje poético”. El contexto que comparten el “yo”, el “tú” y el “él” hace que surja la necesidad de hermandad; surge el “nosotros” y el “todos”. Se marca una evolución de la poética del “yo” a la poética del “nosotros”. El discurso cambia de subjetivismo lírico a expresiones en narración y drama. “En la segunda prevalece la realidad del “nosotros-hombre” orientada a una meta futura” (Ascunce, 1984a, p. 65).

Otro de los recursos que menciona la crítica es el mito de Prometeo. María Dolores de Asís Garrote (Asís, 1987) afirma que, en *Ganarás la luz*, se da una “sintonía de León Felipe con la función atribuida al mito en la época contemporánea” (Asís, 1987, p. 37) y habla de una evolución del mito de Prometeo desde la antigüedad griega hasta la actualidad dentro de la tradición literaria. En León Felipe el mito se correlaciona con la realidad literaria. Se

funden pensamiento y sentimiento para no caer en “un sentimiento puramente objetivo (descripción) o hacia la abstracción filosófica” (Asís, 1987, p. 42). Miguel Nieto Nuño, por su parte, lo menciona brevemente (Nieto, 1987).

En cuanto al símbolo del fuego, Concha Zardoya (Zardoya, 1984) comienza por decir que León Felipe utiliza parábolas, y la parábola del fuego tiene que ver con su creación poética. Habla de un fuego purificador y menciona todos los significados del fuego en su poesía.

Uno de los recursos poéticos más tratados por la crítica es la luz. Miguel Nieto Nuño (Nuño, 1987) comienza por dar un significado de la luz en nuestra cultura y en la religión: sublimidad. De lo anterior toma León Felipe su definición de luz y casi no la modifica. Este símbolo tiene una función nuclear relacionada con ideales platónicos. La luz es contrapuesta con la oscuridad. Para alcanzarla hay que hacer un sacrificio. Hace un recorrido por su poesía analizando este símbolo; menciona varios libros, entre ellos *¡Oh, este viejo y roto violín!* (Don Quijote en “La gran aventura”) y *Rocinante*.

En otro artículo, Serafín Vegas Gonzáles (Vegas, 1986g) habla sobre la luz y el paisaje. Además de analizar brevemente algunos símbolos (ventana, piedra, llanto, luz), asegura que, a pesar de la importancia de la luz en la poesía de León Felipe, éste “pone más acento en el llanto que en la luz”. Don Quijote, paradigma del hombre peregrino, sabe llorar. Hace énfasis en la importancia de la relación entre Castilla y don Quijote.

Sobre las lágrimas, José Ángel Ascunce Arrieta (Ascunce, 1987) asegura que simbolizan “exaltación evocativa” y “postración humana”. Menciona el camino ascético con un fin místico, credo poético doctrinal de León Felipe. El fin es alcanzar, en palabras de Caja, “la trascendencia divina, el mundo de los valores absolutos” en colectividad; León Felipe es un solitario solidario (Caja, 1987, p. 304). Habla del poder aglutinador del agua, de las lágrimas: unión entre los hombres. Los contenidos de los símbolos son universales –al igual que la luz–, no propios del autor, y nos llevan a una doctrina universal también. Don Quijote entra en el “término alegórico” de “lágrimas”.

Junto con las lágrimas, se habla de la elegía. Hortensia Viñes Rueda (Viñes, 1987) comienza por definir el lenguaje, pasa al lenguaje poético y de ahí al lenguaje elegíaco. Asegura que el dolor está presente en toda la obra de León Felipe y tiene distintos matices,

pero su función es salvar al hombre. Tras las generalidades, hace un análisis del poema “¡Qué lástima!”, donde encuentra “dolor moral por una falta fundamental de justicia” (Viñes, 1987, p. 329). Afirma que la función elegíaca no es simple lamentación, pues el fin fundamental del dolor es llegar a la salvación.

Además de los recursos poéticos anteriormente mencionados, un tema que resalta la crítica es la función del poeta y la poesía en León Felipe. María del Pilar Pueyo (Pueyo, 1987) nos dice que para León Felipe la poesía es una búsqueda urgente de Dios, mientras que el poeta es observador e intérprete el mundo. María del Carmen Barrado Belmar (Barrado, 1987), a su vez, hace un estudio profundo del tema, comenzando por un acercamiento léxico-semántico a los términos poeta, poesía, poema, verso y metáfora. No analiza, describe los poemas; ejemplifica con numerosos versos de León Felipe. En cuanto al poeta, expone qué es, su origen, su misión (llorar para la salvación) y las clases de poetas, entre las que se encuentra el poeta prometeico: don Quijote (*El payaso de las bofetadas*) y Rocinante (*Rocinante*). En torno a este punto, Serafín Vegas González (Vegas, 1987e) menciona que don Quijote es el único portador de la fórmula prometeica, la única válida para hacer poesía; destaca la importancia de don Quijote no como símbolo o personaje, sino para su poética. Continuando con la crítica de Pueyo, al hablar de la poesía define qué es, su función y su ubicación. Asimismo, nos dice qué es el poema y cómo nace. Particularmente habla sobre el verso y lo conceptualiza, así como sus sinónimos. Menciona también la Intrépida Metáfora Demiúrgica –recurso definido por nuestro autor– pero no abunda en ésta.

Juan Felipe Villar Dégano (Villar, 1986), por su parte, habla concretamente sobre una poética de superación en León Felipe. Hace un análisis profundo de la poética con un sólido marco teórico. La define como poesía de la dignidad; menciona el contenido simbólico que ayuda a ver la poesía como un medio para cambiar el mundo. Hace notar que los títulos de las obras del poeta zamorano llevan la palabra “poema” y “poeta” infinidad de veces; su poética está en su poesía misma. Como los dos críticos anteriores, Villar menciona la poética prometeica. Su esencia es que nunca pierde la combatividad. Habla también de las dudas existencialistas en León Felipe y su angustia por la ausencia de Dios; destaca, entonces, motivos como el salmo y la blasfemia. Termina por hablar del uso del verso y la

prosa, estructura, ritmo, tono: hace un análisis estructural de los poemas. Concluye que se trata de una estilística al servicio de las ideas. Confirmando esta idea, Julio López (López, 1984) sostiene que se da una interdependencia socioestética en León Felipe y sólo así se le puede comprender, mientras que Manuel Andújar (Andújar, 1986) comenta sobre la vigencia de su poesía por su “insondable actitud ético-estética”.

Otro de los grandes temas que trata la crítica es la ascensión del hombre a un estado superior de existencia. José Ángel Ascunce (Ascunce, 1984b) asegura que con la poesía doctrinal de León Felipe el hombre debe llegar a Dios mediante un camino ascético, y el camino histórico del hombre lo lleva progresivamente a un tiempo suprahistórico. El hombre es el único responsable de su destino. Tras este camino, el último peldaño es la unión con Dios, porque el hombre “habrá alcanzado el universo de los valores absolutos – Amor, Justicia, Belleza, Luz, etc.– principios identificados con la realidad divina. Es decir, el hombre convirtiendo el trabajo en una lucha de conquista, podrá alcanzar la bienaventuranza divina” (Ascunce, 1984b, p. 1). La de León Felipe es una poesía de carácter ético-moral. Sin embargo, hay un divorcio entre teoría y realidad; la doctrina es perfecta, pero la realidad (socio-política e individual) no lo hace posible. “Frente a los valores absolutos, campean a nivel social e histórico los principales de injusticia, ilegitimidad, egoísmo, crueldad, etc.” (Ascunce, 1984b, p. 26). El hombre le habla a Dios para que intervenga, ya que dominan las sombras. Pasa del deísmo al teísmo. A veces se transforma en un problema existencial y, por tanto, en un dilema de fe y agnosticismo. “La gran aventura” que describe León Felipe en *¡Oh, este viejo y roto violín!* nunca termina. Como menciona Ignacio Armendáriz, “entre el nacer y el morir, dolor, sangre, lágrimas” (Armendáriz, 1987, p. 83). Para alcanzar ese estado superior, se necesita del poeta prometeico, anteriormente mencionado: “ese traspaso de un mundo ruín a un mundo noble con el acarreo de todo el riesgo necesario y al más alto precio, es inherente al genio poético prometeico” (Pueyo, 1987, p. 281) y su *Intrépida Metáfora Demiúrgica* (Asís, 1987).

Como se mencionó páginas arriba, el ideal, la Justicia, se busca por medio del grito-blasfemia asociado con don Quijote; el símbolo quijotesco es la clave de su poesía (Vegas, 1986g). Rei Berroa (Berroa, 1986) menciona la justicia y la presencia quijotesca en su obra y en poemas sueltos, mientras que José Paulino Ayuso (Ayuso, 1984c) habla de don Quijote y

el sacrificio colectivo y menciona también la injusticia y habla de Cristo y su sacrificio (debemos recordar que para el poeta zamorano don Quijote se asocia con Cristo). Se habla, entonces, de una perspectiva histórico-social de su poesía (López, 1984). Por ello, Leopoldo de Luis (Luis, 1986) muestra una defensa de la perspectiva ética de la poesía de León Felipe, quien cuida más el contenido digno que las formas y muchas veces cae en lo narrativo, según el crítico.

Por todo lo anterior, León Felipe es asimilado como un poeta-profeta. Manuel Durán (Durán, 1986) habla del tono en su poesía, a veces alto, a veces bajo. Cuando es alto es una voz de profeta. Define qué es profecía y exalta el contenido sobre la forma. Menciona también la justicia relacionada con el fin anteriormente mencionado. Asegura que sus poemas carecen de perfección formal, pero ello no es importante; es un poeta social. José Emilio Pacheco nos dice también por qué es profeta León Felipe (Pacheco, 1986).

Nuestro autor no sólo fue poeta; también dedicó una rama –mucho más breve– al teatro. Sobre esto, Francisco Ynduráin (Ynduráin, 1987) menciona una definición e ideas sobre el teatro en general. Nos brinda información sobre cómo llegó León Felipe al teatro (también se sirvió del cine, la radio y la televisión). Menciona que su teatro no es invención, sino paráfrasis. Hace un análisis de *La manzana*; compara el guion fílmico y la puesta en escena. Menciona la influencia de Galdós. Hace también un análisis de *El juglarón*; habla de la influencia del *Quijote*. Finalmente, hace una comparación de las dos con otras obras teatrales y expone las generalidades de sus paráfrasis de Shakespeare: *Otelo*; *Macbeth (El asesino del sueño)* y *Twelfth Night (No es cordero, que es cordera)*. Afirma que con la paráfrasis se da una pérdida de elementos.

Por su parte, José Paulino Ayuso (Ayuso, 1987) realiza un análisis de personajes, por actante, papel y conjunto de signos; diálogo y acotaciones. Afirma que el juglarón es una “implantación de la Justicia”, pero, distinto a la línea que sigue en su poesía, de manera alegre y hasta pícaro.

A su vez, Hugo Gutiérrez Vega (Gutiérrez, 1984) analiza mediante la “Teoría de la máscara” de Yeats el “histrionismo” de León Felipe en su poesía. Habla del profeta como ser histriónico; comunica la verdad. Menciona los elementos teatrales en su poesía. No

coincide con las ideas estéticas de León Felipe, pero lo admira. El análisis que realiza no es formal.

No sólo con el teatro tuvo una relación cercana nuestro autor, la crítica hace también una mención sobre la influencia del cine. Agustín Sánchez Vidal (Sánchez, 1988) nos cuenta que León Felipe tenía intenciones de filmar su “poema cinematográfico”, pero no lo logró por problemas de índole político en la industria del cine. Le sobreviven, sin embargo, los textos.

Sobre la pintura y León Felipe, menciona algunos poemas que tuvieron esta influencia pictórica (y pocos son los poemas motivados por ella). El primero es “Pie para el niño de Vallecas” (Chen, 2004). El crítico asegura que León Felipe busca una relación de temas en una línea humanística, implicada con el quijotismo. Habla, también, sobre elegías basadas en el *Guernica*, en las cuales se menciona la relación entre el caballo de Picasso y Rocinante bajo la teoría del llanto. El tercero es el *Retrato de un caballero anónimo*, de El Greco. Por su parte, con *El Cristo* de Velázquez humaniza la imagen; el hombre hecho Dios. Identifica su rostro con el suyo, o con el de cualquiera. Por último, habla sobre *El zapatero*, de Van Gogh. El anciano llora, y el llanto es el símbolo de redención para León Felipe.

Mucho se ha hablado en la crítica sobre las influencias de nuestro poeta y su contexto literario. Mientras que Serafín Vegas Gonzáles (Vegas, 1986g) asegura que León Felipe está fuera de toda escuela, Gregorio Salvador Caja (Caja, 1987) afirma que la Biblia, el *Quijote*, *Hamlet* y *El alcade de Zalamea* lo hicieron escribir por primera vez. Germán Guillón (Guillón, 1986), por su parte, complementa con los rasgos románticos⁶⁸, el emblematismo (contracorriente de la poesía moderna), su alejamiento del simbolismo, los escasos ecos modernistas, y asegura que no es parte de la generación del 27. Se vale de lo bíblico, Cervantes, Shakespeare, Whitman, lo hebraico y lo hispánico.

José Emilio Pacheco (Pacheco, 1986) habla sobre la influencia del versículo: comienza por dar sus orígenes y hace un recorrido de este elemento poético por la literatura española.

También se ha hablado sobre el mexicanismo en nuestro poeta. Marielena Zelaya Kolker (Zelaya, 1986) menciona las ideas sobre el mestizaje, el léxico de mexicanismos y

⁶⁸ Sobre los poetas románticos también habla Durán, 1986.

algunos poemas dedicados a mexicanos. Asegura que su poesía es sobre la injusticia (apenas mencionado).

Una de las más grandes influencias que se aprecian en la poesía de León Felipe es España y, en específico, Castilla. Miguel Nieto Nuño (Nieto, 1986e) habla de los sesgos españoles en su poesía: Cervantes, Arcipreste de Hita, La celestina, así como de la pintura: El Greco. Nuestro poeta tiene versos con paisajes manchegos. Serafín Vegas González (Vegas, 1986d), a su vez, asegura que lo que León Felipe se lleva en el exilio es la voz española, específicamente manchega. León Felipe tiene esa voz, se la haya llevado o no. Menciona que don Quijote lloró en Castilla (caballero y paisaje van siempre unidos). En otro artículo, el mismo autor (Vegas, 1986f) dice que León Felipe aprecia la Castilla de don Quijote, elementos unidos al dolor humano para alcanzar la luz, la salvación. “Un orden justo de la realidad que habrá de imponerse” (Vegas, 1986f, p. 169). La luz es la poesía misma; la oscuridad, injusticia. Don Quijote representa la Justicia, venganza y reconquista y necesita el paisaje idóneo para la lucha en el poema “La gran aventura” y “Ángeles”. Afirma que Castilla es paisaje-voz, y salta de lo castellano a lo universal. Esta importancia del paisaje la sitúa en el contexto literario de la generación del 98⁶⁹. Con lo anterior se da una exaltación de espíritu castellano-manchego; los símbolos manchegos representan la esperanza del mensaje de salvación del hombre en la voz de los símbolos cervantinos.

Específicamente sobre la influencia de la Biblia en el poeta zamorano, María del Pilar Palomo afirma que León Felipe habla del texto sagrado de manera vivencial, no erudita. Sus elementos sirven como alegoría para su propia poética; específicamente habla del salmo 18 y el Eclesiastés, sin embargo, tienen una función distinta en su poesía, pues no son vivenciales sino resultado de una lectura ya de adulto. Los pasajes se transforman, a veces hasta de manera textual. Las alusiones bíblicas van cobrando complejidad al avanzar las obras; se cargan de referencias histórico-sociales.

Sobre la relación entre León Felipe y otros autores, Francisco Fuentes Florido (Fuentes, 1984) lo asocia con Blas de Otero en la influencia de la guerra civil española, como en otros poetas de entonces; eso los solidariza en el dolor y la esperanza. Milagros

⁶⁹ Leopoldo de Luis habla también sobre la influencia de la generación del 98 en León Felipe; coincide con Azorín y Manuel Bartolomé Cosío (Luis, 1984, p. 7) y Manuel Andújar comenta sobre sus diferencias con las generaciones del 27 y 98 (Andújar, 1986).

Arizmendi Martínez lo relaciona con Dámaso Alonso, unidos por “la fuerza de la protesta universal” (Arizmendi, 1984, p. 6). Los une la ira y el dolor, la desilusión por ser hombres. A Unamuno lo aproxima la emoción.

Sobre el León Felipe traductor también escribió la crítica. Manuel Mourelle de Lema (Mourelle, 1989) habla de las traducciones de libros de carácter literario; fue traductor de Waldo Frank y de Whitman. Menciona también traducciones de carácter político. Sobre sus traducciones del francés, Luis López Jiménez (López, 1987) comenta que esta etapa no aporta nada sustancial, pero lo complementa. La obra (novela-cuento corto) traducida (*Le Séducteur-El seductor*) no está en la bibliografía de Electa Arenal. Es la única que tradujo del francés. León Felipe hace modificaciones de la obra, en las que muestra el dominio de la lengua española y una variedad de recursos: el poeta vence al traductor. También hay algunos errores e imprecisiones.

En torno a algunas generalidades de su obra, José Paulino Ayuso sostiene que algunos de sus textos “son títulos donde se recoge lo que llamaremos las grandes circunstancias o los procesos colectivos” (Ayuso, 1984c, p. 424), mientras que otros expresan el intimismo, “las pequeñas circunstancias, las que afectan la historia del individuo en su contingente existir” (Ayuso, 1984c, p. 425). Se habla, también, del tono en su poesía (Luis, 1984), que se hace conversacional al final. Serafín Vegas González (Vegas, 1986b) comenta que la poesía de León Felipe muestra una evolución circular.

Además de los artículos que hablan sobre *Ganarás la luz* y que incluimos en los apartados anteriores (Romera, 1987; Asís, 1987), un artículo habla sobre *Versos y oraciones de caminante* y otro sobre *Drop a star* (Ayuso, 1984b). En el primero se comentan la lectura de sus versos en el Ateneo de Madrid, la poesía contra los esteticistas, los temas que aborda el libro, la descripción, el paisaje y la importancia de Almonacid de Zorita. En el segundo se mencionan su historia, las cartas entre León Felipe y Ángel del Río cuando el poeta entregó su obra, la estética de León Felipe, la ausencia de surrealismo –según el poeta–. Se habla sobre “la ideología del texto, presente en el mito de resurrección, ascenso y transformación del hombre que se concreta en la derrota de la injusticia (aspiración profunda, aspecto universal)” (Ayuso, 1984b, p. 3). El crítico menciona los textos de guerra desde esta

perspectiva. José Paulino Ayuso (Ayuso, 1984c), a su vez, habla de la ascensión en *Drop a star*.

Entre los artículos revisados para esta investigación, sobresalen los dedicados a su biografía, homenajes y textos anecdóticos (Gómez, 1984; Andújar, 1984; Berroa, 1986; Malagón, 1987; Nieto, 1986a; Nieto, 1986e; Giner, 1987; Granados, 1988).

Los artículos a los cuales no tuvimos acceso son “León Felipe: «Nadie fue ayer»”⁷⁰, “León Felipe en su centenario: historia de una recepción”⁷¹, “León Felipe, un juglar desterrado de su patria”⁷², “León Felipe”⁷³, “Las metáforas del dinamismo en León Felipe”⁷⁴, “Áreas temáticas en la obra de León Felipe”⁷⁵, “Taibo y León Felipe”⁷⁶, “Aproximación a la poesía de León Felipe”⁷⁷, “El centenario de León Felipe”⁷⁸, “El violín de León Felipe”⁷⁹, “León Felipe”⁸⁰, “España en León Felipe: de la tierra al mito”⁸¹, “Rocinante o la fijación de un poeta”⁸², “España en la poesía de León Felipe”⁸³, “León Felipe, la poesía de guerra como tragedia de la soledad”⁸⁴, “León Felipe, poeta de barro de Luis Rius”⁸⁵, “León Felipe o el poeta del ser de España”⁸⁶, “Azorín y León Felipe ante Don Quijote”⁸⁷, “Recuerdos de León

⁷⁰ Mayoral, Marina (1982). León Felipe: «Nadie fue ayer». En *Análisis de textos. Poesía y prosa españolas* (pp. 128-134). Madrid: Gredos.

⁷¹ Ascunce, José Ángel (1983). León Felipe en su centenario: historia de una recepción. *Mundaiz*, 26, julio-diciembre, 2-II.

⁷² Des Alonso, L. José (1983). León Felipe, un juglar desterrado de su patria. *Primer Acto*, 201, noviembre-diciembre, 40-42.

⁷³ Couland-Maganuco, Anne-Marie (1983). León Felipe. En *Censo de escritores al servicio de Asturias y otros estudios bibliográficos* (pp. 143-160). Madrid: CSIC.

⁷⁴ Peyrègne, F. (1983). Las metáforas del dinamismo en León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 249(4), julio-agosto.

⁷⁵ Villar Dégano, Juan Felipe (1983). Áreas temáticas en la obra de León Felipe. *Letras de Deusto*, 13, 31-50.

⁷⁶ Fuente, Adela (1983). Taibo y León Felipe. *Primer Acto*.

⁷⁷ Ridao, José María (1984). Aproximación a la poesía de León Felipe. *A distancia*, 5, 10-11.

⁷⁸ Santos Ruiz, Don Ángel (1984). El centenario de León Felipe. Discurso en la Real Academia de Farmacia, Madrid.

⁷⁹ Villar, Arturo del (1984). El violín de León Felipe. En *El viejo pobre poeta prodigio León Felipe* (pp. 65-100). Madrid: Los Libros de Fausto.

⁸⁰ Hernández, Ramón (1984). León Felipe. *República de las Letras*, 10, abril.

⁸¹ Miró, Emilio (1984). España en León Felipe: de la tierra al mito. En *El viejo pobre poeta prodigio León Felipe* (pp. 37-63). Madrid: Los Libros de Fausto.

⁸² Villar Dégano, Juan Felipe (1984). Rocinante o la fijación de un poeta. *Zurgai*, Bilbao, 12, julio, 16-18.

⁸³ Fernández Gutiérrez, José María (1984). España en la poesía de León Felipe. *Los cuadernos del Norte*, 27.

⁸⁴ Luis, Leopoldo de (1984). León Felipe, la poesía de guerra como tragedia de la soledad. En *El viejo pobre poeta prodigio León Felipe* (pp. 13-35). Madrid: Los Libros de Fausto.

⁸⁵ Xirau, Ramón (1985). León Felipe, poeta de barro de Luis Rius. *Letras Libres*, mayo, 39-40.

⁸⁶ Alfredo, A. Roggiano (1986). León Felipe o el poeta del ser de España. *Cuadernos Americanos*, 266(3), 184-192.

Felipe”⁸⁸, “León Felipe”⁸⁹ y “Voice and Performance in the Civil War Poetry of León Felipe: El hacha”⁹⁰.

Década de 1990

De la década de 1990 únicamente tuvimos acceso a seis artículos. El primero (Fernández, 1991) hace un análisis del símbolo de la luz, que indica siempre un camino de ascensión en la realidad humana y a la cual se llegará mediante el llanto.

El segundo artículo, de Alejandro Finisterre (Finisterre, 1992), está incompleto. Habla de los orígenes de la revista *Cuadernos Americanos*.

María Luisa Capella (Capella, 1995) habla de la importancia de la transformación humana en la poesía de León Felipe y difiere de las opiniones vertidas por críticos que aseguran que es un poeta anclado únicamente a su circunstancia histórica. La lucha que busca León Felipe es humana y universal.

Francisco Lobera (Lobera, 1996) sitúa a León Felipe en su contexto literario y afirma que no pertenece a ninguna generación. Es independiente, solitario. Menciona la poética de nuestro autor, que es una poética del “sueño”.

En el quinto (Chen, 1998) se habla sobre *Rocinante*, uno de los libros menos estudiados por la crítica. En este texto, Jorge Chen Sham habla sobre poesía y vida en el texto y sobre el quijotismo. Sostiene que por gracia de don Quijote, Rocinante adquiere sus virtudes. Resalta la importancia del nombre.

Joseph Deters (Deters, 1999) comenta sobre *Ganarás la luz*, libro que contiene una reelaboración de su poesía anterior, de la cual hace un repaso. Comenta que lo histórico en su poesía “disminuye y cambia” con *Ganarás la luz* y menciona el uso de símbolos universales (pasa de don Quijote –plenamente español– a Jonás y Prometeo –bíblicos, más universales–). El tono severo que venía presentándose en libros anteriores se suaviza.

⁸⁷ Fernández Gutiérrez, José M^a (1986). Azorín y León Felipe ante Don Quijote. *Actes du premier colloque international “José Martínez Ruiz (Azorín)”*, 267-278.

⁸⁸ Malagón, Javier (1986). Recuerdos de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 45, 266(2), mayo-junio, 158-161.

⁸⁹ Aub, Max (1988). León Felipe. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 499-500, 32.

⁹⁰ Pérez, Genaro J. (1988). Voice and Performance in the Civil War Poetry of León Felipe: El hacha. *Hispania*, 71(2), 235-241.

Los artículos a los cuales no tuvimos acceso son “León Felipe, la poesía como profecía”⁹¹, “El mundo cervantino descubierto por León Felipe”⁹², “The Failed Ideal in Leon Felipe’s Poetry of the Spanish Civil War”⁹³, “Lorca y León Felipe: de Drop a Star a Poeta en Nueva York”⁹⁴, “El camino de León Felipe: de la Alcarria al mundo”⁹⁵, “El mito de Prometeo en León Felipe”⁹⁶, “Due traduzioni per una polemica: León Felipe e Borges traduttori di Whitman”⁹⁷, “Walt Whitman-León Felipe, ¿intemporalidad?”⁹⁸, “León Felipe y el Dr. Camino (dos hermanos ante España y la locura)”⁹⁹, “Evolución de la fábula de Aviano (del Alexandre a León Felipe)”¹⁰⁰, “La metamorfosis de una imagen en la poesía de León Felipe”¹⁰¹ y “El hombre redivivo: el poeta Jonás y su camino de aprendizaje en León Felipe”¹⁰².

A partir del 2000

A partir del 2000, pudimos reseñar trece artículos. Daniel Pacheco (Pacheco, 2002) recoge las opiniones de varios críticos, expuestas en *León Felipe visto por 100 autores*.

Por su parte, Mary Sananes escribe un artículo homenaje a nuestro autor, donde comenta que no ha sido lo suficientemente valorado y que el humanismo en su poesía es lo

⁹¹ Durán, Manuel (1990). León Felipe, la poesía como profecía. En *La ínsula sin nombre* (Homenaje a Nilita Vientos Gastón, José Luis Cano y Enrique Canito) (pp. 53-59). Madrid: Orígenes.

⁹² Smerdou Altolaquirre, Margarita, Cano Campos, Concepción, Ballesteros Dorado, Ana Isabel, Paulino Ayuso, José (1990). El mundo cervantino descubierto por León Felipe. En *El descubrimiento de nuevos mundos: XXIV Congreso Internacional Univ'91* (pp. 125-135). Madrid: Universidad Complutense.

⁹³ Costa, Luis F. (1990). The Failed Ideal in Leon Felipe’s Poetry of the Spanish Civil War. En Pérez, J. y Aycock, W. (Eds.), *The Spanish Civil War in Literature* (pp. 139-148). Texas: Tech Univeristy Press.

⁹⁴ Hernández Fernández, M^a Teresa (1992). Lorca y León Felipe: de Drop a Star a Poeta en Nueva York. *Tropelias: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 3, 69-77.

⁹⁵ Ferrán, Jaime (1993). El camino de León Felipe: de la Alcarria al mundo. *Actas del I Congreso de Caminería Hispánica*, 2, (Caminería histórica y literaria), 453-462.

⁹⁶ Nieto Nuño, Miguel (1994). El mito de Prometeo en León Felipe. En Gómez Canseco, Luis María (Ed.), *Las formas del mito en las literaturas hispánicas del siglo XX* (pp. 163-180). Huelva: Universidad de Huelva.

⁹⁷ Cipolloni, Marco (1995). Due traduzioni per una polemica: León Felipe e Borges traduttori di Whitman. *Atti del XVI Convegno dell’Associazione degli Ispanisti Italiani*, 171-186.

⁹⁸ Ballyn, S. (1995). Walt Whitman-León Felipe, ¿intemporalidad?. *Anuario de Filología*, Barcelona, 11, 115-123.

⁹⁹ Ponce, Javier Bandrés y Llavona Uribebarrea, Rafael (1996). León Felipe y el Dr. Camino (dos hermanos ante España y la locura). *Cuadernos Republicanos*, 26, 55-64.

¹⁰⁰ Fradejas Lebrero, José (1997). Evolución de la fábula de Aviano (del Alexandre a León Felipe). *Revista canadiense de estudios hispánicos*, 21(3), 559-566.

¹⁰¹ Pellicer, Juan (1997). La metamorfosis de una imagen en la poesía de León Felipe. En Laughe Hansen, H. (Coord.), *La metáfora en la poesía hispánica, (1885-1936)*. Actas del Simposio celebrado en la Universidad de Copenhague (25 y 26 de septiembre de 1996) (pp. 123-140). Sevilla: Alfar.

¹⁰² Chen Sham, Jorge (1999). El hombre redivivo: el poeta Jonás y su camino de aprendizaje en León Felipe. *Letras de Deusto*, 29(84), julio-septiembre, 235-244.

más valioso y sobrepasa los límites de la estética. Necesita ser escuchado. El artículo está dividido en capítulos poéticos. Muestra un esbozo biográfico y de su obra. Resalta la necesidad de buscar un camino para mejorar la realidad del hombre. Otros tres artículos son anecdóticos y de homenaje (Turiel, 2004; Cadenas 2006; Alatríste, 2006).

El artículo de Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez (Pedraza y Rodríguez, 2004) se divide en: síntesis biográfica; perfil humano; introducción al estudio de su obra: caudal literario y trayectoria, concepción de la poesía, el tema de España, dimensión religiosa y existencial, forma métrica, rasgos estilísticos; obras de la primera época: *Versos y oraciones de caminante*, *Drop a star*; obras de la guerra y la inmediata posguerra: tres alegatos de guerra, poemas de la derrota; etapa de plenitud del exilio: *Ganarás la luz*, otras obras; últimos libros: *El ciervo* y *Cuatro epígrafes y un colofón*; *¡Oh, este viejo y roto violín!* y *Rocinante*. Habla en torno a estudios importantes sobre su obra. En cuanto a nuestro tema, menciona apenas a don Quijote y describe *El payaso de las bofetadas* y *el pescador de caña*, pero no analiza.

José María Balcells (Balcells, 2004) habla específicamente sobre el tema del salmo en la obra de nuestro poeta que, como bien sabemos, presenta una fuerte influencia religiosa, como ya ha tratado Margarita Murillo en *León Felipe. Sentido religioso de su poesía*. El poeta zamorano relaciona el salmo con las nanas castellanas y éstas, a su vez, con la blasfemia, recurso común en su poesía. En este sentido, el crítico lo compara con Lorca. León Felipe utiliza el salmo para dialogar con Dios.

Juan Manuel Medrano (Medrano, 2015) también vuelve al tema religioso estudiado desde el tema del exilio y lo dramático. El crítico afirma que tal influencia puede apreciarse tanto en la retórica como en lo ético de su poesía. Asimismo, asegura que el cervantismo en León Felipe es casi una religión; por tanto, alude a nuestro héroe manchego en un apartado corto nombrado “Don Quijote como religión española”, donde lo menciona como una de las figuras más mencionadas en la poesía de León Felipe, cuya función es la del gran héroe redentor de España.

José M. Águila (Águila, 2005) habla sobre la influencia de Walt Whitman en León Felipe, que proviene originalmente de Emerson. La línea principal de esta influencia es perseguir un ideal. “Para ambos autores el impulso interior encuentra un reflejo en el mundo exterior, real, aunque no siempre “realista”, ya que se trata de llegar a un ideal de

libertad, convivencia y tolerancia total, de democracia universal” (Águila, 2005, p. 2). La de los dos es, además, una voz colectiva. Siempre se buscará una nueva realidad. “El poeta conocedor de “la belleza y de la santidad de lo demostrable” abandona los mitos convencionales de la poesía tradicional, estructura “sólidas y hermosas formas para el futuro”, y entrega a sus compatriotas arquetipos nativos de la imaginación y maneras instintivas para responder y para sentir los cuales han de dar coherencia a una nueva y todavía no formada civilización” (Águila, 2005, p. 6). Hace hincapié en el sacrificio en pos de la purificación. “Frente a esa realidad formal, la caudalosa poesía de León Felipe presenta un valor de canto de catástrofe, en su sentido de purificación por el dolor. Es una poesía de acento humanista siempre, matizada con un idealismo utópico” (Águila, 2005, p. 13).

Pérez Marsilla (Pérez, 2013) habla también acerca de su faceta como traductor y se enfoca en particularidades; analiza varias palabras específicas y la traducción que nuestro poeta hizo, tras lo cual afirma que, a pesar de que algunas veces trata de apegarse al original, constantemente busca el pretexto para plasmar su propio pensamiento enmarcado en la poesía de Whitman, o elabora elementos retóricos para dar rienda suelta a su creatividad.

José Servera (Servera, 2007) habla en torno a la importancia del mito en la poesía de nuestro autor, que utiliza siempre como cauce para verter sus ideas sociales.

Simone Trecca (Trecca, 2010), por su parte, toca una vez más la obra más estudiada de nuestro autor, *Ganarás la luz*, además de *Español del éxodo y del llanto*; sin embargo, los aborda desde una perspectiva nueva para la crítica: la intertextualidad. Divide su estudio en tres doctrinas fundamentales: de la muerte, del éxodo y de la encarnación.

Finalmente, el texto de Domingo Fernández (Fernández, 2011) hace un comentario al poema “¡Qué lástima!”, que aparece en *Versos y oraciones de caminante*. No analiza, únicamente describe el poema y enfatiza algunas de sus características.

Los artículos a los cuales no tuvimos acceso son “Almonacid de Zorita, el pueblo donde fue boticario León Felipe”¹⁰³, “León-Felipe, la senda del humanismo utópico”¹⁰⁴,

¹⁰³ Fernández Pombo, Alejandro (2001). Almonacid de Zorita, el pueblo donde fue boticario León Felipe. *Pliegos de Rebotica*, 67, julio-septiembre.

¹⁰⁴ Alonso Martínez, Luis Guillermo (2001). León-Felipe, la senda del humanismo utópico. *Sal terrae: Revista de Teología Pastoral*, 89(1048), 719-735.

“León Felipe, el boxeador”¹⁰⁵, “Una traducción polémica: León Felipe ante la obra de Whitman y Shakespeare”¹⁰⁶, “El hombre y Dios en la poesía de León Felipe”¹⁰⁷, “León Felipe sigue vivo (aproximaciones generales a su persona a través de sus versos)”¹⁰⁸, “La visión profética de León Felipe: del éxodo a la tierra prometida”¹⁰⁹, “León Felipe y el viento: ensayo de interpretación simbólica”¹¹⁰, “Dos cartas de León Felipe a María Zambrano”¹¹¹, “Un dato sobre León Felipe: la orla de su licenciatura en Farmacia”¹¹², “León Felipe, Cristo y la Cruz”¹¹³ y “León Felipe, farmacéutico y poeta”¹¹⁴, “Walt Whitman: Borges vs. León Felipe”¹¹⁵, “Correspondencias artísticas en la obra de León Felipe: pintura y poesía”¹¹⁶, “Un prólogo inédito de Max Aub sobre León Felipe”¹¹⁷, “León Felipe frente a los discursos históricos y a sus fabulaciones”¹¹⁸, “Una versión dramática desconocida y un estreno olvidado de León Felipe: *Que no quemem a la dama*”¹¹⁹, ““Las cosas como son”: escritura

¹⁰⁵ Rosenzvaig, Eduardo (2002). León Felipe, el boxeador. *Revista de la Casa de las Américas*, 229, 113-117.

¹⁰⁶ Frau, Juan (2002). Una traducción polémica: León Felipe ante la obra de Whitman y Shakespeare. *Hermeneus: Revista de la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria*, 4, 33-70.

¹⁰⁷ Arroyo, Margarita y Fernández Nieto, José María (2003). El hombre y Dios en la poesía de León Felipe. (Discurso leído el día 28 de junio de 2003 en su recepción pública). Valladolid: Azul.

¹⁰⁸ Río Canas, Guillermo del (2004). León Felipe sigue vivo (aproximaciones generales a su persona a través de sus versos). *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 21, 257-280.

¹⁰⁹ Jato, Mónica (2004). La visión profética de León Felipe: del éxodo a la tierra prometida. *El lenguaje bíblico en la poesía de los exilios españoles de 1939* (pp. 71-128). Kassel: Reichenberger.

¹¹⁰ Galindo, Miguel (2005-2006). León Felipe y el viento: ensayo de interpretación simbólica. *Letras peninsulares*, 18(3), 305-325.

¹¹¹ Peinado Elliot, Carlos (2006). Dos cartas de León Felipe a María Zambrano. En Aznar Soler, M. (Coord.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (pp. 647-653). Sevilla: Renacimiento

¹¹² Collado Prieto, Ana María (2006). Un dato sobre León Felipe: la orla de su licenciatura en Farmacia. *Alcalibe: revista Centro Asociado a la UNED* (Ejemplar dedicado a Talavera de la Reina), 6, 307-312.

¹¹³ Herrera Guido, Rosario (2007). León Felipe, Cristo y la Cruz. *La Jornada* (Michoacán), 7 de abril.

¹¹⁴ Paredes Salido, F. (2007). León Felipe, farmacéutico y poeta. *El Farmacéutico*, 369, febrero, 89-91.

¹¹⁵ Zaro Vera, Juan Jesús (2009). Walt Whitman: Borges vs. León Felipe. *El Maquinista de la generación*, 17, 170.

¹¹⁶ Ayuso, P. (2010). Correspondencias artísticas en la obra de León Felipe: pintura y poesía. En Cabañas Bravo, Miguel, Fernández Martínez, Dolores, Haro García, Noemí de y Murga Castro, Idoia (Coords.), *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939* (pp. 243-260). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

¹¹⁷ Aznar Soler, Manuel (2010). Un prólogo inédito de Max Aub sobre León Felipe. *El Correo de Euclides. Anuario científico de la Fundación Max Aub*, 5, 113-125.

¹¹⁸ Pérez Bowie, José Antonio (2012). León Felipe frente a los discursos históricos y a sus fabulaciones.

Laberintos: revista de estudios sobre los exilios culturales españoles, 14, 226-234.

¹¹⁹ Ayuso, P. (2012). Una versión dramática desconocida y un estreno olvidado de León Felipe: *Que no quemem a la dama*, *Anales de la literatura española contemporánea*, 2, 379-398.

autobiográfica y compromiso histórico en Miguel Hernández, Max Aub y León Felipe”¹²⁰, el apartado sobre León Felipe en *Censura y teatro del exilio*¹²¹, “Lázaro Cárdenas mira con lágrimas en los ojos a Ramón Gaya y León Felipe”¹²², “León Felipe, o la fidelidad a sí mismo”¹²³, “La obra dramática de León Felipe”¹²⁴, “León Felipe: de Tábara a México, un viaje con demasiadas lágrimas en el viento”¹²⁵, “Lágrimas sobre el viento”: a partir de la obra poética de León Felipe”¹²⁶, “Lágrimas sobre el viento”, un homenaje a León Felipe”¹²⁷, “León Felipe, bibliotecario y poeta del éxodo”¹²⁸, “Estrenos de León Felipe”¹²⁹ y “La obra de creación dramática de León Felipe”¹³⁰.

Desde aspectos estilísticos hasta profundidad filosófica, la crítica en torno al gran poeta León Felipe es abundante y no tenemos duda de que continuará. Conocemos las deficiencias que presenta este panorama bibliográfico y esperamos que, con el tiempo, sea retomado y completado.

¹²⁰ Bagué Quílez, Luis (2013). "Las cosas como son": escritura autobiográfica y compromiso histórico en Miguel Hernández, Max Aub y León Felipe. En Iruvreda Valea, A. (Ed.), *Políticas poéticas: de canon y compromiso en la poesía española del siglo XX* (pp. 113-152). Madrid: Iberoamericana.

¹²¹ Muñoz Cáliz, Berta (2010). *Censura y teatro del exilio. Incidencia de la censura en la obra de siete dramaturgos exiliados: Pedro Salinas, José Bergamín, Max Aub, Rafael Alberti, León Felipe, José Ricardo Morales y Ramón J. Sender*. Murcia: Editum.

¹²² Grande, Félix (2013). Lázaro Cárdenas mira con lágrimas en los ojos a Ramón Gaya y León Felipe. *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, 131, 71-80.

¹²³ Vázquez Alonso, Mariano José (2013). León Felipe, o la fidelidad a sí mismo. *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, 131, 81-90.

¹²⁴ López Antuñano, José Gabriel (2015). La obra dramática de León Felipe. *Nueva revista de política, cultura y arte*, 155, 75-79.

¹²⁵ García, Ignacio (2015). León Felipe: de Tábara a México, un viaje con demasiadas lágrimas en el viento. *Nueva revista de política, cultura y arte*, 155, 80-82.

¹²⁶ López Antuñano, José Gabriel (2015). "Lágrimas sobre el viento": a partir de la obra poética de León Felipe. *Nueva revista de política, cultura y arte*, 155, 83-127.

¹²⁷ Amestoy, Ignacio (2015). "Lágrimas sobre el viento", un homenaje a León Felipe. *Nueva revista de política, cultura y arte*, 155, 70-71.

¹²⁸ Honorio Penadés de la Cruz, Honorio. (2015). León Felipe, bibliotecario y poeta del éxodo. *Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario*, 43, 66-70.

¹²⁹ Ayuso, P. Estrenos de León Felipe. En Heras, Juan P. y Ayuso, P. (Coords.), *El exilio teatral republicano de 1939 en México* (pp. 231-245). Sevilla: Renacimiento.

¹³⁰ Ascunce, José Ángel (2015). La obra de creación dramática de León Felipe. En Heras, Juan P. y Ayuso, P. (Coords.), *El exilio teatral republicano de 1939 en México* (pp. 205-230). Sevilla: Renacimiento.

VII. Fuentes de consulta

Bibliografía directa

Felipe, León (1993a). *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*. Madrid: Visor.

----- (1993b). *¡Oh, este viejo y roto violín!*. Madrid: Visor.

----- (1983). *Bardo peregrino*. México: Nueva Imagen.

----- (2010). *Obras completas*. Edición de Paulino Ayuso. Madrid: Visor.

Fuentes citadas

Alberti, Rafael (1976). A León Felipe, en su homenaje. *El País*, 4 de mayo de 1976. Recuperado de: http://elpais.com/diario/1976/05/04/opinion/200008802_850215.html (22 de enero de 2015).

Alcina, P. (2012). *El extraño equipaje de Lisa Artay*. Sevilla: Punto Rojo.

Argullol, Rafael (2008). *El héroe y el Único. El espíritu trágico del Romanticismo*. Barcelona: Acantilado.

Águila Gómez, José M. (2005). La ficción suprema del yo: Influencia de Walt Whitman en León Felipe. *Espéculo*, 29, s/p.

Aguirre, Joaquín Ma. (1996). Héroe y sociedad. El tema del individuo superior en la literatura decimonónica. *Espéculo*, 3, junio, s/p. Recuperado de: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero3/heroeh.htm> (19 de enero de 2016).

----- (s/f). Los héroes de papel y el papel de los héroes. *Revista de Estudios de Juventud*, 96, marzo, 87-103. Recuperado de: http://www.injuve.es/sites/default/files/2012/45/publicaciones/Revista96_5.pdf (19 de enero de 2016).

Armendáriz, Ignacio (1987). La soledad y el tiempo en León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 75-95). Madrid: Universidad Complutense.

Ascunce, José Ángel (1984a). El personaje poético en la poesía social. León Felipe como ejemplo. *Letras de Deusto*, 14(30), 49-65.

----- (1984b). León Felipe o el dilema de un poeta: ¿Deísmo o teísmo?. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, julio-agosto, 1-26.

----- (1987). Las "lágrimas" como símbolo poético y símbolo doctrinal en la poesía de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 13-29). Madrid: Universidad Complutense.

----- (2000). *León Felipe: trayectoria poética*. México: FCE.

Asís Garrote, María Dolores de (1987). El mito de Prometeo en *Ganarás la luz*. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 31-54). Madrid: Universidad Complutense.

Ayala, Francisco (1965). *España a la fecha*. Buenos Aires: Editorial Sur.

Batra, Agustí (1987). Homenaje a León Felipe en sus ochenta años. Recuperado de: http://biblioteca.itam.mx/estudios/letras11/coloq4/sec_1.html (22 de abril de 2014).

Blanch, Antonio (1984). La generación del 27 y la estética cubista. En Rico, F. (Dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. (Vol. VII: *Época contemporánea (1914-1939)*). Por Víctor García de la Concha, con la colaboración de Francisco Javier Blasco, Miguel García-Posada y Agustín Sánchez Vidal) (p. 279). Barcelona: Crítica.

Broué, Pierre y Témime, Emile (1979). *La revolución y la guerra de España*. México: FCE.

Brown, Gerald G. (2002). *Historia de la literatura española*. (Tomo 6, parte I: *El siglo XX. Del 98 a la Guerra Civil*). Barcelona: Ariel.

Caja, Gregorio Salvador (1987). León Felipe, "Romero solo". En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 301-310). Madrid: Universidad Complutense.

Cernuda, Luis (1957). *Estudios sobre poesía española contemporánea*. Madrid: Guadarrama.

Clark, George (s/f). El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable, 1-23. Recuperado de: http://www.academia.edu/2115907/El_heroe_tragico_romantico (30 de julio de 2013).

Close, Anthony (2005). *La concepción romántica del Quijote*. Barcelona: Crítica. [Título original: *The Romantic Approach to «Don Quijote»*].

Frau, Juan (2002). *La teoría literaria de León Felipe*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Gutiérrez Sesma, Julio (1987). El quijotesco peregrinar de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 97-108). Madrid: Universidad Complutense.

Henestrosa, Andrés (2001). La estatua de León Felipe (pp. 83-86). En *La otra Nueva España*. Toledo: Universidad de Castilla-La Mancha / México: Porrúa.

Huerta-Nava, Raquel (2007). *Por la manchega llanura. La influencia de Quijote en la poesía de León Felipe*. Guanajuato: Centro de Estudios Cervantinos.

Marco, Joaquín (1986). La obra de León Felipe en el contexto de la poesía española. *Scriptura*, 1, 25-35. Recuperado de:
<http://www.raco.cat/index.php/Scriptura/article/view/94149/142444> (17 de diciembre de 2015).

Paredes Salido, Fernando (2014). Hablando con el gran poeta-boticario León Felipe. *Aula de Farmacia*, 104, septiembre-octubre, 64-66. Recuperado de:
<http://www.auladelafarmacia.com/resources/files/2015/2/27/1425037699965dialogo2.pdf> (21 de enero de 2015).

Pueyo Casaus, María del Pilar (1987). El poder de la definición en León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 271-283). Madrid: Universidad Complutense.

Rius, Luis (1968). *León Felipe. Poeta de barro*. México: Málaga.

Sánchez, Alberto (1984a). Cervantismo y quijotismo en León Felipe. *Anales Cervantinos*, 22, 181-198.

----- (1984b). Los ensayos cervantinos de León Felipe. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, 4.

Vegas González, Serafín (1986a). Don Quijote. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe. Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 105-120). Castilla-La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de las Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986b). Castilla-La Mancha y don Quijote como filtros de la originalidad de la poesía de León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe. Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 151-164). Castilla-La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986c). El tema del hombre y de la justicia en la poesía y en el pensamiento de León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe. Homenaje de*

Castilla-La Mancha a León Felipe (1986c). Castilla-La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Siebenmann, Gustav (1973). *Los estilos poéticos en España desde 1900*. Versión española de Ángel San Miguel. Madrid: Gredos (Biblioteca románica hispánica II. Estudios y ensayos, 183. Dirigida por Dámaso Alonso). [Título original: *Die moderne lyrik in Spanien*].

Sobejano, Gonzalo (1967). León Felipe. En *Nietzsche en España* (pp. 611- 617). Madrid: Gredos.

Tello Arista, Romeo (2008). Panorama general del romanticismo. En Reyes Heróles, F. (Ed.), *Entre la redención y el delirio. Regreso a Los miserables* (pp. 15-33). México: UNAM.

Zurdo, David y Ángel Gutiérrez (2005). *La vida secreta de Franco*. Madrid: Edaf.

Fuentes consultadas

Alatríste, Selatíel (2006). Un poeta iluminado. *Revista de la Universidad de México*, 31, 107-108. Recuperado de: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/3106/pdfs/107-108.pdf> (24 de enero de 2016).

Alvar, Manuel (1971). León Felipe. En *Estudios y ensayos de literatura contemporánea* (pp. 343-381). Madrid: Gredos.

Andújar, Manuel (1986). Apuntes sobre León Felipe. *Cuadernos Americanos*, segunda época, 266(2), mayo-junio, 139-147.

----- (1984). Una resonancia de León Felipe. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, julio-agosto, 5.

Anónimo (1938). Sobre: el payaso de las bofetadas y el pescador de caña. *Ultra*, 5(29), 479.

Antología Caballo de Fuego (1952). *La poesía del siglo XX en América y España*. Buenos Aires: Ediciones de la revista Caballo de Fuego.

Arana, José Ramón (1953). Escritores españoles en el destierro: León Felipe. *Humanismo*, 7-8, enero-febrero.

Arizmendi Martínez, Milagros (1984). León Felipe y Dámaso Alonso, hijos de la ira. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, 6.

Aub, Max (1954). *La poesía española contemporánea* (pp. 206-216). México: Imprenta Universitaria.

Ayuso, Paulino José (1983). Aportaciones recientes para una bibliografía sobre León Felipe (1965-1980). *Anuario de Letras*, 21, 297-317.

----- (1984). León Felipe ante la crítica. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 24-34.

----- (1984a). El yo poético de León Felipe. En Rico, F. (Dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. (Vol. VII: *Época contemporánea (1914-1939)*). Por Víctor García de la Concha, con la colaboración de Francisco Javier Blasco, Miguel García-Posada y Agustín Sánchez Vidal) (pp. 826-833). Barcelona: Crítica.

----- (1984b). León Felipe: Poesía y conciencia: a propósito de una correspondencia sobre *Drop a Star*. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, julio-agosto, 3.

----- (1984c). León Felipe: un encendido gesto poético. *Razón y fe: Revista hispanoamericana de cultura*, 209(1027), 421-429.

----- (1987). Aportación para una tipología de los personajes dramáticos de "El juglarón". En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 161-182). Madrid: Universidad Complutense.

Balcells, José María (2004). León Felipe y las raíces del salmo. *Contextos*, 41-44, 387-398. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3822846> (22 de enero de 2016).

Barrado Belmar, María del Carmen (1987). El poeta, el poema, descripción, funciones, clasificación en la obra de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 219-254). Madrid: Universidad Complutense.

Benjamín Carrión (1968). Poeta del grito, de la luz y del viento. *Cuadernos Americanos*, 6, 153-156 y *El Gallo Ilustrado* (suplemento de *El Día*), 327, 29 de septiembre, 1-2.

Berroa, Rei (1986). El viento y sus caminos: la iniciación poética de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 266(2), mayo-junio, 130-138.

Cadenas Cercedilla, Fernando (2006). ¡Perdón! León Felipe. Recuperado el 24 de enero de 2016.

Cano Ballesta, Juan (1972). *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)*. Madrid: Gredos (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos. Dirigida por Dámaso Alonso).

Cano, José Luis (1974). Vida y muerte de León Felipe. En *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días* (pp. 249-256). Madrid: Ediciones Seminarios y Ediciones.

Capella, María Luisa (1995). Bacía, yelmo, halo. Ése es el orden, Sancho. En *Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México* (pp. 37-45). México: El Colegio de México (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios: Fondo Eulalio Ferrer).

Chen Sham, Jorge (1998). León Felipe a la luz de su historia: la reivindicación recapituladora y autobiográfica en el poema "I" de Rocinante. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 24(1), 23-32.

----- (2004). La responsabilidad humana: el poema *Pie para el niño de Vallecas de Velázquez*. *Filología y lingüística*, 30(2), 17-23. Recuperado de: <http://www.vinv.ucr.ac.cr/latindex/filologia-30-2/02-Chen.pdf> (10 de enero de 2015).

Cuesta, J. (1933). Un poema de León Felipe. Sobre: *Drop a Star*. *Imagen*, México.

Deters, Joseph (1999). La universalización de la experiencia del exilio en Ganarás la luz de León Felipe. *La Palabra y el Hombre*, 109, 145-153.

Díez de Revenga, Francisco Javier (s/f). León Felipe y la última imagen poética de la España peregrina. Universidad de Murcia, 51-54. Recuperado de: <http://digitum.um.es/jspui/bitstream/10201/15311/1/09%20Leon%20Felipe%20y%20la%20ultima%20imagen%20poetica%20de%20la%20España%20peregrina.pdf> (24 de enero de 2016).

Durán, Manuel (1968). Reflexiones melancólicas sobre León Felipe. *Ínsula*, 265, diciembre, 5 y 10. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/de-valleinclan-a-len-felipe-0/html/> (24 de enero de 2015).

----- (1974). Reflexiones melancólicas sobre León Felipe. En *De Valle Inclán a León Felipe*. México: Finisterre.

----- (1986). León Felipe, la poesía como profecía. *Cuadernos Americanos*, 266(2), mayo-junio, 162-169.

Fernández Díaz, Domingo (2011). El poema autorretrato de León Felipe. *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 19, 261-276. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3836081> (22 de enero de 2016).

Fernández Gutiérrez, José María (1991). El simbolismo de la luz en León Felipe. *Scriptura*, 6-7, 197-204. Recuperado de: <https://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&ved=0CCoQFjAA&url=http%2F%2Fwww.cervantesvirtual.com%2Fobra-visor%2Fde-valleinclan-a-len-felipe-0%2Fhtml%2F>

3A%2F%2Fwww.raco.cat%2Findex.php%2FScriptura%2Farticle%2Fdownload%2F94396%2F142551&ei=VeJWUrqSMoLmqgG28oHQDw&usg=AFQjCNEH-x7IdMGOObGno4xl-e2y04YlfcA&bvm=bv.53760139,d.eWU (24 de enero de 2015).

Finisterre, Alejandro (1992). Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de Cuadernos Americanos. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 501, 89-100.

-----, (1977). León Felipe. En Finisterre, A. (Ed.), *León Felipe, antología y homenaje* (pp. 265-270), México.

Finisterre, A. (Ed.) (1977). *León Felipe, antología y homenaje*. México: Finisterre.

Fuentes Florido, Francisco (1984). Una lectura de León Felipe y Blas de Otero: el sufrimiento solidario. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, 8.

García de la Concha, Víctor (1986). *León Felipe. Itinerario poético*. Salamanca: Junta de Castilla y León.

García Marchena, Óscar (s/f). León Felipe, fundamentos de poética. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/123273205/Oda-Rota> (25 de enero de 2016).

García Ponce, Juan (1974). León Felipe. En *Trazos*. México: UNAM.

Giner de los Ríos, Francisco (1987). Carta a Marta Portal sobre León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (p. 10). Madrid: Universidad Complutense.

Gómez Paz, Julieta (1984). Imagen única de León Felipe. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, julio-agosto, 10.

González Salas, Carlos (1967). León Felipe, profeta de la justicia. *El Herald*, 6 de agosto.

Granados Palomares, Vicente (1988). León Felipe en Guinea Ecuatorial. *Epos*, 4, 411-418. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/44553335/Leon-Felipe-En-Guinea-Ecuatorial> (24 de enero de 2015).

Guillón, Germán (1986). La poesía de León Felipe y el contexto histórico-literario. *Cuadernos Americanos*, 266(2), mayo-junio, 170-176.

Gutiérrez Vega, Hugo (1984). León Felipe, la máscara y el rostro. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 411, 15-23.

Hérezog, Jesús Silva (1963). León Felipe y Cuadernos Americanos. *Cuadernos Americanos*, 131(6), noviembre-diciembre, 135-136.

La literatura en la Guerra Civil. Introducción. En Rico, F. (Dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. (Vol. VII: *Época contemporánea (1914-1939)*), por Víctor García de la Concha, con la colaboración de Francisco Javier Blasco, Miguel García-Posada y Agustín Sánchez Vidal) (pp. 766-769). Barcelona: Crítica.

Lázaro Carreter, Fernando y Correa Calderón, E. (1969). *Literatura española contemporánea* (pp. 211-212). Salamanca: Anaya.

Lechner, J. (1984). Características de la poesía comprometida de la preguerra. En Rico, F. (Dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. (Vol. VII: *Época contemporánea (1914-1939)*), por Víctor García de la Concha, con la colaboración de Francisco Javier Blasco, Miguel García-Posada y Agustín Sánchez Vidal) (p. 688). Barcelona: Crítica.

Litoral: revista de la poesía y el pensamiento (Homenaje a León Felipe) (1977), 67-69, Málaga.

Lobera Serrano, Francisco (1996). León Felipe: literatura-sueño vs. literatura-cuento. *Atti del XVII Convegno dell'Associazione degli Ispanisti Italiani*, 1, 187-206. Recuperado de: (24 de enero de 2016).

Londoño, Gustavo (1967). ¡Oh este viejo y roto violín!. *Casa de las Américas*, 40, 137-138.

López, Julio (1984). León Felipe: el nuevo apocalipsis. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, julio-agosto, 7.

López Giménez, Luis (1987). León Felipe traductor del francés: un ilustre apellido velado y algunos rasgos de una versión en español. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 255-264). Madrid: Universidad Complutense.

Luis, Leopoldo de (1971). León Felipe: Israel y Rocinante. *Revista de Occidente*, 99, 119-121.

----- (1975). Quid y Quicio de la poesía de León Felipe. En *La poesía aprendida I* (pp. 42-48). Valencia: Editorial Bello.

----- (1984). León Felipe y "El zapatero" de Van Gogh. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, 452-453, 7.

----- (1986). Parábola de los tres niños. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 13-24). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Malagón, Javier (1986). Recuerdos de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 266(2), mayo-junio, 158-161.

Martínez Pérez, Enrique. (s/f). León Felipe, el poeta caminante. Recuperado de: http://www.uom.edu.mx/rev_trabajadores/pdf/62/62_Cultura.pdf (20 de enero de 2016).

Martínez Torrón, Diego (1987). El viejo y roto violín de León Felipe. En *Estudios de literatura española* (pp. 144-156). Barcelona: Antrophos.

Mayoral Díaz, Marina. (1987). Como tú. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 265-270). Madrid: Universidad Complutense.

Medrano Ezquerro, Juan Manuel (2015). Exilio vital y drama de España. El sustrato religioso en la poesía de León Felipe. *Brocar*, 39, 367-396.
Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5257689> (22 de enero de 2016).

Merino Reyes, Luis (1947). León Felipe, profeta de España. *Atenea*, 86(263), mayo, 258-260.

Miranda Menezes, Cristina (2015). El retrato de don Quijote vencido en la poesía de Juan Ramón Jiménez, León Felipe y Carlos Drummond de Andrade. En Mata Induráin, C. (Coord), *Recreaciones quijotescas y cervantinas en la poesía y el ensayo*. Navarra: Eunsa.

Recuperado de:

https://www.academia.edu/18854467/EL_RETRATO_DE_DON QUIJOTE_VENCIDO_EN_LA_POES%C3%8DA_DE_JUAN_RAM%C3%93N_JIM%C3%89NEZ_LE%C3%93N_FELIPE_Y_CARLOS_DRUMMOND_DE_ANDRADE (24 de enero de 2015).

Moradiellos, Enrique. (1998-2000). Un triángulo vital para la República: Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética ante la Guerra Civil española. *Hispania Nova*, 1. Recuperado de: <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/006/art006.htm> (20 de enero de 2015).

Mourelle de Lema, Manuel (1989) El otro León Felipe: el traductor. *Revista de Literatura*, 51(102), 533-542.

Murillo, Margarita (1968). La justicia. En *León Felipe. Sentido religioso de su poesía*. México: Málaga.

Negro, Juan (1940). León Felipe, profeta español. *Atenea*, 59(175), enero, 17-25.

Nieto Nuño, Miguel, (1986a). Almonacid de Zorita. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 69-76). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986b). Entre la luz y la nada. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (p. 135). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986c). La juventud y León Felipe. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (p. 136). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986d). La luz. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 89-104). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986e). Otros temas castellano-manchegos. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 121-126). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986f). Versos y oraciones de caminante. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 77-88). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Obregón, Antonio de (1935). La ruta de León Felipe. *Revista de Occidente*, 47, 343.

Pacheco, Daniel (2002). León Felipe: el español del éxodo y el llanto, el poeta del barro, la luz y el viento. *El Ateneo: revista científica, literaria y artística*, 11, 31-42.

Pacheco, José Emilio (1986). León Felipe y la tradición del versículo en la literatura española. *Cuadernos Americanos*, 266(2), mayo-junio, 177- 183.

Palomo Vázquez, María del Pilar (1987). La fusión bíblica en León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 125-127). Madrid: Universidad Complutense. Complementado en *Sobre los textos. Estudios de poesía española contemporánea* (pp. 49-75). Madrid: Laberinto (colección Hermes).

Paz, Octavio (1938). León Felipe. *Letras de México*.

----- (1957). Saludo a León Felipe. En *Las peras del olmo* (p. 191). México: UNAM.

Pedraza Jiménez, Felipe B. y Rodríguez Cáceres, Milagros (2004). León Felipe. En *Manual de literatura española*. (Tomo XI: Novecentismo y vanguardia: Líricos) (pp. 44-69). Navarra: Cénlit.

----- (2008). *Historia esencia de la literatura española e hispanoamericana*. Madrid: Edaf.

Pérez Marsilla, Francisco (2013). Estética y política: León Felipe traduce *Song of Myself*, de W. Whitman. En Navarrete, María T. y Soler, M. (Eds.), *El eterno presente de la literatura. Estudios literarios de la Edad Media al siglo XIX* (pp. 247-256). Roma: Aracne.
Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4767298> (22 de enero de 2016).

Puche Gutiérrez, Teresa (2007). La Intrépida Metáfora Demiúrgica o la presencia del *Quijote* en la obra poética de León Felipe. En Morón Espinosa, Antonio C. y Ruiz Martínez, José M. (Coords.), *En teoría hablamos de literatura*. Actas del III Congreso Internacional de Aleph (Granada, 3-7 de abril de 2006) (pp. 214-219). Granada: Dauro.

Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5056170> (22 de enero de 2016).

Rejano, Juan (1969). En memoria de León Felipe. Palabras en el Ateneo Español de México en el primer aniversario de su muerte, 30 de septiembre de 1969. Recuperado de:

[http://www.fundacionjuanrejano.es/uploads/Biblioteca_Virtual/Manuscritos_y_mecanoscritos/Actos_publicos/Homenajes/En_memoria_de_Leon_Felipe_-_Ateneo_Espanol_de_Mexico_\(30_Septiembre_1969\).pdf](http://www.fundacionjuanrejano.es/uploads/Biblioteca_Virtual/Manuscritos_y_mecanoscritos/Actos_publicos/Homenajes/En_memoria_de_Leon_Felipe_-_Ateneo_Espanol_de_Mexico_(30_Septiembre_1969).pdf) (22 de enero de 2016).

Rico, F. (Dir.) (1984). *Historia y crítica de la literatura española*. (Vol. VII: *Época contemporánea (1914-1939)*), por Víctor García de la Concha, con la colaboración de Francisco Javier Blasco, Miguel García-Posada y Agustín Sánchez Vidal). Barcelona: Crítica.

Rivera, Tomás (1973). La teoría poética de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 186(1), enero-febrero, 193-214.

Romera Castillo, José Nicolás (1987). El recurso literario de la adjetivación negativa en "Ganarás la luz": Un síntoma de la visión patética del mundo de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 285-300). Madrid: Universidad Complutense.

Romero Mendoza, Pedro (2006). La técnica literaria. En *Siete ensayos sobre el Romanticismo español*. (Tomo I), s/p. Recuperado de:

<http://www.letrasgalegas.org/servlet/SirveObras/p285/12032742128937162432435/p0000008.htm> (3 de febrero de 2016).

Rubluo, Luis (1970). Tiempo e Historia en la voz de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 172(5), septiembre-octubre, 97-105.

Sabas, Martín (1948). León Felipe y el teatro. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 411, septiembre, 35-40.

Sananes, Mery (2004). León Felipe. Un poeta mayor. *Espéculo*, 26, s/p. Recuperado de:

<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero26/lfelipe.html> (24 de enero de 2016).

Sánchez Vidal, Agustín (1988). La frustrada andadura cinematográfica de León Felipe. *Mester*, 17(2), 1-14.

Selva, Mauricio de la (1966). *¡Oh este viejo y roto violín!* *Cuadernos Americanos*, 25(3), mayo-junio, 268-272.

----- (1970). León Felipe: *Rocinante*. *Cuadernos Americanos*, 168(1), enero-febrero, 215-218.

----- (1975). Otra vez León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 138(1), enero-febrero, 213-228.

Servera Baño, José (2007). El mito en la poesía de León Felipe. *Caligrama*, 4, 4. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/Caligrama/article/view/66648/94277> (24 de enero de 2016).

Sorel, Andrés (1979). León Felipe: los caminos del último exiliado. *El viejo topo*, 28, enero, 60-61.

Tollinchi, Esteban (2006). La individualidad y el héroe romántico. *Romanitas, lenguas y literaturas romances*, 1(1), 3-11. Recuperado de: <http://humanidades.uprrp.edu/romanitas/espanol/volumen1/tollinchi.html> (11 de junio de 2013).

Torre, Guillermo de (1964). La poesía de León Felipe. *Cultura. Revista del Ministerio de Educación*, octubre-noviembre-diciembre, 34, 108-113. Recuperado de: <http://www.redicces.org.sv/jspui/bitstream/10972/980/1/Cultura34ocr.pdf> (22 de enero de 2016).

----- (1948). León Felipe. Poeta del tiempo agónico”, en *La aventura y el orden*, Buenos Aires, Losada, pp. 107-114.

Torrente Ballester, Gonzalo (1961). *Panorama de la literatura española contemporánea I*. Con apéndice bibliográfico de Jorge Campos. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Trecca, Simone (2010). La poética del éxodo de León Felipe: una lectura intertextual de *Español del éxodo y del llanto* y *Ganarás la luz*. *Castilla. Estudios de Literatura*, 1, 275-309. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3831436> (22 de enero de 2016).

Turiel de Castro, Mariano (2004). Recuerdo y desagravio a León Felipe. *Anales de la Real Academia Nacional de Farmacia*, 4(2), 279-306. Recuperado de: <http://www.analesranf.com/index.php/lectur/article/viewFile/30/69> (22 de enero de 2016).

Valbuena Prat, Ángel y Agustín de Saz (1977). *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Barcelona: Juventud.

Valera, Juan (2003). *Del Romanticismo en España y de Espronceda*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de:

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/del-romanticismo-en-espana-y-de-espronceda-0/html/ffcb5092-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html (3 de febrero de 2016).

Vegas Gonzáles, Serafín (1986d). El retorno de la voz castellano-manchega de León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe*. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 191-192). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986e). El simbolismo de la luz y el paisaje en el pensamiento de León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe*. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 169-176). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986f). Historia, tiempo y filosofía en la obra de León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe*. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 177-190). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986g). Naturaleza y ámbito de lo poético en León Felipe. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe*. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe* (pp. 149-150). La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

----- (1986h). León Felipe: el hombre y la obra escrita. En *La situación humana en la poesía y en el pensamiento de León Felipe*. En *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe*, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 145-149

Villavicencio, Laura (1972). Estructura, ritmo e imaginería en *Ganarás la luz* de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 173(4), julio-agosto, 167-191.

Villar Dégano, Juan Felipe (1984). León Felipe y su poética de superación. *Letras de Deusto*, 14(28), 159-188.

Viñes Rueda, Hortensia (1987). Un lenguaje para el dolor: Función elegíaca en la poética de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 311-334). Madrid: Universidad Complutense.

Vivanco, Luis Felipe (1957). León Felipe y su ritmo combativo. En *Introducción a la poesía española contemporánea* (pp.141- 173). Madrid: Guadarrama.

Ynduráin, Francisco (1987). El teatro de León Felipe. En *León Felipe, poeta de la llama: actas del Simposio "León Felipe"* (pp. 183-218). Madrid: Universidad Complutense.

Zalcedo, Carlos (1939). Sobre *El hacha*. *Letras de México*, 2(6), 15 de junio.

Zardoya, Concha (1984). León Felipe y su símbolo parabólico del fuego. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, julio-agosto, 452-453, 1-24.

Zelaya Kolker, Marielena (1986). Corrientes mexicanas en la vida y la obra de León Felipe. *Cuadernos Americanos*, 266(3), mayo-junio, 93-200.

En la voz de León Felipe se descubrirán las voces de los hombres de buena voluntad. Si se aguza el oído, entre el clamor de su poesía, se percibirá el grito del obrero, el clamor del campesino, la oración del maestro, el canto del poeta, el evangelio del apóstol y el alarido del manso que tuvo rabia frente al mal.

La obra de León Felipe no es sino la expresión de la arquitectura de un hombre vinculado a la arquitectura de la humanidad. La biografía de León Felipe no es sino un capítulo de biología. Su voz guarda la resonancia de todas las voces. Cuando esta voz estalla es porque, en algún rincón del mundo, un látigo ha herido la espalda de un débil o la mano de un niño.

Y por ahí va León Felipe. Va por esas calles de Dios; va distraído, dejémosle pasar. Si nos llama, ajustemos el paso a su paso. A poco hemos de sentir la emoción de que estamos cerca de uno de los últimos hombres que quedan en la tierra, dispuestos a gritar su verdad en medio de las tinieblas de la cobardía.

Emilio Abreu